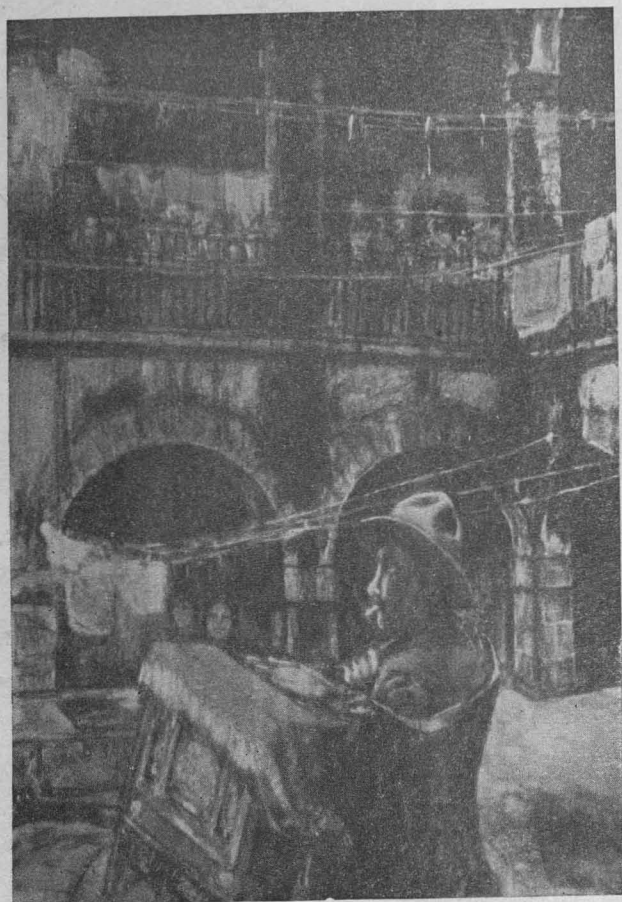


UNIVERSIDAD



N. 17

MENSUAL DE CULTURA POPULAR

MEXICO, D. F. MARZO, 1937

UNIVERSIDAD

MENSUAL DE CULTURA POPULAR

DIRECTOR: ABOG. MIGUEL N. LIRA

ESTA REVISTA CONSTITUYE UNA DE LAS PUBLICACIONES DEL DEPARTAMENTO DE ACCION SOCIAL Y
SE EDITA BAJO LA DEPENDENCIA DE LA JEFATURA DEL PROPIO DEPARTAMENTO

REGISTRADA COMO ARTICULO DE SEGUNDA CLASE CON FECHA 12 DE ENERO DE 1937

O F I C I N A S : B O L I V I A 17. M E X I C O , D . F

S U M A R I O

La Universidad y los Profesionistas,
LIC. MANUEL MORENO SANCHEZ.

Santa Anna en el Plano de la Actualidad Bibliográfica,
JOSE DE J. NUÑEZ Y DOMINGUEZ.

Fenomenología de la Personalidad,
SAMUEL RAMOS.

A Federico García Lorca,
EMILIO BALLAGAS.

Diálogo con Marcelino Domingo,
RAFAEL HELIODORO VALLE.

José Pilsudski, Revolucionario, Soldado y Estadista,
RENE MARCHAND.

La Poesía de López Velarde,
MARIA IBARGUENGOITIA.

La Semana de 40 Horas a la Vista,
ENRIQUE JIMENEZ D.

Lista de Clases,
MIGUEL N. LIRA.

ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS.

ANTE LOS LIBROS RECIENTES.

NUESTRO CANJE.

Oleos,
FRANCISCO GOITIA.

Oleos y Fresco,
JULIO CASTELLANOS.

¿Vamos Hacia el Comunismo?
"THE FORUM", NEW YORK.

Los Caciques,
RAFAEL SOLANA.

León Feuchtwanger Contra André Gide.

La Vena Lírica de Rubén Romero,
DR. PEDRO DE ALBA.

Pushkin, el Europeo,
VLADIMIRO WEIDLE.

Siluetas de Lope de Vega,
ALFONSO REYES.

La Arquitectura,
JOSE ALFREDO LLERENA.

Mexicanización y Argentinización de América,
ANTENOR ORREGO.

M A R Z O

NUMERO 14 TOMO III

UNIVERSIDAD NACIONAL.-JUSTO SIERRA 16. MEXICO, D.F.

Rector: Abog. LUIS CHICO GOERNE

Oficial Mayor: Abog. JUAN JOSE BREMER

Jefe del Departamento de Acción Social: Abog. SALVADOR AZUELA

Tesorero: ALFONSO E. BRAVO

LA UNIVERSIDAD Y LOS PROFESIONISTAS

ESTA Asamblea, convocada por la Universidad Nacional, es, en primer término y sobre todo, un ejemplo más de cómo la Universidad entiende ahora los problemas nacionales, de cómo quiere que, en vez de evadirlos, se les ataque de frente, abriéndose a las opiniones y a los deseos de los grandes sectores que forman la vida mexicana.

Durante algún tiempo los universitarios hemos debatido el problema de la libertad y de la autonomía. Habiendo sido ésta, en 1929, barrera de defensa que la juventud opuso a los ataques de un régimen gubernamental descompuesto y putrefacto, mal entendida posteriormente, condujo al aislamiento y a crear distancias entre nuestra Casa y la realidad social. Hoy sabemos que no es antitética la autonomía—libertad de expresión y de investigación—, con el sacrificio y la dádiva del esfuerzo para la resolución de los problemas del país. Aspiramos siempre a que la Universidad se convierta en una conciencia nacional, amplia, donde converjan y palpiten los problemas y las inquietudes que hay en México.

Lo primero que podríamos preguntarnos, si hemos convocado a una Asamblea de profesionistas para resolver los problemas generales de su actividad, es en qué situación real se encuentra la vida profesional. La tesis superficial, según la cual, la Universidad lanza al profesionista a la vida, que es un torbellino, y ahí lo abandona a su propia suerte, además de infundada es injusta. La vida profesional, en estricto sentido, no se limita al ambiente en que la Universidad realiza sus funciones. Desde que el hombre sale de la Universidad, se hunde en una serie de problemas y necesidades que trascienden el ámbito de la vida universitaria. No nos fijaremos, pues, en aquella tesis sino para rechazarla.

El concepto que fija mejor la nueva situación real del profesionista, es el que se encuentra en esta expresión: *proletarización de la clase profesional*. Ello quiere decir solamente que en el profesionista resalta más y más cada día su calidad de obrero, de trabajador humil-

Por el Lic.

MANUEL

MORENO

SANCHEZ

de, que quizás en otro tiempo no se creía que la tuviera. Una de las voces más claras de esta Universidad, la de Alejandro Gómez Arias, expuso esto mismo en forma brillante al inaugurarse los trabajos emprendidos el año actual por nuestra Casa de Estudios. La *proletarización* se hace visible de muchas maneras. Desde luego porque el ejercicio profesional se halla en crisis económica. No lo digo por el profesionista como individuo; éste o aquél pueden haber tenido o han de tener éxito personal; me refiero a la clase social, al problema colectivo. La crisis tendrá varias causas; pero algunas, por lo menos, son éstas: la ineffectividad de ciertas profesiones; la ineffectividad proviene de que en cierto aspecto la profesión no cumple la misión social que es su fin; no se cumple porque aquélla no satisface la necesidad objetiva que reclama la vida. Necesidad social, función profesional, efectividad, prestigio y posibilidad económica de las profesiones, son términos íntimamente ligados. De otra manera: una profesión es más respetada—deseada, diríamos—, prestigiada y remunerada en la vida social, cuando más efectiva; es más efectiva cuando la actividad que le da su esencia se derrama sobre la necesidad de un grupo social más o menos amplio.

Hemos dicho en otra ocasión y podemos repetir ahora, que el sistema profesional todo, especialmente por lo que interesa a México, se encuentra en crisis. Es esa crisis, en sus aspectos generales, la que ha de ser planteada, atacada con valor y resuelta por la Asamblea aquí reunida. Si preguntamos qué es una profesión, encontraremos la respuesta en una teoría general de la existencia. Adler ha dicho: "Todos los problemas de la vida pueden clasificarse en tres grupos: el de la vida en común, el del trabajo y el del amor". A esas tres clases de problemas responden otras tantas instituciones sociales, por medio de las cuales el hombre llena su destino total. Los problemas del trabajo se vacían en el conjunto de la vida profesional. Profesión quiere decir sólo dedicarse a una actividad determinada dentro de la comunidad; y ya se sabe que aquí tocamos esta otra cuestión fundamental: la *división del trabajo*. Románticamente expresaba Rousseau: "El labrador es el hombre verdadero", como diciendo que el hombre verdadero es aquel que realiza, de una vez, un gran número, una totalidad de funciones. Pero esto no es posible, mejor dicho, ha venido siendo a través de la historia de la cultura, cada vez más imposible. Nos movemos en un mundo de especialización. La posibilidad de un destino completo es preciso buscarla coordinando la función parcial de nuestro trabajo con la idea general de la vida.

Nuestras profesiones han sido denominadas *profesiones liberales*; pero la palabra *liberal*, en este caso ya no tiene ningún sentido y destruirla no es simplemente lanzarse en un cauce demagógico, sino rectificar una palabra que está contra la realidad. El Segundo Congreso Nacional de Profesionistas eligió la denominación de *técnico-científicas* para nuestras profesiones. Siempre nos pareció aceptable ese término. Russell ha dicho: "La característica esencial de la técnica científica es la utilización de las fuerzas naturales por medios que no están al alcance de la mayoría, carente de la instrucción necesaria". Podemos decir más: la técnica científica en general, es la utilización de los principios

de las ciencias naturales y de las ciencias culturales en la resolución de problemas concretos. Nuestras profesiones son, pues, técnico-científicas; lo que nosotros hacemos como profesionistas es poner medios y habilidades, respaldados por principios científicos, para satisfacer necesidades del individuo y del grupo. En pocas palabras: ponemos la ciencia al servicio del hombre. Ciertamente hay pensadores actuales que se siguen sirviendo de la expresión *liberal* para denominar nuestra actividad profesional. Podemos citar así a León Walther, quien afirma que "en las actividades sociales se distinguen tres grupos fundamentales: profesiones industriales, profesiones artesanas y profesiones liberales"; y encuentra la distinción entre las últimas y las primeras en que en las liberales "es el hombre quien domina la profesión; en las actividades industrializadas, es el oficio el que domina al hombre".

El problema que se va a estudiar no es simple; se refiere a todo el sistema profesional técnico-científico y tiene tres aspectos importantes: el del *ejercicio* mismo de la profesión, el de la *preparación* para la profesión y el de la *investigación científica* que respalde y amplíe siempre las bases de la técnica profesional. Investigación científica significa cultivo y acrecentamiento de los resultados de la ciencia; por ello progresa la técnica científica que quiere decir ya servicio a la colectividad por la ciencia; esto se logra mejor por la adecuada preparación. Por encima de estas tres cuestiones existe una que las abarca todas: la de la cultura. La síntesis armónica de las primeras da la última.

En otro tiempo se dijo que eran incompatibles la libre investigación científica y la obligación del ejercicio profesional, que era imposible unir la libertad para buscar el saber y la verdad con la obligación en un sentido social. Esto provenía de una manera defectuosa de plantear el problema. Ha dicho Russell: "Las dudas respecto al último valor científico del conocimiento, no tienen relación alguna con su utilidad respecto de la técnica de la producción"; y agregaríamos, respecto de la satisfacción de las necesidades humanas. Esto aclara la posición en que la Universidad se ha venido colocando. Una cosa es que el hombre de saber y de ciencia, en las regiones más altas de los problemas, pueda dudar de las verdades que nunca llegan a estabilizarse, que se rectifican siempre, y otra cosa muy diferente es el que en nombre de tal inestabilidad se aleje de las necesidades urgentes que le plantea la comunidad social.

Por eso el Estado cuando trata de imponer dogmas acerca de los principios, de los fundamentos y de los límites de la ciencia, nos hace sonreír; pero cuando impone obligaciones al hombre y lo ciñe a ellas para cumplir fines sociales ante problemas objetivos, lo acatamos y tendremos que acatarlo siempre. Rebasa su función al traspasar sus puros límites de gestión administrativa y de cumplimiento de los fines para los que ha sido creado y pretende imponer *verdades* que no pertenecen al mundo de la política, que es, fundamentalmente, utilidad, actitud pragmática, posibilidad. La Universidad Nacional no ha hecho, en realidad, ninguna innovación; estamos en el punto de partida que marcó Justo Sierra. Quien repase su discurso de inauguración de los trabajos de la Universidad en 1910, encontrará claro el pensamiento de que la ciencia no puede aislarse, mientras un pueblo, en torno, agoniza o muere.

Es preciso que de esta Asamblea salga una solución armónica y completa de los diversos problemas y aspectos que tiene la vida profesional en su sentido más amplio. Bien resueltos, equivaldrá a solucionar el problema de la educación superior en México. Es claro que tenemos delante muchas dificultades y ustedes lo saben bien, porque vienen ocupándose del asunto desde muchos años atrás. México es un país disperso; parece como si influyera en su espíritu el ambiente desértico de algunas regiones de su suelo; es un país en que se trabaja por un lado y por otro sin conexión; en que pocos piensan en integrar y unificar; y si queremos resolver el tema para el que se nos ha citado, tenemos que pensar en esto. Profesionistas nosotros, conocemos nuestros propios problemas y hemos sido llamados aquí a discutirlos. La Universidad Nacional no tiene una posición precisa ni definida que implique prejuicio ante la cuestión; el resultado que de aquí salga lo acogerá la Universidad como la solución que los profesionistas mismos han encontrado en una Asamblea libre, seria y tranquila. Por eso se ha llamado precisamente a quienes han estudiado el problema desde hace mucho tiempo, a los profesionistas asociados y a los maestros distinguidos; sólo se ha pensado en un plan de trabajo en que los problemas vayan resolviéndose de manera que las soluciones de unos sirvan de pie para iniciar el estudio de los siguientes. El fin será la unidad de criterio entre todos. Que no vengan aquí quienes quieran imponer un criterio, que vengan quienes anhelan coincidir en la solución del problema fundamental.

La única actitud en el presente caso tiene que ser el valor y la serenidad frente a las dificultades mismas; que se mantenga firme lo que deba ser mantenido, que se derribe lo que deba ser derribado. No importen obstáculos equivocados y mezquinos; es preciso que, por encima de estas cosas, se llegue a una solución que se viene retardando muchas veces por obscuras maniobras de intereses inconfesables. En este caso habrá una labor callada, o mejor dicho, ha de culminar aquí la labor silenciosa que se ha venido desarrollando a través del tiempo con esfuerzos constantes. Que se unan aquí la inquietud del profesionista, la experiencia del maestro, el saber del investigador y la esperanza del estudiante para orientarnos, para encontrar la unidad. Podríamos poner como divisa para esta Asamblea, la expresión de Nietzsche: "Las palabras más silenciosas son las que traen las tempestades; los pensamientos que caminan con pies de paloma son los que gobiernan el mundo. Yo os digo: lo que cae, debe ser, además, empujado".

(Discurso pronunciado al inaugurarse los trabajos de la Asamblea para estudiar la Reforma del Artículo IV Constitucional, convocada por la Universidad Nacional).

SANTA ANNA EN EL PLANO DE LA ACTUALIDAD BIBLIOGRAFICA

LOS ULTIMOS LIBROS QUE SE HAN PUBLICADO ACERCA DE SU
EXTRAORDINARIA PERSONALIDAD

P o r J O S E D E J . N U N E Z Y D O M I N G U E Z

CUANDO don Lucas Alamán trazó su conocido juicio acerca del general Antonio López de Santa Anna, en el que le apellidaba "conjunto de buenas y malas cualidades, infelicísimo en la dirección de una batalla de las que no ha ganado una sola; habiendo formado aventajados discípulos y tenido numerosos compañeros para llenar de calamidades a su patria", tal vez supuso que aquel hombre había desaparecido definitivamente de la escena política de México.

No de otro modo se explica que clasificara al "vencedor de Tampico" como un motinero de profesión que sólo se ocupaba de promover revoluciones o en tomar parte en ellas; aunque muy bien pudiera ser que don Lucas adelantara ese parecer con el conocido valor civil que le era peculiar y sin temor a consecuencias futuras, que él más que nadie podía prever, dado el conocimiento profundo que de Santa Anna tenía como individuo y como gobernante.

Pero Santa Anna se salía de todas las órbitas de lo establecido por las leyes humanas; y contra lo que tal vez concluyó Alamán en sus meditaciones, tornó al proscenio—ahora sí por vez postre—a representar el último acto de su vida de hombre público, que tuvo años después el más lamentable y grotesco de los epílogos.

Santa Anna rebasó esa órbita a que circunscriben a los hombres normales los filósofos, precisamente porque era un "desorbitado", como se llama en psicología a esos tipos excepcionales que rompen con todos los preceptos que "estandarizan" la especie humana. Y no porque reuniera en sí atributos especiales de inteligencia superior, de dotes intelectuales fuera de lo común o de cualidades excepcionales de percepción y de fuerza volitiva, que forman el genio, sino porque concurren a favorecerlo circunstancias que supo aprovechar con espíritu sagaz, movido por una fuerza

que animó todas las acciones de su existencia: la "pasión de mandar".

El ilustre Marañón ha definido magistralmente este "instinto de superación" en su inigualable obra "El Conde-Duque de Olivares", de reciente publicación. Allí, el formidable biólogo hispano, traza en esta forma sus luminosos conceptos acerca de "la pasión de mandar": "El instinto de superación encuentra su cauce y su instrumento en todas las actividades humanas, incluso en las antisociales y en las patológicas. Conduce a la riqueza, al mando, a la gloria, al heroísmo, a la santidad, al crimen y a la perversión sexual. Puede coincidir con los instintos fundamentales, el de la conservación individual y el procreador, pues el superar a los otros hombres facilita, por lo común, el auge personal y hace el amor propicio a la prole fuerte. Pero también puede actuar en contra de ellos, y en esto reside una de sus características más importantes; ninguno como él conduce voluntariamente a la muerte, a la negación del individuo; o a la sexualidad infecunda, a la negación de la especie; puesto que la gloria, uno de sus objetivos supremos, se basa a menudo en la renunciación de todo lo mortal: de la sensualidad y de la vida".

"De este instinto de la superación, decíamos, es el de la dominación, el del poder y mandar, sólo una variedad. Lo demostraría si no fuera por sí mismo evidente, el que en muchos hombres el ansia de superar a los otros no supone, en modo alguno, el designio de mandarles. Incluso hay formas—quizás las más altas—del ímpetu de superación, que se basa en el sometimiento, como ocurre en la perfección religiosa, o en la renunciación al goce material del sabio o el filósofo, insensibles a toda suerte de honores y prebendas. Otros hombres ansían el poder, pero no como fin, sino como medio, como mero instrumento para el logro de grados superiores de superación. Y,

por último, el otro grupo de seres humanos, el mando es, por sí mismo, el fin de su instintivo afán: mandar por la fruición pura de mandar, como el avaro ama el oro por el oro: por el gusto de oírlo sonar en su bolsa. Esta es la forma genuina de la pasión de mandar”.

Tras de asentar que “la cantidad de hombres dominados de la pasión de mandar es inmensa”, pero que “para mostrarse en toda su plenitud necesita de circunstancias sociales muy eventuales, no siempre coincidentes que dan por ello, de raro en raro, ocasión a su próspero desarrollo”, se refiere al caso opuesto, es decir, a aquel en que las condiciones son favorables para que se pueda producir “esa conjunción de la pasión intrínseca de mandar con el ambiente propicio, para producir al gran dominador de hombres”. Tal caso lo explica en esta forma imponderable: “... Cuando el hombre rebosante de la pasión de mandar encuentra el ambiente social favorable, esa pasión florece a sus anchas, corre por un cauce libre y entonces aparece el caudillo, el dictador, el conductor de muchedumbres. Es este, pues, en todos los casos, el producto de una conjunción afortunada de ésta con el factor misterioso de “la circunstancia” propicia. De aquí la profunda verdad de la frase hecha de que en cada rebotica de pueblo, o en cada taller de trabajadores oscuros, puede estar escondido el héroe inédito, pero cuya trayectoria de ambición tiene que tocar, por azar sobrenatural, para hacerse fecunda, con la órbita de una gran conmoción humana: revolución, guerra, relajación de la estructura social o cualquiera otro de los grandes acontecimientos que turban hasta su raíz el curso de la Historia. De aquí también el que, con frecuencia, el gran caudillo no sea un ejemplar humano excelso; porque la parte que pone en su triunfo lo extraño a su personalidad, el ambiente, puede ser tan propicio que casi baste para subirle a la cumbre. Este factor externo, lo que se llama “suerte”, en ninguna otra actividad humana tiene, sin duda, la importancia —o por lo menos la resonancia— de aquí”.

Así, con este sentido psicológico, es como se necesita estudiar a una individualidad de la estructura de don Antonio López de Santa Anna, que sin ser “un ejemplar humano excelso”, tuvo de su parte el ambiente y el factor externo llamado “suerte”, de que habla precisamente Marañón.

Por lo general y hasta ahora, nuestros historiadores no han penetrado en la entraña de la personalidad de Santa Anna y se han conformado con repetir juicios formulados, unos, bajo la influen-

cia de la adulación, y otros, los más, dictados por un espíritu partidista, casi siempre parcial.

Nuestra característica indolencia, amiga de la superficialidad, ha hecho que los historiadores se limiten a reiterar el lugar común establecido, impidiendo aquella que se lleven a efecto análisis concienzudos, más que de los actos, de los rasgos distintivos de la personalidad de Santa Anna.

Por fortuna, los nuevos derroteros de la Historia han abierto el campo a las investigaciones de carácter científico en que casi desaparece el biógrafo a la antigua y el narrador a secas para dar paso al psicólogo y aun al psicópata, cambiando así la técnica de la historiografía, que se encerraba en lindes tradicionales, pero sin invadir tampoco los terrenos de la ciencia experimental propiamente dicha.

Santa Anna como arquetipo del caudillaje hispanoamericano, ha tentado de seguro a más de uno de nuestros historiadores. Las múltiples facetas que presenta su agitada existencia de “hombre de acción”, han escapado al examen de nuestros historiadores que apenas a flor de piel las han tocado sin que ninguno haya emprendido ese trabajo de vivisección posiblemente por falta de entusiasmo y carencia de medios económicos para realizarlo.

Sin embargo, en el año recién fenecido de 1936, quizá por la circunstancia de conmemorarse en Texas el centenario de la derrota de San Jacinto o porque sonó ya la hora en que nuestros estudiosos de la historia se encuentran con suficientes ánimos y con la preparación necesaria para llevarla a cabo, se ha hecho patente un movimiento “santanista”, en el campo de las ideas, por supuesto, cuyos resultados han sido varias importantísimas obras de alta calidad histórica y literaria.

Ese movimiento hacia el estudio crítico de la personalidad de Santa Anna, según el criterio moderno, tiene sin duda como antecedente los libros del ingeniero don Francisco Bulnes—“Las Grandes Mentiras de Nuestra Historia”, y otros—en los que este maestro de la paradoja pero cáustico analizador de nuestros prohombres políticos, emitió juicios que se apartaban sensiblemente de los expuestos hasta entonces por los rebaños de Panurgo de nuestra historia; juicios que sin poseer por completo las condiciones que exige la historiografía moderna, que busca sus elementos hasta en la biología, se acercan mucho a ellos, aunque más bien se concretan a esbozos psicológicos puestos al servicio de una tesis netamente política.

Pero tales meteóricas aunque contundentes apreciaciones del ingeniero Bulnes, por ser partes integrantes de obras en que abarcaba situaciones generales o examinaba personalidades que tuvieron conexiones con Santa Anna, no forman un estudio intrínseco de "Su Alteza Serenísima", ya que más bien son fiscalizaciones ocasionales, derivadas de otros estudios.

En cambio, el estudio del licenciado don Eugenio Méndez Aguirre que con el título de "Santa Anna, el anormal", se estuvo insertando en varios números de la Revista "Todo", de esta metrópoli, marca la verdadera iniciación de los estudios modernos acerca del discutido dictador de México.

El licenciado Méndez, con penetrante talento y con desusada erudición en la materia, examinó a Santa Anna desde el punto de vista psicopático, aplicándole con rigorismo científico los principios del psicoanálisis y las teorías de la endocrinología.

Por primera vez en nuestra historia se hizo uso de estos instrumentos que proporciona la ciencia actual a los investigadores y que han abierto un insospechado y amplio campo a la Historia.

Cabe al licenciado Méndez la gloria de esta iniciación, que, por otra parte, efectuó al propio tiempo que en el Curso de Historia Contemporánea de México, de la Facultad de Filosofía y Letras, se hacía otro tanto. Producto de estas especulaciones universitarias fué la tesis de la señorita profesora Elena Picazo, intitulada "Santa Anna a la luz del psicoanálisis".

No debemos dejar inadvertido que en los Estados Unidos, un año antes, Mr. Frank C. Hanighen había publicado la obra "Santa Anna—The Napoleon of the West" (edición de Coward-Mc. Cann, Inc. New York), obra en cuarto mayor, correctamente impresa, al uso norteamericano y con algunas buenas ilustraciones y planos. Mr. Hanighen, que se documentó principalmente en la Biblioteca García, de la Universidad de Texas, presume de haber realizado la primera y definitiva biografía de Santa Anna, a quien sus editores denominan estúpidamente "prominente VILLANO de la historia" y "Viejo pata de palo".

Pero no hay tal, pues se trata más bien de una obra narrativa, en la que como es natural, se halaga el sentimiento patriótico yanqui. Basándose en la falsa frase atribuida a Santa Anna cuando fué presentado a Houston, a quien se dice que congratuló por haber vencido "al Napoleón del Oeste", el autor subtítulo así su obra, para darle un nombre atrayente. En ella no hay profundidad

en el análisis ni agudeza en las observaciones, seguramente por desconocimiento del medio mexicano y de sus hombres, resultantes inmediatas y distintivas de aquél; y más bien se trata de un libro del género de la historia amena, propio para concitarse la simpatía de los texanos en detrimento del "villano" Santa Anna y para explotar un ambiente de circunstancias con motivo del centenario de la independencia de Texas. La obra va acompañada de una magnífica bibliografía, que recomendamos a los que se interesen por la "santanística".

Por lo que se refiere al movimiento bibliográfico santanista del año 1936, sus comienzos se deben a dos escritores de provincia: a don Angel Taracena, de Oaxaca y a Don Carlos R. Menéndez, de Mérida, Yucatán.

Este detalle, más bien de lugar que de prioridad, tiene gran importancia porque nos hace pensar que si todos aquellos escritores, originarios o residentes en los Estados en que actuó Santa Anna, se pusieran, a imitación de los señores Taracena y Menéndez, a formar sendas monografías, quedaría hecha en definitiva la obra biográfica de cuya falta tanto se resiente la historia nacional.

En este sentido, es impartición de elemental justicia adelantar un caluroso aplauso a los escritores ya citados, porque han puesto los sillares del futuro edificio, que servirá ciertamente de emulación y de paradigma.

Porque si bien es verdad que el señor Taracena en su estudio intitulado "Santa Anna en Oaxaca", no pretendió llevar a cabo un trabajo de crítica histórica, ya que se concreta a reproducir una especie de diario manuscrito que llevó don Benito Quijano, que fungió de secretario particular de Santa Anna, durante su permanencia en Oaxaca, no resulta menos indubitable que lo allí referido proporciona precioso material para fijar uno de los episodios más dramáticos de la inquieta vida del amo de "Manga de Clavo".

Ese material consiste fundamentalmente en la revelación del histrionismo y la astucia, atributos que integran la contextura moral de Santa Anna, entre otros muchos, pero que deben calificarse como de los sobresalientes en su carácter. Por primera vez el teatralismo, que desde el punto de vista psíquico puede atribuirse a los "extravertidos", es decir, a aquellos individuos de rápida acción, a quienes reducen las situaciones desconocidas y atraen las perspectivas de lo nuevo, se manifiesta en Santa Anna durante su campaña de Oaxaca.

En esa teatralidad es necesario dar su parte al romanticismo imperante en la época. Aunque ile-

trado, Santa Anna sufrió la influencia de aquella corriente literaria que dió nuevos lineamientos a la sociedad de mediados del siglo XIX, en todos sus órdenes. Santa Anna, disfrazándose de fraile franciscano con sus oficiales y soldados, para proveerse de recursos cuando se hallaba sitiado por sus contrarios, realiza un acto temerario, claramente romántico, de novela al uso de la época a la par que típico de su temperamento de "inquieto mental", que constantemente urde y trama acciones inusitadas.

Este acto de Santa Anna se repite más tarde en diversos períodos de su vida, aunque evolucionando de acuerdo con su conveniencia personal.

En Oaxaca fue arrojo e irreflexión, o como antes se dijo, inquietud mental determinante de la inquietud física, según asientan los psiquiatras.

El hecho, poco conocido, lo consigna el libro del señor Taracena en esta forma: "Noviembre 29.—Falto como estaba de víveres el general Santa Anna para el mantenimiento de la tropa, pues en los almacenes no había ni un solo pedazo de pan ni dinero con qué adquirirlo en las cercanías del convento, pasa toda esa noche en vela y ya en la madrugada se le ocurrió una empresa verdaderamente atrevida y expuesta:

"Reune, como a las cuatro de la mañana, un piquete de soldados, de los más valientes de su reducida infantería, y con un cañón de 12, salen del convento hacia el de San Francisco, situado en rumbo opuesto y en la parte de la ciudad que controlan las fuerzas del general Rincón. Llegado que hubieron a la parte posterior del edificio, dominan sus muros sirviéndose de doce escalas que llevaron prevenidas para esta operación y penetran a las celdas de los religiosos franciscanos, a quienes despojaron de sus hábitos; sacan las "mortajas" que, en gran cantidad, guardan en los cofres de oloroso cedro los citados religiosos y con ellas se visten los soldados y oficiales santanistas ante la estupefacción de las indefensas víctimas, a quienes dejan encerradas en sus propias habitaciones. Convertidos así los asaltantes en "pacíficos" religiosos franciscanos, penetran al templo unos, otros vigilan las entradas y otros más suben al campanario para llamar a los fieles a la acostumbrada misa matinal, pues es día festivo, lo que atrajo a mucha gente y a no pocos de los principales y pudientes vecinos de ese barrio. Hasta el propio general Calderón, dice don José María Tornel, estuvo a punto de caer en manos de Santa Anna al ir allí a cumplir con sus deberes religiosos, acompañado del coronel José María Mauleón, y de otros oficiales que llegaron

desarmados a muy poca distancia de la iglesia; pero alguien les advirtió que eran extrañas y desconocidas las caras de los frailes improvisados, y se retiraron presurosos.

Congregados los devotos que llenaban por completo el amplio recinto del templo, Santa Anna mandó cerrar las puertas y en forma y términos que son de suponerse, exigió a los ricos que habían acudido en gran número, una contribución que, sobrecogidos y espantados, pagaron muy pronto todos ellos; se apoderó de todo cuanto llevaban encima hombres y mujeres y recogió, además, la limosna que para los Santos Lugares de Jerusalén mantenía en depósito el reverendo padre guardián del convento".

(El mismo sucedido se halla relatado pormenorizadamente en la "Historia de Oaxaca", publicada recientemente por el brillante periodista e historiógrafo de Antequera, don Jorge Fernando Iturrigarria, a quien tan halagüeño futuro depara el campo de las letras patrias).

Satisfecho debe encontrarse el señor Taracena por la publicación de su fascículo, en el que recogió tan interesante manuscrito como el que reproduce.

Ha contribuido en esta forma discreta y apreciable, a la historia particular de Oaxaca y a la general de México, y sobre todo a la decisiva e integral reconstrucción de la figura moral de Santa Anna.

El señor Taracena supo diestramente aprovechar el material que tuvo por modo tan feliz a la mano para reedificar una época, pues que de su cosecha son atinados comentarios al manuscrito para aclarar hechos y personajes y una introducción en la que, en boceto explicativo, traza los acontecimientos que precedieron a la expedición de Santa Anna a Oaxaca.

* * *

De mayor enjundia, de más alta envergadura, es la obra del meritisimo intelectual yucateco, infatigable campeón de la libertad del pensamiento y dinámico periodista don Carlos R. Menéndez, Director del "Diario de Yucatán", de Mérida.

No era posible que este eminente periodista, que ha contribuido a las letras nacionales y a la historia yucateca con libros tan notables como "Amorosas", "La Primera Chispa de la Revolución Mexicana", "Las Seis Coronas del General", "En Pro de la Libertad de la Prensa Mexicana", "Historia del infame y vergonzoso comercio de indios vendidos a los esclavistas de Cuba por los políticos yucatecos, desde 1848 hasta 1861", "Las memorias de don Buenaventura Vivo y la venta de indios yucatecos en Cuba", "La Evolución de

la Prensa en la Península de Yucatán (Yucatán y Campeche) a través de los últimos cien años", "En pos de la Justicia. Una Vergüenza Nacional", "La Clausura Forzosa del "Diario de Yucatán" y "La obra educativa de los jesuitas en Yucatán y Campeche, durante la Dominación Española", no metiera mano en la personalidad de Santa Anna, en lo que se refiere a la actuación de éste en el antiguo solar de los mayas.

Un personaje tan proteico, que presenta fases tan disímiles para un observador de hombres, para un analizador de almas como es don Carlos Menéndez, aunque no haya escrito tratados de psicología, pero sí artículos periodísticos que valen por tales tratados, tenía por fuerza que hacerle experimentar sus efectos polarizantes.

Lo sedujo, además, como él mismo declara, por ser "muy interesante y pintoresca aquella etapa inolvidable y casi desconocida de nuestros anales" y además el deseo de "salvar de la polilla y del olvido" muchos inapreciables documentos inéditos hasta la fecha.

Este trabajo "realizado pacientemente durante varios meses de búsquedas y de consultas en periódicos, libros y expedientes, en las brevísimas horas de reposo que me deja la lucha incesante y agobiadora del diarismo"—declara también el autor—no es modesta aportación, sino valiosísima para la historia de Santa Anna, por la sencilla y básica razón de que nos ofrece la clave de todos los sucesos posteriores en que estuvo mezclado el audaz general y es a manera de preliminar de la conducta política que había de seguir en los largos años de su actuación. En una palabra: es el primer eslabón de la cadena de desaciertos que cometería Santa Anna después; el punto de partida de su vida de caudillo.

Desatendiéndonos del ambiente local, muy interesante de cualquier manera, el libro de don Carlos Menéndez llena el vacío que existiera en las biografías santanistas.

El futuro dictador fue a Yucatán a hacer su aprendizaje político y los distintos acontecimientos en que tomó parte, constituyen la iniciación de su carrera.

Allí abrió los ojos para la senda que iba a recorrer y tuvieron sus pristinas manifestaciones los múltiples rasgos de su personalidad en formación que le singularizarían tan claramente.

Aunque don Carlos todavía lo examina con el criterio tradicionalista implacable de los liberales clásicos, que lo heredaron de los jacobinos de la Reforma—heridos en lo vivo por las tropelías del dictador y que, por lo tanto, no le dieron cuartel cuando fiscalizaron su conducta, sabiendo que

dejaban a la posteridad ese legado de odio como un baldón eterno para Santa Anna—, no cabe duda de que es tal la fuerza documental del libro del señor Menéndez que de ella se extraen con facilidad los elementos para hacer el proceso histórico, según las modernas teorías, de la individualidad de Santa Anna en la primera fase de sus actividades.

Allí se encuentra el investigador la raíz de esa contradictoria personalidad. Los desplantes y baladronadas que examinadas a priori sólo parecen manifestaciones de un temperamento caprichoso, pedante y egocentrista, son, sin embargo, representaciones psico-patológicas que entonces tuvieron su primordial exteriorización y que después ya se definieron claramente en Santa Anna. Y sus coqueteos con campechanos y yucatecos, su versatilidad de opiniones que tan pronto halagaban a unos como a otros, en el asunto de la declaración de guerra a España, demuestra evidentemente que el desequilibrio en la función ética de que había dado palpables muestras traicionando primero al régimen virreinal y en seguida a Iturbide, se va agudizando en su naturaleza.

El hecho de que al asumir el cargo de Gobernador de Yucatán confesara paladinamente en su discurso "de juramento", que "acostumbrado solamente a dirigir masas de soldados, ignoraba la ciencia de los políticos y los hombres de Estado", sugiere al señor Menéndez estas atinadísimas reflexiones, que en otros términos no son sino confirmaciones de su desequilibrio en la función ética que antes apuntamos:

"En esta vez era sincero, contra su costumbre, y sin sospecharlo, el general Santa Anna, pues, en efecto, por su ignorancia de la compleja ciencia política y de los hombres, cometió, durante sus diversos gobiernos, los más graves errores que tanta sangre, tantas vidas, tantos jirones de honra y tantos y tan dolorosos sacrificios le costaron a México. Por lo que a Yucatán particularmente respecta, veinte años después ensangrentó su territorio, llenando de duelo los hogares con la malhadada y desastrosa expedición que mandó a las órdenes del general Miñón y que más tarde, a las del general Peña y Barragán, capituló vergonzosamente en el pueblo de Tixpeual. Tan vergonzosamente que, según el criterio del historiador don Carlos María Bustamante, citado por don Enrique de Olavarria y Ferrari en *México a Través de los Siglos*, "sólo faltó a los yucatecos pasar a Peña y Barragán por las horcas caudinas..."

Y su afán de exhibicionismo, uno de los puntos culminantes de su psicología, autoglorificándose en la sesión solemne de la Cámara yucateca

en que se juró la Constitución de 1824, y en la que se conmemoró el aniversario de la "jornada" de 2 de diciembre de 1822, se manifestó no únicamente en haber ido a esta última portando uniforme de gran gala y haciéndose acompañar de un deslumbrante séquito, sino en los discursos que en ambas sesiones pronunció. En la primeramente citada dijo que su rebelión en Veracruz "por siempre será gloriosa y memorable en los fastos del mundo" y en la otra, dice agudamente el señor Menéndez, "fulminó" un discurso en que sin embozo se mostró "orador y panegirista de sus propios "méritos" y pidió sin rubor que se erigiera un monumento para conmemorar el 2 de diciembre de 1822, junto con el Grito de Dolores y la firma del Plan de Iguala, con cuya grandeza parangonaba su hazaña.

Y a propósito de la fase verborreica de Santa Anna, que no puede en puridad de apreciación psicológica, cargársele entre sus defectos, porque tal afán de logomaquia era uno de los síntomas del Romanticismo, que en los políticos se había canalizado en un palabriso que encontraba sus mejores formas en los planes revolucionarios y en las proclamas de los militares, reflejos de los excesos literarios imperantes entonces; a propósito de ello, repito, ¿sería temerario afirmar que Santa Anna, víctima ya de su vanidad morbosa y su manía del embuste, creía a ciegas cuanto afirmaba y era sincero al condenar a los perturbadores del orden, a los facciosos, como lo hizo al jurar la Constitución política de Yucatán? El señor Menéndez, de paso, hace también resaltar el amor al dinero como uno de los defectos privativos de Santa Anna; y al efecto señala el hecho de que por dos veces pidió al Congreso se le abonara una parte del sueldo como Gobernador y que después solicitó varias ocasiones que se le pagaran los gastos que había hecho en su expedición a Campeche y que todavía con un pie en el estribo no cesó en su petición, a la que se opuso siempre la Cámara local, no obstante que había decretado que se le diera una gratificación.

Sobre su amor al dinero, Santa Anna se muestra contradictorio como en otros de sus rasgos personales. Indudablemente que la "facultad de avidez" se encontraba en él degenerada y era una de tantas demostraciones de su paranoia; pero así como aparecía ansioso de riquezas y llegaba al paroxismo de la ira cuando no conseguía una cantidad de dinero, así también daba pruebas de esplendidez para impresionar a la multitud y conseguir sus fines políticos. Eran sus inconfundibles efectos teatrales, aunque hay que reconocer que en determinados momentos, como en San Luis

en 1836, él empleó su propio peculio en equipar a las tropas que iban a Texas. Sin embargo, su falta de escrúpulos en materia de dinero, le hizo recibirlo hasta del invasor en el Valle de México, lo que él reputaba como ardid de guerra.

El punto quizá más interesante que se trata en el libro del señor Menéndez, es el relativo al proyecto de Santa Anna para libertar a la isla de Cuba desde Yucatán.

Este proyecto, que ahora se tilda de descabellado y ridículo—apreciación que es como un eco de las diatribas que lanzaron sus enemigos a Santa Anna con este motivo—no fue, bien examinado, sino una de tantas manifestaciones del desasosiego y de la exaltación de aquella época. Insistimos en que para juzgar de estos hechos, se necesita no prescindir del Romanticismo, como modalidad social de ese tiempo. Santa Anna—lo repetimos—se hallaba dentro de ese círculo en que se movían las fuerzas vivas del mundo al impulso del ambiente.

Tanto como los literatos, los militares sentían el influjo de ese hálito de aventura, de arrojadas empresas, del "deseo de gloria y pasión" que trajo el Romanticismo en sus poderosas corrientes renovadoras a partir de la primera decena del siglo XIX. Más que ningunos, los hijos de Marte se hallaban en condiciones de lanzarse a empresas temerarias, que, por otra parte, nada tenían de desusadas entonces, puesto que aun estaban frescas las hazañas de los adalides de la independencia de América, verdaderos románticos de la libertad.

Ambicioso e ignaro, Santa Anna obedeció al imperativo de ese que clasificaba Gautier como "maravilloso tiempo" o de lo que más tarde señaló Sainte Beuve como "mal del siglo".

Impetuoso, bajo el mandato de su temperamento tropical, arrebatado y ardido, Santa Anna quiso intentar la aventura irreflexivamente. En ello obedeció, de seguro, a una de sus características psicológicas: la máxima egolatría, manifestada esta vez por la "absoluta inconsecuencia de la responsabilidad y de la propia maldad".

Y yendo aún más allá, esta aventura de Santa Anna lo clasifica psicopáticamente entre los "extravertidos", que se definen como tipos "a quienes halagan las situaciones nuevas y desconocidas" y que "por averiguar algo desconocido, saltan a ello impetuosamente", por lo cual "su acción es rápida y no está sometida a objeciones y aplazamientos".

Del estudio hecho por la señorita Picazo, desprendo este resumen de la actuación de Santa Anna al respecto: "No repara en los medios para lograr lo que se propone. En Yucatán riñe con

el Gobernador, hombre de intachable conducta, hasta que éste tiene que renunciar, y como consecuencia lógica, Santa Anna, que ya había preparado el terreno apoyando la política del Estado en contra de los deseos de la capital, asume el Gobierno. Cuando se presenta el momento de explicar la dilación en la ejecución de las órdenes de la capital, proyecta seguramente la más descabellada de sus empresas, que da una idea cabal de su carácter. Con febril entusiasmo, sin autorización oficial del Gobierno, organiza un ejército, se pone en comunicación con prominentes cubanos, suplica, insiste con el Presidente Victoria para que se le apoye y ayude en su proyectada expedición para libertar a la isla de Cuba. Garantiza el éxito y confía ciegamente en sus triunfos anteriores. No hay para qué decir que las cartas que con este motivo escribe, son maravillosos ejemplos del más exaltado amor a la América. Ni por un momento comprende la magnitud de la empresa que él personalmente se propone dirigir y llevar al éxito con un puñado de hombres. Cree que sólo su nombre es suficiente para ahuyentar a los españoles, que su poderío personal equilibraría la enorme diferencia de recursos. ¿Qué perseguía? ¿Veía tal vez la ocasión de brillar como nunca? ¿Quería hacer desaparecer las dudas que había despertado por su tolerancia con la política del Estado? ¿Era posible que buscara gloria para México, cuyas deplorables condiciones pecuniarias no podían ni remotamente garantizar el éxito de este proyecto, que en cambio traería serias dificultades con otros países? Santa Anna no comprendía la situación, pero ya se había entregado a la idea”.

Sin embargo, cabe señalar por último, que Santa Anna al concebir el proyecto de la liberación de Cuba, quiso quizás emular a Bolívar, de quien siempre se mostró admirador, o tal vez secundarlo, puesto que el libertador sudamericano en varias ocasiones intentó que el Gobierno de México cooperara con él en la empresa. Además, Santa Anna sabía que la expedición de Cuba y su independencia eran asuntos que simpatizaban al Gobierno y el propio señor Menéndez se rinde a la evidencia al asentar que aquéllas “eran las ideas dominantes entonces”.

Y para que se vea que Santa Anna no obró tan estultamente, basta recordar que un año después, en 1826, la Cámara de Senadores autorizó al Gobierno para que en unión del de Colombia emprendiera una expedición militar a fin de ayudar a los cubanos a conseguir su independencia. Y puso en práctica el Gobierno esta autorización, en-

viando escuadrillas y expediciones marítimas a las aguas de la Gran Antilla.

Estos últimos hechos aminoran la responsabilidad de Santa Anna por su proyecto de 1825, y reducen sus proporciones a una simple demostración de su “vehemencia natural” de que habla Chávez Orozco, por más que el señor Menéndez dé un cariz absolutamente utilitarista al intento, despojándole de todo aspecto de amor a la libertad y de confraternidad racial.

(En esta cuestión hay que tener presente también que en 1829, cuando se hallaba en la Presidencia de la República el General Guerrero, se concibió un proyecto—esa vez sí descabellado—de consumir la independencia cubana con la cooperación de los negros de Haití, como lo narro en mi artículo “Un temerario proyecto de México para libertar a Cuba”).

Los documentos que el señor Menéndez inserta con relación al proyecto de Santa Anna, resultan de un gran valor no sólo histórico y testimonial sino psicológico, lo mismo que aquellos que se refieren a la postrera estancia del ex-dictador en Yucatán, en 1867.

Es la parte final del interesantísimo libro del señor Menéndez y tan sugestiva y atrayente como las demás, puesto que exhibe a Santa Anna en la fase de su decadencia absoluta.

¡Ironías del Destino que quiso que la iniciación y el ocaso de su vida política tuvieran por escenario idéntico sitio!

De las circunstancias y los cuantiosos documentos que integran esta parte del libro del señor Menéndez, se saca la convicción de que Santa Anna siguió siendo víctima de sus desequilibrios y que los mortecinos chispazos de su inquietud mental determinante de la inquietud física o hiperactividad, aún encendían sus brasas en su cerebro de septuagenario.

Su instinto de dominio y poderío, su exhibicionismo (característica de la animalidad predominante), su mitomanía, su vanidad morbosa, su hiperabulia, persistían en él, tan íntegras como en los años mozos en que fuera gobernante de Yucatán.

Pero si bien es cierto que todas esas lacras patológicas perduraban en su ser moral, ya sus facultades individuales se hallaban en plena ruina y en completo desgaste. Y este desastre, en contraposición con la entereza de su constitución psicopática, ha de haber constituido el más grande de los castigos que recibiera Santa Anna, el máximo tormento a que lo sujetara su sino.

Vejado, puesto en ridículo, despreciado por los que todavía se llamaban sus amigos, el ex dicta-

dor se desprende de las páginas finales del libro del señor Menéndez como un guiñapo humano, que no concita compasión ni lástima sino sarcasmo e ironía.

El señor Menéndez debe estar ampliamente satisfecho de este fruto ópimo de su maduro talento,

que, repetimos, ofrece jugos a sustancia a los investigadores para conocer a Santa Anna en el principio de sus andanzas, como hombre público, como sujeto de experimentación psicológica o simplemente como individuo.

(Continuará)

FENOMENOLOGIA DE LA PERSONALIDAD

P o r S A M U E L R A M O S

(Concluye)

III

La personalidad como valor.

LA tendencia de la voluntad hacia los valores, ya sea con el fin de realizarlos o simplemente como un amor a todo lo que hay de valioso en la vida para participar de ello, es la actitud que transforma al individuo en una personalidad. Pero a su vez la personalidad aparece como un valor nuevo que se diferencia de los valores que la condicionan, tanto por su calidad o materia, cuanto por su rango en la escala valorativa. Distínguese desde luego, de los valores restantes, en que es un valor que sólo a un individuo puede pertenecer. Considerada como un valor no se puede hablar de la personalidad en general, sino de personalidades singulares distintas unas de otras. Así la personalidad puede ofrecerse al conocimiento en estado de valor puro, e indiferente a su realidad o no realidad en el carácter del sujeto. En este sentido la personalidad se presenta como un ideal, al que el esfuerzo del individuo se aproxima más o menos, pero sin que su carácter real logre casi nunca coincidir con él. Hay pues un "carácter empírico", — dando a la terminología de Kant un sentido distinto al original, — y un "carácter inteligible" que representa en este caso, una idea, un arquetipo de lo que el individuo debe ser. Esta dualidad, presente en todos los sujetos, entre su carácter real e ideal nos permite comprender

que la personalidad no es como pudiera suponerse una estructura espiritual en reposo, sino más bien, un proceso en desarrollo infinito que se mueve en dirección a una meta casi nunca alcanzada.

De las ideas que se han afirmado aquí para definir la esencia de la personalidad, podría derivarse, con cierta lógica, la conclusión de que no es un solo valor singular, sino un compuesto de valores generales. Esta tesis no es del todo inexacta, pues, en efecto, se encuentran en cada una de las personalidades concretas, valores que no pertenecen en exclusiva a ellas, y que por lo tanto no son singulares en sí. Sólo que es preciso advertir que el valor singular de la personalidad radica justamente en la composición de los diversos valores generales. Podríamos decir, que como en el fenómeno de la combinación química, de la reunión de una pluralidad de valores, surge uno distinto, que ciertamente los contiene a todos, pero que es algo nuevo frente a ellos. La relación de la personalidad con el valor debe aún comprenderse en otro sentido. Cada individuo tiene un *ethos* particular, que consiste en un sistema único de preferencia respecto a los valores. En sus gustos, en sus simpatías, en sus repugnancias, en sus reacciones hacia todo cuanto le rodea, actúa por modo constante una misma manera de preferir y rechazar, que es única en cada individuo. Esas tendencias valorativas tienen una influencia decisiva en el carácter, y son nada menos las que le imprimen el sello de la personalidad. Para el caso no importa que el origen de esas tendencias se remonte a otros factores como la raza, el temperamento, el ambiente social e histórico, etc.,

porque su acción, puramente negativa, se reduce a limitar el campo de visión del mundo de los valores, sin alterar por ello la objetividad de los mismos. En otras palabras, para alejar la sospecha siempre amenazante del subjetivismo, cada individuo tiene una sensibilidad propia a los valores, de manera que sólo un grupo limitado influye en su conciencia, mientras que es indiferente a los que restan. Esto basta para definir la personalidad, como un *ethos* individual, es decir, como una manera única de preferir y rechazar los valores. Pero de aquí surge un nuevo problema en lo concerniente al valor ético de la personalidad. Desde las primeras líneas de este estudio hemos declarado que la personalidad es sobre todo un valor ético. Ahora bien, si ella descansa en el hecho de que cada individuo puede elegir los valores de acuerdo con un criterio propio, entonces, proceder conforme a normas generales de preferencia es contrariar la ley misma de la personalidad; ¿cómo pues es posible respetarla sin violar al mismo tiempo la jerarquía objetiva de los valores, supuesto necesario de un orden ético? Si esta violación tiene que producirse fatalmente, entonces, al contrario de lo que hemos afirmado, la personalidad debe respetarse como un hecho in-moral. Mas la antinomia que aquí se nos plantea, es sólo aparente y se resuelve pensando con mayor atención en las circunstancias efectivas que median en el acto de elegir. Aun cuando la tabla de valores, postulados de toda ética, dista mucho de ser conocida de un modo cabal, hay razones para suponer que no está constituida sólo por un ordenamiento vertical, sino también en otros sentidos, de manera de integrar un sistema multidimensional, como le llama Hartmann. Esto significa que si por una parte hay una línea ascendente en que los valores se distribuyen por su rango, desde los más bajos hasta los más altos, por la otra hay una línea horizontal en la que se colocan valores del mismo nivel, pero de diferente materia. Traducido esto a un lenguaje más concreto quiere decir que en las situaciones reales, los individuos pueden encontrar varias maneras, igualmente válidas, de resolver el conflicto moral, pues como dice un proverbio, "por muchos caminos se llega a Roma". La realidad es tan compleja y tan rica que ofrece siempre un amplio margen para que la personalidad se ejercite. Ante las mismas circunstancias varios individuos pueden reaccionar cada uno en forma diversa y ser igualmente justas todas las soluciones. Por otra parte, si la tabla de valores fuera plenamente conocida hasta en sus pormenores, como sucede en el campo jurídico con las leyes escritas, la conducta moral se convertiría en el ajuste casi mecánico con

preceptos ya de antemano conocidos. Afortunadamente en muchos de sus aspectos esa tabla está rodeada de una vaguedad e indeterminación, que hace de la decisión moral un constante riesgo de equivocarse. En esta incertidumbre, abstenerse es cobardía y el hombre debe probar su voluntad, aceptando la responsabilidad de las consecuencias; es pues la mejor ocasión de manifestar la personalidad. La experiencia enseña que a cada momento se presentan ocasiones favorables al desarrollo de la personalidad, pero describirlas aquí una por una, sería penetrar en un terreno casuístico que es impropio de la filosofía moral, cuya misión se detiene en la definición de principios.

Una de las características de los valores morales es la universalidad. ¿Cómo entonces puede calificarse de moral un valor que siendo singular no vale sino para un individuo? Es que la individualidad del valor no contradice su universalidad, pues resulta evidente que la personalidad es válida para todo sujeto capaz de percibirla. Sería absurdo negar su validez, porque no todo el mundo puede comprenderla; es como si se afirmara que la verdad de una proposición matemática depende del número de hombres que la comprenden. La universal validez no implica que todos los hombres puedan comprenderla, sino que cualquier hombre preparado, comprenderá y reconocerá dicha validez. En este mismo caso se encuentran las obras de arte. El valor estético es el valor de un solo objeto, cuadro, poema, que no pierden su universalidad aun cuando muy pocos sean capaces de sentirla. Hartmann sostiene la hipótesis de que en la esfera puramente ideal, los valores de personalidad no son individuales, de manera que su singularidad concreta dependería de una limitación de la realidad que no permite actualizarlos sino a un solo individuo. Estrictamente hablando, no sería pues la personalidad un valor individual, sino el valor de un solo individuo.

Ninguna objeción hasta hoy ha podido destruir una de las verdades quizá más arraigadas en la conciencia moderna: que la personalidad es un valor moral. La incorporación de este valor al seno de nuestra cultura es una de las obras más importantes del Renacimiento, que afirma por primera vez la personalidad humana como un valor autónomo. Kant hace de la personalidad el fin supremo de la conducta ética, pero su doctrina, que hace consistir la personalidad en la realización de un valor general humano, la Razón, es en el fondo una negación de la personalidad. De cualquier modo, a partir de Kant, la personalidad se convierte en uno de los temas dominantes de la ética. En multitud de pensadores aparece como el concepto central de sus especulaciones morales.

Entonces, si la personalidad es un valor moral, surge esta consecuencia forzosa: *la personalidad es un deber*, una responsabilidad para cada individuo. Mas esto crea un conflicto nuevo con las ideas anteriormente expuestas. Hemos insistido en que la personalidad no puede ser conscientemente buscada, y entonces cabe plantear esta pregunta: ¿cómo si la personalidad escapa a todo esfuerzo voluntario puede imponerse como un deber? Es lógico que sólo *debo* cumplir con lo que *puedo* realizar. Lo que no está en nuestro poder tampoco está entre nuestros deberes. Sin embargo, conociendo la ley del desarrollo de la personalidad, puede lograrse voluntariamente, siempre que se busque por medios indirectos. La personalidad se nos escapa cuando la hacemos el fin inmediato de la acción, pero no si nos colocamos en una actitud mental objetiva y tendemos a realizar otros valores distintos de ella pero que condicionan su aparición. No se tiene que prescindir del ideal de la personalidad que es una de las normas fundamentales para la moral y la educación, pero sí estas disciplinas deben formular sus técnicas de acuerdo con un conocimiento preciso de los procesos genéticos de la personalidad. Uno de los problemas más difíciles a este respecto es el que se refiere al conocimiento de la personalidad en su forma concreta. Scheler piensa que la personalidad no se da como objeto y, en consecuencia, no es accesible al conocimiento. (1) Como una afirmación encaminada a deprimir un excesivo intelectualismo nos parece buena. Es cierto que la esencia particular de cada personalidad difícilmente se deja reducir a fórmulas puramente intelectuales. Como fenómeno concreto y singular, pertenece al orden de los objetos irracionales. Pero esto no quiere decir que sea refractaria a otros medios de conocimiento. De otro modo ignoraríamos su existencia en absoluto, ni siquiera podríamos hablar de ella. La personalidad en los demás, es algo que se nos revela al conocimiento directo, en una intuición suficiente para darnos la evidencia de ella. Que no todas las clases de personalidad nos sean igualmente accesibles, sino sólo un grupo reducido, es cosa que depende de la constitución mental de cada sujeto. Lo que sí parece manifiestamente imposible es lograr una conciencia exacta de la propia personalidad.

Podemos ver con gran claridad, a veces, la personalidad ajena, pero todos los hombres parecen afectados de una ceguera cuando se trata de la propia. Esta condición extraña se explica, sin embargo, dentro de los principios antes formulados. La personalidad se manifiesta precisamente cuando el sujeto no reflexiona en sí mismo, y vive fuera,

en las cosas externas. Apenas el individuo trata de concentrarse en una reflexión sobre sí mismo, entonces su personalidad se oculta. No queremos afirmar que el conocimiento del propio ser es imposible. Las grandes y las pequeñas personalidades pueden tener auto-conciencia cuando ven, no adentro de sí mismos, sino afuera, en la obra que han realizado y en el reflejo que causa en los demás. Pero entonces se infiere que antes de la obra no se puede conocer la propia personalidad, ni siquiera en la forma de un modelo ideal. Los modelos ideales que tomamos de norma para el desarrollo del propio ser, pertenecen a otros hombres. Este procedimiento encierra, como ya se supondrá, un grave peligro; el de falsear la propia personalidad confundiéndola con la ajena. Por supuesto muchas cosas se pueden aprender, imitar o participar de la personalidad ajena. Esta verdad, es la piedra angular de la educación y en general de todo proceso que tienda a adquirir la cultura. El papel que desempeñan en la historia las personalidades más destacadas en cualquiera región de la cultura, es descubrir nuevos valores, inasequibles directamente a la conciencia común pero que luego se convierten en patrimonio de todos los hombres. Para captar plenamente esos valores es indispensable penetrar en la personalidad ajena, sentir, pensar, amar como ella. Tal vez es el único procedimiento efectivo para adquirir la cultura. Hay que buscar—enseña Scheler—“el modelo valioso de una persona que ha ganado nuestro amor y nuestra veneración. Primeramente ha de sumergirse el hombre entero en un ser integral y genuino, libre y noble si quiere hacerse culto”. En la vida práctica, la norma que más atrae en el sentido de una conducta moral, no son los preceptos abstractos, sino el ejemplo viviente de una persona, que encarna una dirección ética. Así está justificada en lo absoluto una “imitación de Cristo” o de otra persona que se considere maestro supremo de la virtud. Podemos, en suma, participar y vivir de todos los valores genéricos descubiertos por otra persona, menos del valor que le da su originalidad. Aun el contacto con personalidades diversas, es necesario, para hacer surgir la nuestra por contraste. Pero en rigor no existen maestros ni discípulos en personalidad, a menos de desvirtuar su esencia.

Ninguna dificultad puede valer como excusa para descargar a cada hombre de la responsabilidad que tiene de ser siempre en los actos tras-

(1) Scheler. “Esencia y Formas de la Simpatía”. Principalmente el capítulo “Amor y Persona”.

centadales de su existencia, fiel a sí mismo. En la sabiduría de todos los tiempos se ha expresado este imperativo con diversas palabras, desde la frase de Píndaro "sé el que eres". Es la idea de que cada hombre tiene un destino individual que cumplir, so pena de caer en una culpa, que su propia conciencia se encarga de reprocharle. "Cumple con tu destino", es otra expresión frecuente en los pensadores modernos, por ejemplo, Fichte, que encierra la misma intención moral. La norma de la personalidad podría formularse, según Hartmann, de manera semejante al imperativo categórico de Kant en los siguientes términos: "obra de manera que la máxima de tu voluntad no pueda convertirse nunca en ley universal de la conducta". Como esta fórmula, que tan rudamente parece invertir el sentido del imperativo categórico kantiano, no lo excluye, sin embargo, es algo que el lector encontrará demostrado en la obra de Hartmann a que hemos hecho referencia.

Sólo quien tenga una visión unilateral del mundo puede creer en una antinomia irreductible entre los valores generales y los individuales. En el cumplimiento de los deberes más comunes de la vida cabe siempre una oportunidad para poner una nota individual. Sin embargo, existen hombres que, dominados tiránicamente por la obsesión de los valores generales toman empeño en ahogar toda actitud personal. Esta limitación es, en parte, justificable cuando depende de una falta congénita de predisposiciones para adquirir una fisonomía propia. Debe tenerse en cuenta que, tal como está constituido el género humano, la mayoría de los hombres no poseen las condiciones subjetivas requeridas para diferenciarse unos de otros como individuos. En el tipo co-

mún de hombre, la individualidad apenas se dibuja en rasgos muy borrosos. Su conducta está determinada por la imitación social, por impulsos gregarios. Su ética es por completo impersonal y se rige por las fórmulas abstractas del deber que se encuentran en la moral práctica más en uso. Dentro de esta masa indiferenciada, los hombres predestinados a la individuación constituyen una pequeña minoría. Ellos se muestran inconformes con los lugares comunes de la moralidad y tratan de distinguirse en todas sus acciones. Por su puesto si esta tendencia llega hasta el sacrificio de los valores generales, habrá una falta de consistencia interna en su personalidad. Los valores éticos fundamentales deben ser el antecedente incondicional para el desarrollo de una personalidad íntegra.

A los hombres aptos para ser grandes personalidades les toca soportar una gran responsabilidad histórica. Su inconformidad hacia los valores corrientes los predestina a ser creadores de valores nuevos. Una vez que estos valores se objetivan en obras de cultura, entran a pertenecer al dominio público y se vulgarizan. Entonces habrá otros espíritus que huyendo de la vulgaridad, encontrarán nuevos valores, los cuales a su vez se divulgarán entre los hombres, y así sucesivamente hasta el infinito. Hay que pensar que los valores generales de hoy fueron excepcionales ayer, y sólo comprendidos y amados por unos pocos. La misión de la gran personalidad es impedir que se estacione el espíritu humano. Socialmente constituye un fermento revolucionario permanente, que por el disgusto hacia los valores establecidos impulsa el movimiento de la cultura descubriendo horizontes siempre nuevos a la aspiración del hombre.

ACABA DE APARECER!

B O L I V A R

PRIMER VOLUMEN DE LA
SERIE
"PENSADORES DE AMERICA"

PRECIO: CINCUENTA CENTAVOS

Agencia de Venta de Libros de la Universidad Nacional.—Justo Sierra, 16. México, D. F.

A FEDERICO GARCIA LORCA

UN SONETO

¡Qué penumbra de dalia desterrada!
¡Qué eclipse de guitarra y romancero!
¡Qué apagarse de trenzas y toreros
yerra doliente por tu madrugada!

Salgo al aire con pala y con azada
buscando por el Cielo derrotero
que me lleve a cavarte entre luceros
la tumba pura para tí soñada.

Acuesta allí sobre plumón ocioso
tu desmayo final bajo la suave
ala de un ángel trágico y hermoso.

De tu dulce dormir dame la clave.
Levántate una noche y silencioso
muéstrame un signo y tírame la llave.

EMILIO BALLAGAS

LA HABANA ... 1937

DIALOGO CON MARCELINO DOMINGO

ENTREVISTA DE
RAFAEL HELIODORO VALLE

La Universidad, aunque sea totalmente adicta a una ideología militante, no debe hacer ninguna declaración de principios respecto a la validez o ilegitimidad de un régimen político; porque tal declaración la desnaturalizaría.

La Universidad debe tratar los temas políticos, debe estudiar la política; pero nunca ha de hacer política. Su función primordial es la de investigar, definir; pero no debe actuar. En su ambiente deben resonar todas las voces, percibirse todas las inquietudes.

La Universidad debe ser un laboratorio científico; un alto centro de la cultura, en donde hallen un refugio propicio todos los que se dedican especialmente a una disciplina; y el deber de la Universidad es el de darles todo el apoyo que necesitan, a fin de que su misión sea factible.

En síntesis, uno de los deberes de la Universidad es el de estudiar los problemas actuales del país en que vive, así como los del mundo contemporáneo; pero, eso sí, siempre apartando esos problemas de la parte impura que tienen las pasiones y elevándolos a la atmósfera noble de la cátedra.

Se expresó así durante la entrevista que tuve con él, aprovechando su permanencia en México, el ex Secretario de Instrucción Pública de España y distinguido tribuno político, don Marcelino Domingo. Aunque el señor Domingo recorre varios países haciendo luz pública en torno del actual momento histórico español, preferí que nuestra conversación versara sobre los temas que más estrecha vinculación tienen con la Universidad, en momentos en que son encontrados los pareceres respecto a la función que ésta debe de realizar.

Al primer cambio de palabras, el señor Domingo me dice:

—Encuentro a México mucho mejor que como lo vi en 1922, la vez primera que vine. Mejor en orden al aspecto de la población, de la ciudad y de las obras realizadas o que están en proyecto. Se advierte un afán de hacer, de actuar, de cumplir una obra, con una seguridad más firme, y, políticamente, me parece mucho más estable que en la época en que yo estuve aquí. Naturalmente que hay sus nubes en el horizonte; pero no hay ningún país que no las tenga. Sólo que en México esas nubes son menos cada día. Hay una orientación más resuelta, hay mayor decisión.

—Seguramente usted ya sabrá cuáles han sido las peripecias de la Universidad de México en los últimos tiempos. Primero la autonomía, luego la libertad de cátedra. Y habrá sabido que se ha puesto a discusión la actitud que debe asumir la Universidad frente a los acontecimientos de España.

—He de decirle que no tengo idea de que alguna Universidad haya tomado el acuerdo de decir: "La Universidad se adhiere al Gobierno legítimo de España". No sé si entraría esto dentro de las funciones de la Universidad. Me parecería una profunda equivocación si se dijera, por otra parte: "La Universidad declara su oposición al Gobierno legítimo". He visto en estos días, en los periódicos, que la de México va a reunirse para tratar este asunto; y la conclusión que me he formulado es ésta: no creo que sea obligación de la Universidad, aunque fuera totalmente adicta a determinada ideología, hacer una declaración de esa naturaleza. Me parecería un antecedente terrible que, en una guerra de agresión contra un régimen legítimo, la Universidad declarara que no estaba con éste. La Universidad puede no ser de derecha, no ser de izquierda; pero si renuncia a declarar su acatamiento a un régimen, el que sea, yo creo que se desfiguraría la característica fundamental, esencial, que la Universidad debe tener.

—Se está planeando para este año—le digo—un Congreso de Universidades de América.

—¿Y se invitará a las de Norteamérica?

—Entiendo que sí y que el Congreso se efectuará en México. El primero fue en La Habana.

Y comentando la discusión en torno a si la Universidad debe ser política o apolítica, el señor Domingo me dice:

—Yo creo que la Universidad ha de tratar temas políticos, ha de estudiar la política; pero nunca ha de hacer política. Si hay una política y ésta tiene distintas modalidades y problemas complejos, la Universidad no puede ser el único organismo del país que permanezca ausente de la acción política. Creo que ha de entrar esta acción en la Universidad, que cumpliendo la misión que la Universidad tiene, es decir, investigando, estudiando, definiendo, pero no actuando. La Universidad puede no ser agrarista, ni carrancista, por ejemplo; pero todo lo que representa una tendencia política en el país, debe ser estudiado por ella. Si hay alguien que en un curso de tres días, sobre un punto de doctrina, de programa, dé una definición que esté por encima de las pasiones políticas, habrá entendido muy bien la misión de la Universidad.

El señor Domingo se refiere en seguida a varios de los universitarios españoles a quienes se ha mencionado en la actual lucha de España.

—Un universitario es Marañón, a quien yo hice catedrático de la unánime propuesta del Claustro—dice el señor Domingo, aludiendo a su presencia en el Ministerio de Instrucción Pública en su país—. ¿Quién conoce la Endocrinología como Marañón? ¿Era necesario someter a Marañón a oposiciones? Si el Claustro dijo que Marañón debía ser el catedrático, pues había que nombrarlo, porque tal proposición era más que una garantía y, sobre todo, Marañón lleva quince o veinte años entregado a una disciplina científica en que es verdadera autoridad. Marañón es universitario con una posición política y lo mismo Jiménez de Asúa y Fernando de los Ríos y otros que ustedes ya han oído nombrar. Podría citar ahora a numerosos universitarios que en la lucha española tienen una situación política clara, de beligerantes. Pero en la cátedra ellos se despojan completamente de su influencia política y se entregan a su magisterio. Lucharán en la calle, pero en la cátedra no tengo idea de que uno de esos catedráticos, ya sea de derecha o ya de izquierda, haya puesto su posición política por encima de su significación de maestro.

—¿Y Ortega y Gasset?

—Ortega y Gasset llevaba hace tiempo una dolencia que lo tenía muy quebrantado, desmejorado, tanto que siendo muy trabajador y gustando de entregarse del todo a su obra, hacía mucho que estaba apartado. Y cuando se produjo esta tragedia en que nos ha metido el destino, a él le ocasionó un trastorno enorme, tanto que se creyó que iba a morir o a enloquecer, y se buscó el medio de sacarlo de España y se le llevó a Cannes, a una población de la costa, de buen clima, y se ha restablecido.

—Hace días que deseamos en México que Ortega y Gasset venga. Hasta se ha dicho que el Instituto Hispano Mexicano iba a traerlo, lo mismo que a Marañón. Tal vez ahora podamos admirar de cerca a Menéndez Pidal, quien debe haber llegado a La Habana. ¿Y qué hay de cierto sobre la muerte de Unamuno?

—Pienso que lo que le produjo la congoja de la muerte fue presenciar la llegada de soldados alemanes. Al principio se significó un poco al lado de Franco, luego debe haberle molestado mucho la llegada de los moros y, como se significó en forma opuesta, le quitaron la cátedra y lo tuvieron como preso en su casa, y sé que cuando los alemanes entraron en Salamanca, aquello le produjo un síncope, que precipitó su muerte.

Habrà que plantear—ante el señor Domingo—el dilema de si la Universidad debe ser un laboratorio de la cultura, solamente eso, o si además de eso debe tomar parte en la política.

—Es un problema muy complejo. Para nosotros la Universidad, en la época en que yo actué en el Gobierno, ha logrado una extensísima autonomía. Es decir, la Universidad tiene, en lo que se refiere a su acción de cultura, lo que pudiéramos llamar plenitud de funciones y la libertad de cátedra es total.

—¿Y el fuero universitario?

—Lo tenemos en España. Constituye un principio intangible, que habiendo sufrido nosotros fuertes conmociones políticas y sociales que han refluído en la Universidad y nos han producido momentos difíciles en el aspecto del orden público por la intervención que la Universidad había tenido en ellos, la Guardia Civil y la fuerza pública, que no encontraban límites ante ninguna otra institución, respetaban el fuero universitario y la defensa del orden público dentro de la Universidad quedaba absolutamente en-

tregado a las autoridades universitarias. El Estado, para que el orden y la disciplina se mantengan en la Universidad, no mueve sus órganos de autoridad, sino que confía el restablecimiento del orden y la disciplina a la misma autoridad universitaria. Pero a pesar de tal constitución, la Universidad en España no tiene la independencia que la de aquí. Hay una persona que representa, dentro de la Universidad, al propio tiempo que la mayor o menor confianza del Claustro, la confianza del Gobierno; y esa persona es el Rector. El Claustro toma los acuerdos que le convienen en cuanto a la vida académica, legisla, tiene potestad absoluta dentro de ella; y el Rector, aunque es propuesto por el Claustro, su nombramiento definitivo incumbe al Gobierno. Y en mi época, en un período en que se pasaba de un régimen a otro, sin que dejaran de producirse perturbaciones, yo dispuse que la designación del Rector fuera del mismo modo que lo había sido hasta entonces, a propuesta del Claustro. Y en aquellos casos en que el Claustro determinara por unanimidad la designación del Rector, el Ministro acataba la unanimidad sin reserva alguna, pero en el caso de que no la hubiera, el Ministro se reservaba la potestad de designar a quien tuviese mayoría de votos o la minoría.

—Por supuesto que se está usted refiriendo concretamente a la Universidad de Madrid.

—No sólo a ella. Todas tienen el mismo funcionamiento, a excepción de la de Barcelona, por el régimen especial de autonomía que tiene Cataluña. De modo que se ha creado allí una situación especial.

El señor Domingo entra en explicaciones:

—Cuando se determinó la concesión de la autonomía catalana, uno de los temas que determinó mayor discusión fue el de la enseñanza. ¿Qué situación especial iba a tener la región autónoma? Y entonces cada uno de los aspectos de la enseñanza determinó un debate, desde la enseñanza primaria hasta la universitaria. En cuanto a la primera se resolvió que el Estado mantendría sus escuelas y que la Generalidad podría crear las que le satisficieran, pero con una obligación mutua: en las del Estado, en lo que se refería a la lengua, el sistema empleado sería el bilingüismo, de modo que aquellos chicos de procedencia castellana y con residencia en Cataluña recibirían en castellano su enseñanza, con la obligación de conocer el catalán; y los catalanes, además de recibirla en idioma materno, quedaban obligados a conocer el castellano. En cuanto a los institutos de segunda enseñanza el Estado la mantendría en castellano dentro de su jurisdicción, y la Generalidad quedaba facultada para crear sus institutos en donde podría enseñar el catalán, siendo obligatorio en cada curso conocer el castellano. Se crearon escuelas normales de maestros para la enseñanza en catalán, aparte de las que funcionaban en Cataluña como en cualquier otra región de España.

—¿Y cómo se resolvió la dificultad en cuanto al régimen universitario?

—El problema era éste: ¿El Estado va a mantener su Universidad en Cataluña, así como ha mantenido sus institutos y sus escuelas? Al conceder la autonomía a Cataluña el propósito era proceder en esa forma a su españolización, no mantener vivo el espíritu de separación o desintegración. Si se creaba una Universidad española frente a una catalana, podía suceder que en una región donde no hubiera núcleo escolar catalán suficiente, sería la Universidad española la superior y los catalanes se sentirían permanentemente postergados en sus condiciones frente a una Universidad del Estado, o, por el contrario, que por el impulso que en Cataluña tuviera el grupo de población catalana, el Estado apareciera disminuido en una Universidad inferior a la regional autónoma. Pero se llegó a un acuerdo: que quedaran fundidas las dos Universidades, que simultáneamente se enseñara el catalán y el castellano y que en vez de estar dirigida por un Claustro lo fuera por un patronato de diez vocales, cinco de la Generalidad y cinco del Estado, nombrando los primeros con la aprobación del Estado, y los segundos con el asentimiento de la Generalidad.

—¿Y al Rector quién lo nombraba?

—El Rector sería el que propusieran los vocales. Y esto ha dado un resultado regular en ciertos aspectos, malo en otros, y excelentísimo en otros. Es difícil llegar a una conclusión perfecta en una situación de anormalidad como la que representa la coincidencia de dos culturas y de dos idiomas en una Universidad. De todos modos la menos peligrosa de las soluciones y posiblemente la más eficaz en el orden cultural, fue la que se dió. Las Universidades no debían entrar a la política, pero entran...

—Sobre esto quería yo insistir.

—Y entran más posiblemente por la inquietud de los estudiantes que por la intervención de los profesores, y entran no en lo que pudiéramos llamar entrar a la política en la acción cultural de la Universidad, sino entrar la política como pasión en la Universidad.

—¿Y sería posible corregir esto?

—Hasta ahora, nosotros no hemos encontrado la manera. Durante el curso pasado, en el que yo, al principio, estuve como Ministro de Instrucción Pública, la política entró a la Universidad con tal pasión, con tal devastamiento, sobre todo en una Facultad, la Facultad de Derecho, que me vi forzado a suspenderla en sus funciones íntegramente. Fue una medida disciplinaria que, después de violentarme mucho, me vi forzado a tomar. Ahora bien, la corriente de la calle que se mete en la Universidad, en el cuartel, en la iglesia, en una hora de pasión, no se puede impedir que llegue a la Universidad, porque ésta no es una arca a donde no llega ese oleaje. Y a veces llega con mayor violencia que a ninguna otra parte.

—¿Pero respecto a la libertad de la cátedra?

—Yo establecí un sistema nuevo, con el fin de que en la Universidad todos aquellos problemas que pudieran constituir una fuerte inquietud, en una hora como la que vivía España y la que se sentía en el mundo, tuvieran su representación en la Universidad. Yo creo que la Universidad ha de ser un laboratorio científico, un alto centro de cultura en el que los hombres consagrados a una misión especial, a una disciplina especial, encuentren en la Universidad un refugio donde puedan consagrarse plenamente a la actividad científica.

—Para usted, entonces, el deber de la Universidad es...

—El de prestar a esos hombres toda la asistencia que necesiten, para que su actividad científica se cumpla bien. A mi juicio esta es una de las misiones de la Universidad.

—¿Y qué otra misión puede tener a su juicio?

—La de cumplir una misión profesoral, es decir, así como una escuela politécnica prepara ingenieros, la Universidad ha de cuidar de producir abogados, profesores, médicos, etc. Yo fundé, además, la Facultad de Pedagogía de la Universidad, cuando convertí la carrera del magisterio en carrera universitaria. El último grado se cursaba en la Universidad de Madrid y en la de Barcelona.

—¿Y la colaboración del Estado en la vida universitaria?

—Para mí la Universidad debe crear todos aquellos organismos autónomos que sean sus vértebras, que le permitan cumplir su misión científica, y el Estado ha de procurar que todos aquellos organismos que puedan constituir con la Universidad una unidad orgánica, debe convertirlos en dependencia de esta misión de la Universidad. Por ejemplo, si un biólogo ha conseguido, gracias a su esfuerzo personal, a su propia disciplina científica, forjarse un hogar científico fuera de la Universidad, debe incorporar en cierta manera ese hogar a la función de la investigación científica que ha de cumplir la Universidad. Pero hay una tercera misión, y es la orientación cultural que la Universidad debe dar tratándose de todos los problemas que tiene planteados su país. Ustedes tienen y nosotros tenemos también el problema que se ha impuesto el nuevo régimen, el problema de realizar una transformación en la economía agraria. Yo tengo el convencimiento de que sobre todos esos aspectos de la reforma agraria, los que en España y fuera de ella están capacitados para decir una palabra orientadora, para hacer experiencias que obligan a rectificaciones, para informar a la opinión, que den uno, dos, veinte cursos, desde el plano objetivo, que sirvan una información científica sobre este estudio. La Universidad tiene esta misión científica: que recluye a unos hombres en un laboratorio o seminario, dentro de ella, y que los entrega a una investigación elevada, que ellos cumplan a medida de su conciencia y de su capacidad; segundo, la misión profesoral de la Universidad, en el sentido de capacitar a unos para el ejercicio de profesiones determinadas; y tercero, el estudio de los problemas actuales del país y del mundo, apartándolos de las pasiones que tienen y elevándolos a la altura de la cátedra.

—¿Y los universitarios españoles—pregunto al señor Domingo—han respondido especialmente tratándose del estudio de los problemas españoles?

—Han respondido. No diré que en todos se haya encontrado ese vivo interés; pero tampoco diré que haya habido una resistencia. Si un universitario ha sido requerido para que cumpliera tal misión, aun los de ideologías más encontradas, he de decir que sería difícil señalar cuáles de ellos han sido obstáculos para cumplir esta misión. Lo habrán hecho con más amor, con menos amor, con mayor o menor deseo de servir; pero en general, cuando han sido requeridos para hacerlo, han cumplido su deber, lo mismo los más afectos que los menos adictos.

—Me parece oportuno, señor Domingo, que ha llegado el momento de que usted nos hable de la actitud de las universidades españolas dentro de esta hora histórica.

—De todo ha habido. Hay Universidad, como la de Barcelona, en donde aun sometida la Universidad a una experiencia como la que he indicado anteriormente, no ha producido ningún conflicto. Ha ha-

bido Universidad de posición izquierdista, por ejemplo la de Valladolid; y no ha faltado aquella que no es ni afecta ni desafecta al régimen, limitándose a cumplir su misión cultural, sin tener una intervención muy activa, mejor diría escandalosa, en los problemas que agitan a España, y esa es la de Salamanca. Hemos tenido también una Universidad imbuída por la tradición más conservadora, como la de Oviedo. Y no ha faltado una, con grandes oscilaciones ideológicas, muy a la izquierda y muy a la derecha, unas veces a favor de la República y otras en sentido opuesto, y esa es la de Madrid.

—¿Y por qué?

—Por la actitud de los estudiantes, que fueron uno de los instrumentos de acción más vivos que se movieron en la calle en la época que determinó la caída de Primo de Rivera. Pero luego ha habido momentos, sobre todo en las facultades de Derecho y Farmacia, en las que ha influido una fuerza reaccionaria poderosísima: casi el noventa por ciento de estudiantes. Otra de las universidades que ha sufrido oscilaciones idénticas es la de Sevilla, y en líneas paralelas a la de Madrid, la de Granada. En realidad, han sido momentos aislados; pero, en general, las universidades españolas han vivido su vida de cultura, un poco apartadas de los tumultos de la calle. ¿Verdad? Un poco apartadas. Han tenido aberración hacia lo que en la calle pasa. Han vivido con más o menos inquietud, pero han seguido trabajando.

—¿Y en el extranjero ha habido alguna Universidad que haya pronunciado su adhesión al régimen republicano?

—No tengo idea de que haya habido alguna. No creo que se les haya planteado este problema. Habrá habido adhesiones de grupos de estudiantes o profesores; pero nada más.

—Pero en el viaje que usted ha hecho por los Estados Unidos y por el Canadá habrá podido sentir el pulso de la opinión universitaria respecto al momento español.

—Durante este viaje no ha habido casi Universidad, de las que hemos visitado, en la que no hayamos sido requeridos para explicar cuál es el problema de España. Es decir, he hablado, por ejemplo, en la Universidad de Columbia, y también en la Universidad de Toronto. En nuestra jira visitamos una población, en la que el ambiente católico es formidable y en donde nos fue imposible hablar en un acto público, y esa población es Montreal, en donde el arzobispo tiene una autoridad sobrenatural, y de una manera violenta se opuso a que celebráramos un acto público. Y, sin embargo, yo dí una conferencia en la Universidad de Montreal. Y hablé en la Universidad de Toronto y en la de San Luis, y en muchas otras universidades. Y he dado una cátedra, he explicado objetivamente el problema español y me han pedido, en orden a la enseñanza, que les explique los problemas y las orientaciones que hay en España. Quien no me ha aplaudido, ha asistido respetuosamente a la conferencia. En algunas universidades hemos dado conferencias a los estudiantes y después los profesores nos pedían que expusiéramos algunos temas que habíamos desarrollado. Y eso ha sido todo. En las poblaciones por donde hemos pasado, tal vez constituya excepción la Universidad que no nos ha requerido para que fuéramos a ella a exponer los aspectos de la situación de España. La de Nueva York nos ha llamado dos veces, y en la de Chicago tuve que demorar un día más para hablarles sobre uno de los aspectos que ellos creyeron no les había explicado suficientemente en mi conferencia anterior.

En nuestra conversación surge el interés que hay en algunas universidades norteamericanas por conocer, lo más a fondo posible, la Historia de América, y naturalmente, íntimamente vinculada con la de España.

—El año pasado—refiero al señor Domingo—hemos creado en la Universidad de México una cátedra de Historia de España, que está a cargo de un ilustre universitario español, don Rafael Sánchez de Ocaña, y también la de Historia de América, que se me ha confiado. Todo esto ha contribuido, en mucho, a fortalecer un gran sentimiento de curiosidad hacia los problemas de la cultura hispanoamericana. Es posible que los universitarios mexicanos tengan menos curiosidad que la que muestran los de los Estados Unidos. Se trata de cursos monográficos. Este año, por ejemplo, nos proponemos estudiar a Bolívar, ese gran español a quien ahora podemos entender mejor en América. Los sucesos de España han encendido la curiosidad hispanoamericana y hay claros síntomas de ello.

Anuncio al señor Domingo la posibilidad de que don José Pijoan, el insigne autor de la "Historia del Arte", venga a México en breve a sustentar una serie de conferencias, patrocinadas por la Universidad Nacional, sobre las experiencias artísticas del pueblo español y al mismo tiempo a colaborar dentro del Instituto de Investigaciones Estéticas, que ha fundado la misma institución. Y no puedo prescindir de exaltar la significación que han tenido dentro de la Universidad, los catedráticos españoles de la talla de Fernando de los Ríos, Américo Castro, Blas Cabrera, Enrique Díez Canedo y otros, y el

júbilo con que veríamos aquí la presencia de Maraño, de Menéndez Pidal, de Jiménez de Asúa, de Ortega y Gasset, pues no perdemos la esperanza de que nos traigan su más auténtico mensaje.

Nuestra conversación concluye cuando pregunto al señor Domingo cuál es el libro que está preparando, y me contesta:

—Por cierto que en estos días estoy corrigiendo las últimas cuartillas. Se trata de mis impresiones sobre la guerra española vista desde fuera y durante la cruzada que he emprendido por Francia y por los Estados Unidos, y he tenido que agregar un capítulo que se refiere a México, porque cuando ya lo tenía terminado aún no pensaba venir a este país.

JOSE PILSUDSKI

REVOLUCIONARIO, SOLDADO Y ESTADISTA

P o r R E N E M A R C H A N D

(Continúa)

CIERTAMENTE acababa de llegar de un viaje poco común: venía de la prisión de Magdeburgo. Pero muchos otros hombres, por esta época, volvían también de los campos de concentración. Así, pues, si bien se mira, nada hasta aquí que no fuese completamente vulgar. Y, sin embargo, ocurrió entonces un hecho inaudito: en unos cuantos días, sin esfuerzo de parte de este hombre, sin presión ninguna, sin violencia, sin la menor constricción, he aquí que se le nombra dictador. Al emplear esta palabra, no hago más que traducir hoy, como historiador, un fenómeno que yo no sabría calificar de otra manera. Pues este hombre dictó leyes que fueron ampliamente acatadas; dió órdenes que fueron ejecutadas ciegamente de grado o por fuerza; nombró funcionarios civiles y militares. ¿Lo hizo bien? ¿Lo hizo mal? No es éste el problema. El hecho histórico es que en tal momento todo se hallaba sujeto a su voluntad, a sus decisiones, a sus cálculos, fuesen buenos o malos. Pasiva o activamente, de grado o por fuerza, millones de hombres se inclinaron ante él y le llevaron al poder. ¿Por qué precisamente a él y no a otro hombre? ¿De qué dependía y cómo explicarnos que este hombre que sólo más tarde había de ser conocido por la historia, estuviese investido entonces de esos supremos poderes? ¿Cómo pudieron otorgársele de una manera tan contraria a la razón, al buen sentido, a la lógica? ¿Cómo explicarnos este "dictador" de Polonia que no debía sus poderes ni a la violencia ni a la agitación, ni a una popularidad adquirida por

medio de una actitud cualquiera? La única razón para que este hombre haya sido aclamado, la única para que todos se inclinasen ante su extraordinario éxito, la única que le daba un derecho moral para ocupar tan elevada posición era que portaba este uniforme, que había sido jefe de la Primera Brigada y que volvía de la prisión de Magdeburgo. Con razón o sin ella, en estos días en que daba sus primeros pasos, Polonia había escogido como símbolo un uniforme gris raído y gastado en las cárceles de Prusia.

"Y este hecho sin precedente, absolutamente extraordinario, habíase producido en una nación que en época anterior había tenido que purgar su tendencia anárquica, su impotencia, su indisciplina y que, hasta su derrumbamiento, se había dejado guiar por el egoísmo y por su incapacidad de soportar una autoridad cualquiera. Me siento orgulloso, no sólo de haber sido objeto de semejante honor, sino también principalmente, orgulloso de mi país".

Desgraciadamente, estos primeros pasos la nación polaca no dejó de darlos sin graves tropiezos; y todavía en medio de la lucha, y cuando las hostilidades de la guerra mundial habían cesado ya, Pilsudski tuvo que asentar penosamente su Gobierno sobre las ruinas amontonadas por la guerra y conquistar para su patria, entonces también, las fronteras del país, así del lado alemán y checoslovaco como del lado ruso y ucraniano, en donde estos límites no llegarían a ser definitivos, sino hasta el año de 1920, después de la victoria tan duramente lograda sobre los bolcheviques.

En esta fecha terminó por fin la lucha sangrien-

ta y se logró entonces el advenimiento de la paz que Pilsudski, el 18 de octubre de 1920, había de saludar en una memorable "orden del día", digna de ser conservada por la historia.

"Soldados!, dos años largos, los primeros de la Polonia libre, acabáis de consagrar a duros y sangrientos combates. Habéis conseguido terminar la guerra con espléndidas victorias y el enemigo despedazado por vosotros se ha visto obligado, por fin, a firmar los preliminares de una paz tan ardentemente deseada".

"Soldados!, no en vano habéis sufrido tanto. La nueva Polonia indudablemente debe su existencia a las soberbias victorias de las potencias occidentales sobre las potencias de la rapiña. Pero apenas la nación había surgido a la vida, cuando ya manos ávidas tendían hacia ella y trataban de mantenerla en un estado de impotencia que podía convertirla en juguete de los otros países, en teatro de las intrigas del mundo entero. La nación polaca tomó las armas y con gigantesco esfuerzo creó un ejército numeroso y temible. A mí como general en jefe, y a vosotros como defensores de la patria, la nación ha confiado la pesada tarea de asegurar la existencia de Polonia, de conquistarle la estima y el respeto del mundo, y de ponerla en plena posesión de su destino".

"Nuestra tarea toca a su fin y no ha sido fácil, por cierto. Arruinada por las hostilidades que, muy a su pesar, se desarrollaron dentro de su territorio, Polonia se encontraba hundida en la indigencia. Soldados, más de una vez yo he sentido asomar una lágrima a mis ojos, al mirar en vuestras filas hombres heridos y descalzos que acababan de cubrir enormes recorridos; al ver los lamentables harapos de que os hallábais cubiertos y al sentirme con la obligación de desentenderme de vuestros pobres equipos y de lanzaros, una vez más, hambrientos y transidos de frío, a nuevos combates sangrientos".

"Nuestra tarea era abrumadora; pero la mejor prueba de que ha sido concienzudamente cumplida nos la dan los millares de ruinas diseminadas a través de los territorios de la antigua república, desde el Dnieper hasta el Vístula de nuestros hogares".

"Soldados!, por vuestro trabajo y vuestra fuerza de resistencia, por vuestra audacia y vuestra bravura, os doy las gracias en nombre de la nación y de nuestra patria entera".

"El soldado que ningún sacrificio ha omitido por Polonia, no quedará sin recompensa. La patria agradecida no le olvidará. Enormes extensiones de tierra han sido conquistadas, destrozadas otras, casi transformadas en áridos desiertos por

la guerra. Yo he propuesto ya al Gobierno que una parte de estas tierras sea entregada en propiedad a quienes la han conquistado y fecundado con sudor y sangre. Estas tierras cansadas de ser abrevadas con la sangre de la guerra, esperan ahora una simiente de paz. Esperan a quienes van a transformar en arado la espada. En vuestra tarea futura, yo os deseo tantas pacíficas victorias como las logradas en vuestras acciones de guerra".

"Soldados!, vosotros habéis hecho de Polonia un país fuerte, libre, seguro de sí mismo. Enorgulleceos y estad satisfechos del deber cumplido. El país que en dos años ha logrado formar soldados como vosotros, puede tranquilamente mirar hacia el futuro. Gracias, nuevamente".

Empero, y como si el destino se hubiese complacido en sujetarla a prueba, la Polonia rediviva iba a tropezar en la paz con dificultades todavía insuperables, y a vivir horas de agonía y de incertidumbre dolorosa.

Con razón o sin ella, Pilsudski, que había sido investido espontáneamente de la dictadura, se negó entonces a conservarla y, con el deseo de ver a Polonia gobernarse por sí misma, para que llegase más pronto a la convocatoria de diputados, violentó las elecciones a la primera legislatura, por más que las circunstancias no fuesen particularmente favorables. Una vez elaborada la Constitución, Pilsudski, de una manera voluntaria, se rehusó a aceptar la Presidencia de la República, porque su autoridad quedaba restringida a un poder ejecutivo sin fuerza eficaz. Y considerando terminada su obra, desapareció en el retiro. Desde entonces, da comienzo el drama en que va a jugarse el destino de la joven nación. Desprovista de tradiciones parlamentarias, puesto que apenas volvía a encontrar su unidad perdida hacía siglo y medio, y no conociendo esa centralización administrativa que, por ejemplo, desde la revolución hace tan resistente la armadura de Francia, Polonia no podía menos que verse influenciada de la peor manera por las deplorables prácticas del parlamentarismo austriaco. Efectivamente, los antiguos territorios eran los únicos que, en relación con los demás, habían conocido por lo menos superficialmente, una vida política más evolucionada, o, para hablar con mayor exactitud, menos atrasada. De esta supervivencia la Cámara polaca no podía heredar, sin duda, más que una tendencia sistemática al debilitamiento del poder central, con olvido del hecho de que éste había llegado a ser, no ya la afirmación de un país extranjero, sino la expresión nacional del Estado polaco. Y en esta atmósfera viciada, la Cámara había de deslizarse fatalmente hacia un sistema de forcejeo

perpetuo en el que habíanse basado esencialmente las relaciones en el Gobierno de la monarquía austro-húngara. Era, pues, en cierto modo, un pasado deplorable el que resucitaba en el presente. Hasta el año de 1926, Pilsudski asiste en silencio a las luchas de los partidos dentro de un Parlamento que todo lo puede y que el jefe del Estado no tiene siquiera la facultad de aplazar; tales luchas paralizan, por decirlo así, la acción del Gobierno en una permanente inestabilidad ministerial y en medio de la sobreexcitación general de los espíritus. En su retiro voluntario, el gran patriota sufre en silencio ante el espectáculo de estas luchas estériles que llevan la marca de la más baja demagogia. Y, sin embargo, no puede olvidar que estos diputados que hoy luchan en su contra son los mismos electos por su voluntad y que se congregaron tras unas elecciones cuya legalidad había sido asegurada por funcionarios que el propio Pilsudski había nombrado, y esto sin que entonces hubiese procurado para sí mayores ventajas personales que antes. Y tomando en su mano el látigo de la sátira, Pilsudski escribe las siguientes amargas palabras, vibrantes de indignación apasionada: "Aun cuando yo estuviese en tan escasa comunión de ideas y sentimientos con la sociedad que me rodeaba, sin duda se me habían otorgado entonces poderes tan amplios como excepcionales. Cuando rememoro esos últimos años, no hallo que pueda darse encarnizamiento más terrible ni más sistemático que el odio que mis enemigos pusieron en ultrajar con sus manos y sus almas inmundas los sentimientos más sagrados, en arrojar cieno sobre mis amigos y sobre todos aquellos que se encontraban a mi lado".

"Tuve amigos que fatigados me abandonaron. Tuve colaboradores con quienes había trabajado bien o mal y que, por una razón u otra, me abandonaron también. Pero esta podredumbre espiritual caía sobre mí tan sistemática y encarnizadamente, que hoy, al reflexionar en los días pasados, me pregunto si hasta mis trajes no llegaba la injuria del lodo. Y toda esta miseria fue bautizada entonces con grandes nombres pomposos, como una obra dizque nacional. Tales hechos son raros en el mundo, por monstruosos, por inmorales, por repugnantes: en realidad no pueden brotar sino de los bajos fondos de la esclavitud en que se hallan hundidas algunas naciones".

"No quiero tomar aires trágicos; quiero solamente constatar que si Polonia en la primera fase de su renacimiento llegó a reformar la República, hasta hoy está volviendo lentamente a sus antiguas tradiciones, y que ha de necesitarse todavía

de grandes esfuerzos para llevarla a la senda de su salvación".

* * *

Esta agitación insensata que, bajo el pretexto de defender las libertades democráticas, se intensificó especialmente en los medios derechistas—grandes propietarios, industriales y una parte del clero—vino a provocar al cabo el asesinato del Presidente Narutowicz, caído bajo las balas de un reaccionario fanático. Tal asesinato fue lamentado por Pilsudski con dolorosa sensibilidad.

"La banda de pícaros que se ha lanzado sobre mi honor se hallaba sedienta de sangre. Nuestro Presidente ha sido asesinado, tras motines callejeros que lo denigraban en su papel de representante de la nación, y en los que tomaban parte los mismos hombres que, en otro tiempo habían manifestado tanto odio vil y monstruoso hacia el primer representante de un Estado, libremente electo. ¿La democracia consistirá, pues, en una desenfrenada libertad para arrojar cieno sobre toda autoridad?" E inclinado sobre el cadáver del que había sido siempre para Pilsudski un gran amigo, escribe él entonces estas líneas emocionadas:

"Joven aún, partiste exiliado para un lejano país. No habías tú luchado con nosotros en tierra polaca e ignorabas las miserias de la esclavitud. La lucha no te había despojado del sentimentalismo de la juventud. No se había manchado tu alma con el fango de la servidumbre. Tú no habías tenido para qué trepar como un reptil por entre las humillaciones de la desventura con la intención de engañar a los déspotas. Tú habías conservado en tu retiro de Suiza, tus sueños de niño y tu confianza de adolescente en los hombres de buena voluntad. Y de allá volvías con los preceptos maternos: vivir, amar, trabajar. En vez del precepto de sufrir, traíais los de vivir y trabajar en el seno de una patria ya libertada de sus cadenas".

"Y caíste herido por una bala, no por esa bala enemiga que tal vez llegaste a ambicionar en tu infancia, sino por la de un compatriota tuyo a quien habías traído un evangelio de amor y de trabajo. ¿Es que te hiciste acreedor a tal muerte por tu manera de ser, o por el hecho de que no habías querido ni podido luchar contra la podredumbre de la esclavitud?"

Y sin embargo, ni este asesinato, ni los ataques que injustamente se dirigieron contra Pilsudski, lograron decidirle a salir de su retiro. Solamente vino a entrar en acción, y ésto con aquella rapi-

dez que le caracterizó siempre en las horas críticas, en el momento en que las rivalidades de los partidos y las intrigas políticas habían llegado a engendrar la anarquía en el país y a desorganizar una administración que los partidos nacionales pretendían poner en manos únicamente de sus incondicionales, en regiones como la Poznanie y la Pomerania, a tal punto que ponían en peligro la existencia misma del Estado. Sobrevino entonces, como un rayo, el sangriento golpe de Estado de mayo de 1926, en el que tomaron parte los regimientos adictos a Pilsudski y se contó también con el apoyo de las masas obreras.

Pilsudski lo llevó a cabo con repugnancia y tan sólo porque no había otra salida en la situación que no podía prolongarse más sin peligro para la unidad nacional y para la joven República. Sin embargo, inmediatamente después de los sangrientos combates de Varsovia, Pilsudski declinó de nuevo la Presidencia de la República, y no aceptó siquiera el puesto de Presidente del Consejo, contentándose con el de Ministro de la Guerra, no obstante que hasta el mismo Parlamento formado por 343 diputados, de los cuales hasta entonces solamente había contado con tres votos, le ofrecía el poder, inclinándose ahora ante el hecho realizado, en el momento en que la opinión extranjera, unánimemente anunciaba el principio de esa dictadura. ¿Incomprensible contradicción, irresolución inconcebible? Tal nos parece a primera vista. Pero en realidad Pilsudski procedía con lógica implacable para consigo mismo, pues si se había decidido a la acción violenta fue muy a su pesar e impulsado únicamente por el bienestar del Estado polaco, que constituyó el ideal de toda su vida. Profundamente respetuoso de la legalidad y, en el orden filosófico hostil a toda constricción, no se consideraba Pilsudski con derecho a substituir con su persona los poderes establecidos, rasgo característico de este ardiente revolucionario y de este pasional, rasgo que siempre, en los momentos críticos, se destaca como base de todas sus actividades. Lo que Pilsudski quiere entonces es que estos poderes se reincorporen por sí mismos, y quisiera limitar su intervención a hacer posible ese resurgimiento mediante la llegada de hombres nuevos. Por otra parte, como psicólogo profundo y de perspicacia admirable, Pilsudski consideraba impolítico forzar los acontecimientos. Comprendía muy bien, por ejemplo, que si hubiese asumido la dirección efectiva del Gobierno, habría tenido que realizar sin dilación la reforma del Estado, so pena de defraudar lo que la opinión pública esperaba. Y Pilsudski sabía que en la tremenda crisis de inflación que atravesaba por entonces Po-

lonia, con su moneda depreciada, y cuando su presupuesto tenía un déficit, esta reforma inmediata no podía constituir más que una utopía. Al propio tiempo se daba cabal cuenta de que, para ejercer el poder, era preciso cambiar enérgicamente toda la administración, pues no bastaba renovarla poco a poco: crear rápidamente un partido nuevo en el que basar su acción; en una palabra, hacer artificialmente y marcando un alto, una obra que, necesariamente, resultaría provisional y frágil, en tanto que, por el contrario, esta obra sería durable, porque iría ganando cada vez más en profundidad, si se realizase progresivamente por etapas dentro del marco legal por las vías normales.

He aquí por qué, en lugar de causar un trastorno brutal impuesto por la voluntad de un hombre, el golpe de Estado de mayo de 1926 se limitó a abrir una era de evolución, era de evolución a la cual, después de la lamentable efusión de sangre inicial, que ya no provocaría otras—cosa que la dictadura no hubiera podido evitar—debe la Polonia el haber encontrado rápidamente la estabilidad y el orden que vinieron a facilitarle su fortalecimiento y le permitieron resistir victoriosamente en la época de la crisis mundial. Esta evolución tiene en cierto modo su punto de partida en dos reformas esenciales—consecuencias directas del golpe de Estado—: el robustecimiento del ejecutivo, por el derecho acordado al Presidente para disolver la Dieta, y la obligación creada a las Cámaras de votar el presupuesto dentro de los términos establecidos, pues de esta manera los proyectos financieros del Gobierno habían de convertirse automáticamente en leyes, en el caso de sobrevenir retardos del Parlamento. Por lo demás, ha sido a partir de entonces, cuando los presupuestos han sido votados con toda regularidad, y se ha comenzado a establecer un estricto equilibrio mensual entre los ingresos y las erogaciones impuestos desde entonces a todas las administraciones, con una rigidez tal vez excesiva pero que ha permitido a Polonia dominar las dificultades casi invencibles y mantener sus divisas.

Sin embargo, el golpe de Estado no iba a poner fin a la oposición del Parlamento que habíase sometido sin duda, pero que aspiraba a tomar el desquite. Tras algunas vacilaciones comenzó otra vez a organizarse la agitación. Esta, por lo demás, encontraba un terreno favorable, pues, a la izquierda, los socialistas que habían apoyado la acción violenta de Pilsudski se sentían decepcionados de que éste no la hubiese llevado hasta la revolución. A la derecha, los nacionales-demócratas, por su parte, no podían perdonar el haber estado

sujetos y el haber tenido que doblegarse a la voluntad de un hombre que para ellos seguía siendo un revolucionario peligroso. Por lo demás, este descontento no impedía el que los partidos uno tras otro intentasen pactar, pero Pilsudski permanecía obstinadamente sordo a sus invitaciones de transacción, pues lo que buscaba no era un *modus vivendi* temporal emanado de una transacción bastarda, sino un decisivo renuevo de las prácticas parlamentarias, y de los métodos de trabajo. Así, pues, fue precisamente en este terreno donde no tardó en encenderse nuevamente la contienda. Pues, cuando después de las elecciones de 1928, los partidarios del Mariscal lograron ganar 160 curules, los partidos se sintieron en cierto modo amenazados de una manera más directa que cuando el golpe de Estado de mayo de 1926. En efecto, comprendieron claramente que la vida política de Polonia se orientaba resueltamente dentro de una nueva ruta, y que su dirección iba a escapárseles, y cesarían de depender de sus coaliciones y de sus intrigas. Entonces se organizaron rápidamente para una tenaz resistencia.

Durante dos años que habían de terminar por la disolución y las elecciones de 1930—las cuales venían a poner fin al conflicto, al dar la mayoría los pilsudskistas, los partidos no cesaron de oponer al gobierno proyectos inspirados únicamente en la idea de obstruccionar toda actividad—proyectos a veces rabiosamente demagógicos y que no tenían otro objetivo que el de paralizar su acción. En el fondo puede asegurarse que la victoria de los partidarios del Mariscal, tuvo un sentido infinitamente más amplio que el de desenlazar una lucha entre el hombre y los partidos. En mi concepto, deformaríamos su sentido si la consideráramos sólo de aquella manera, pues esa victoria vino a señalar el punto culminante de una larga oposición heredada de la lejana historia de Polonia, y que, con el nacimiento de esta última, había vuelto a surgir: la lucha entre la noción del Estado y la tradición, tan fuertemente arraigada en el seno de la antigua nobleza, de la libertad dorada, del *liberum veto*—cuando la voluntad de un solo opositor podía tener en jaque a toda una asamblea, lo que constituía una afirmación de la desmedida supremacía de los intereses individuales sobre los de la colectividad; libertad dorada de la que la Dieta de la democracia moderna, por un contrasentido temible, había recibido sin saberlo la herencia de sus antepasados de otros siglos, quienes, en una época en que Europa no conocía más poder que el absoluto, habían detentado y conservado celosamente la totalidad de la soberanía nacional, en beneficio de una sola

clase, clase sin duda privilegiada (puesto que no podía tratarse entonces de representación popular), pero lo bastante abierta, sin embargo, toda vez que representaba entonces más de una décima parte de la población.

Fué un choque entre dos grandes ideas de esencia igualmente generosa, pero entre las que había que elegir. Al consagrar la victoria de los partidarios de Pilsudski, los electores polacos hacían por fin esta elección y venían a probar que si el individualismo y el respeto a los derechos que de él se derivan siguen siendo profundamente gratos al alma popular, sus peligrosos excesos sin embargo debían ser regulados en adelante por la consciencia del Estado cuya cruel experiencia en un vasallaje casi secular le habían hecho comprender claramente esta necesidad. He aquí el origen y la significación de la poderosa corriente de opinión que en favor de Pilsudski se manifestó finalmente en el seno de la nación.

Y a partir de este momento, nos encontramos aparentemente en presencia de una situación por demás paradójica, en todo caso sin paralelo en ningún otro país, y gracias a la cual, sin embargo, Polonia debía continuar favorablemente su evolución dentro de métodos esencialmente originales, esto es, no inspirados en ninguna fórmula extranjera y, por ello, sin duda, más profundamente de acuerdo con su genio nacional.

Desde entonces, en efecto, hemos asistido al espectáculo admirable de una nación, no diremos ya gobernada—expresión que a la vez sería insuficiente e inexacta—sino sobre todo y esencialmente animada e inspirada en todas las manifestaciones importantes de actividad por la voluntad y el pensamiento de un hombre que no era ni jefe de Estado ni presidente de Consejo ni jefe de partido—ya que él no había querido que el Partido fuese creado—sino solamente Ministro de la Guerra—el único puesto cuya dirección personal aceptara; y este hombre dirigía con mano tan firme como invisible los destinos del país, dominando a aquellos que tenían la responsabilidad oficial con solo el ascendiente irresistible de su personalidad, animándolos en cierto modo hasta con su prodigiosa intuición, forjándolos, por decirlo así, sin que ellos lo supiesen, a su propia imagen, impregnándolos de su mentalidad y, al mismo tiempo, agitando a las multitudes y haciéndolas vibrar al soplo anchamente humano de una ardiente ideología, infinitamente más poderosa y también más vibrante que cualquier estrecha doctrina codificada en fórmulas más o menos rígidas.

Y esto es precisamente lo que a muchos observadores atentos hacíales pensar que, por considerable que fuese, una obra emprendida en semejantes condiciones estaba necesariamente destinada a no sobrevivir al Mariscal, ya que se cimentaba exclusivamente sobre él. Empero tal no había sido precisamente su idea. Si bien yo no hubiese podido prever que al morir Pilsudski aumentaría aún más su influencia, sí había tenido la impresión clarísima de que su obra sobreviviría a su muerte y ello precisamente porque con una clarividencia notable Pilsudski se había en cierto modo borrado voluntariamente desde en vida, obligando así a la máquina del Estado a funcionar normalmente por sí misma y dejando a cada uno, en su puesto, una libertad completa y también la responsabilidad exclusiva de las decisiones tomadas. Y no sólo esto, sino que he conocido a algunos de sus colaboradores y no por cierto de los menos destacados, que al principio de esta experiencia llegaron incluso a dolerse porque se les dejara demasiado solos y porque no conseguían que Pilsudski les diese a conocer su opinión sino hasta después de hacerlos dudar por largo tiempo, o en circunstancias, en sentir de los mismos, demasiado raras. Y, sin embargo, en esto residía en verdad el acierto de la concepción del jefe y de esta manera logró Pilsudski formar hombres que, al morir él, han sido capaces de ser directores de su propia vida. De esta manera ha sido en realidad posible la unión efectiva de las fuerzas vivas de una nación, reunidas todas para la realización de una obra constructiva dentro del cuadro nacional y no tanto alrededor de un hombre como de una idea. Se ha dicho algunas veces que Pilsudski no se rodeó más que de militares y que entregó a Polonia a la dictadura de los coroneles. En realidad, nada más inexacto. A quienes llamó fué a los hombres de guerra, a los voluntarios, a los legionarios, a los combatientes que, arrancados de sus profesiones liberales por las grandes tormentas, habían adquirido en la lucha por la independencia de su país, a lo más en unos seis años, esos altos grados con los que habían sido desmovilizados y que no hacían patentes sino las cualidades de organización que ellos habían demostrado en horas verdaderamente críticas.

Pilsudski con justicia había estimado que eran ellos los más calificados para proseguir en la paz la obra de construcción del Estado por cuya existencia se habían distinguido en los combates, así como para llevar a este nuevo y decisivo esfuerzo todo el vigor y todas las aspiraciones de su generación. Y lo que vino a constituir la fuerza real de este régimen a primera vista paradójico y des-

concertante, fue que, ya que no una creación política arbitraria y personal, vino a señalar el ascenso al poder, bajo la égida indiscutible del Mariscal, de hombres nuevos, de hombres en la fuerza de la edad, libres de los prejuicios y de los errores del pasado y que llevaban consigo la realidad viva de la nueva Polonia. Lejos de mí la idea de que se llegara a una cosa inmutable; semejante idea sería por lo demás esencialmente contraria al pensamiento ágil y vivo del Mariscal. Por el contrario, los hombres de hoy pasarán, dejarán su puesto a otros, llegarán, incluso, a producirse cambios de influencias; pero lo que perdurará en la idea que presidió la eclosión de este movimiento y que ya no dejará de inspirar las evoluciones ulteriores, asegurando, precisamente por ello, su continuidad. Y esta idea es la de un Estado polaco a cuyo servicio Pilsudski sacrificó hasta el último instante toda su vida histórica. Y en ello estriba justamente la victoria definitiva del pilsudskismo. Es por esto por lo que el gran revolucionario había querido formar, mejor y más ampliamente que un partido, "un bloque de colaboración" en torno suyo, bloque abierto, sin distinción de origen ni de tendencias, a todos aquellos que, penetrados de la ideología derivada de su acción nacional, estimaban necesario permanecer agrupados en torno a una obra común. Yo recordaré siempre las explicaciones—pues me impresionaron entonces vivamente por su claridad y sencillez—que me diera, en ocasión de una de mis visitas a Varsovia, el antiguo primer ministro Walery Salwek, quien había sido en aquel país uno de los más activos propagandistas de la concepción de este bloque gubernamental.

"Antes que nada, rechazamos todo cuanto arbitrariamente divide. Afirmamos que la oposición de principio al Gobierno, que tenía su razón de ser en la antigua Polonia, bajo la dominación extranjera, no tiene hoy ya ningún sentido, así como también que la doctrina marxista que se obstina en querer considerar unas clases en lucha contra otras, comete, según nosotros, el error fundamental de no advertir el grado de complejidad a que ha llegado la vida en su estado actual. Es falso, por ejemplo, que el obrero se oponga al campesino porque reclame, al precio más bajo, pan de buena calidad. Si los productos agrícolas se venden demasiado baratos, el pueblo pierde su capacidad de comprar y, faltando los consumidores, la industria queda condenada al paro. Es absolutamente imposible considerar los pretendidos intereses de clase, no sólo contrariamente, pero ni siquiera separadamente; a tal punto ha llegado a ser profunda su interdependencia. Solamente coordi-

nando estrechamente los problemas dentro del plan nacional del Estado polaco, puede ser encontrada la solución práctica de los mismos. Y es por esto por lo que nosotros abordamos siempre las cuestiones que se plantean objetivamente, colocándonos desde un punto de vista nacional y así, englobando los intereses comunes a todos, conseguimos hacer converger hacia un mismo fin antagonismos que, en el primer momento, se presentan como irreductibles. En cada circunscripción administrativa regional, tenemos un comité constituido por los elegidos. No pretendemos enrolar a las masas. Por el contrario, preferimos que sigan enteramente libres. Nuestro esfuerzo tiende principalmente a ganar las *élites*, a impregnarlas de una clara noción del Estado. A los jefes eventuales es a quienes tratamos de afiliar a nuestras concepciones y a nuestros métodos; pues lo que queremos es la elevación de las masas al nivel de las *élites*, y no el descenso de la *élite* al nivel de las masas. Preocupados por un trabajo esencialmente positivo, combatimos enérgicamente la demagogia y el espíritu de partido que impide resolver los problemas prácticos al negarse unos a otros las mutuas y razonables concesiones que implican la única solución, obstinados en defender tesis intransigentes, inspiradas por las teorías, no por la realidad, y todo por buscar una popularidad estéril y aun perjudicial desde el punto de vista del conjunto de la comunidad”.

La ausencia, así de partido como de doctrina pilsudskista, no es cosa accidental. Tampoco constituye una anomalía, como tal vez algunos se sientan inclinados a creerlo. Ello es, por el contrario, la consecuencia necesaria y lógica de una ideología, de esa ideología a la que he tenido que referirme aquí, por decirlo así, constantemente, pues es la que hace la unidad de la vida y de las actividades del Mariscal y la única que nos descubre la significación profunda de su obra, y puede explicar la irradiación de su autoridad y de su influencia después de muerto Pilsudski.

Quisiera volver un poco sobre esa doctrina, a fin de intentar deducir de la misma ciertas tendencias muy particularmente características.

Desde luego, una cosa llama profundamente la atención en los variados escritos de este revolucionario, y es la importancia primordial que su espíritu concede siempre al aspecto psicológico de las cosas. Incluso en el estudio de las cuestiones estratégicas, hacia el cual, desde su juventud, le llevó manifestamente su genio; es, en cierto modo, a la psicología de la guerra y de las operaciones militares a la que Pilsudski otorga mayor atención.

Porque el ejército turco, aplastado por los aliados balcánicos, en la guerra de 1912, pudo rehacerse y hacerse fuerte en las líneas de Tchataldja. E inmediatamente la cuestión que preocupa a su espíritu, tendido en todas circunstancias hacia un fin único—la liberación de Polonia—es la siguiente: “¿es posible, pues, un ejército improvisado?”

Singularmente profundo desde el punto de vista psicológico, es el estudio en que busca las causas de la grandeza de la insurrección de 1863. Esta grandeza la encuentra, no en el genio de los hombres que la dirigieron, sino en la voluntad de la nación libre de toda presión exterior, en la fuerza moral irresistible de este Gobierno obscuro que nadie veía y del que el pueblo todo ignoraba hasta el lugar en que se hallara, y del que, sin embargo, un simple sello estampado sobre una orden cualquiera bastaba para recabar contribuciones y enrolar voluntarios.

Tal vez es en estas páginas donde se halla la expresión más concreta y fuerte de la convicción profunda de Pilsudski en el valor decisivo de las fuerzas morales y en la espontaneidad de la acción de los individuos por la patria y por la libertad. Es en esta espontaneidad en la que Pilsudski basó siempre todas sus esperanzas y sólo de ella esperó resultados positivos y durables. Y es por esto por lo que, si le vemos intervenir brutalmente en ciertos momentos decisivos, es, siempre, como ya lo hemos mostrado, en intervenciones esencialmente temporales... “Había yo recibido los elementos de fuerza y de mando que imponen la obediencia—exclama en un vigoroso apóstrofe, en el momento del golpe de Estado de mayo de 1926—. Y, sin embargo, yo he pasado toda mi vida junto a quienes lucharon por la democracia. No quería esclavos. Yo era hijo de la libertad y por ella, sólo por ella, he llegado a la fuerza. He tomado como tarea el resolver la antinomia entre la contricción y la libertad, sin falsa vergüenza y prejuicios, pues yo no he podido encontrar la fuerza sin el sostén del mando”.

Tiene Pilsudski frente a sí, de modo constante, el alma nacional. Estima que ninguna reforma durable puede ser emprendida sino cuando todos se percatan de su necesidad. Y es por ello por lo que, antes que nada, es gran educador de las masas populares, a las que sabe cuándo es preciso hablarles cruda y francamente. La prensa extranjera se ha mostrado a menudo sorprendida de la violencia de sus declaraciones con respecto a los partidos y el Parlamento, en el curso de la áspera lucha que se desarrolló, particularmente de 1928 a 1930. Pero se explica esto precisamente porque se dirigía, no a intelectuales ni a la burguesía, sino

al hombre de la calle, al campesino del pueblo, a quien él quería llegar a convencer de la necesidad de un resurgimiento político que estimaba indispensable y realizable tan sólo apoyándose en la

simpatía de las masas y, consecuentemente, en la comprensión de las mismas.

(Continuará)

LA POESIA DE LOPEZ VELARDE

P o r M A R I A I B A R G Ü E N G O I T I A

Fragmento de la tesis que presentó la señorita María Ibarguengoitia para obtener el grado de "Maestra en Letras" en la Facultad de Filosofía y Letras.

LOPEZ Velarde por el tiempo en que vivió, por el tiempo en que aparece su obra, deberíamos afirmar que es un "modernista"; pero antes de llegar a ésta o a otra conclusión, hagamos un recuento de las teorías expuestas aplicándolas a la poesía que nos ocupa.

Recordando los principios en que se basó el Parnaso: la teoría del arte por el arte, la perfección de la forma, la imposibilidad y la objetividad; la búsqueda objetiva de las causas; ¿podemos afirmar que nuestro poeta perteneció a ese grupo "parnasiano"?... Desde luego por aceptar los dos primeros principios sí fue un parnasiano, a pesar de su resistencia a ello, cuando declara: "La diana con que me despiertan los pájaros, me persuade de que han heredado el esmero poético, guardándose libres de las ideas módicas y del sonsonete zafio en que incurren los parnásides".

Pero López Velarde no hizo la búsqueda objetiva de las causas, no trató de explicar el por qué de sus impresiones y sensaciones, ni tampoco hay la mentida imposibilidad de un Leconte de Lisle, en sus poesías.

Según los simbolistas, no conocemos las cosas sino por nuestras sensaciones, la visión que de ellas tenemos es el símbolo de nuestro ser. La poesía, para ellos, es intuición, y el poeta no quiere más que "sugerir". Introducen "las transposiciones" y exageran la inquietud de la coloración y de la sonoridad de las frases.

¿Qué hay en los poemas "velardeanos" que nos haga pensar en una "transposición", en una aplicación de la técnica de otra de las artes,

plásticas? Hay esto: con unas cuantas pinceladas, con dos o tres toques dados maravillosamente, el poeta claro de "Sangre Devota", crea un tipo, hace surgir el suave, o el dulce o el distinguido perfil de una mujer:

"Gemía el vals por ella,
y ella era un boceto
lánguido: unos pendientes
de ámbar y un jazmín
en el pelo"...

"...Agueda era
(luto, pupilas verdes y mejillas
rubicundas) un cesto policromo
de manzanas y uvas
en el ébano de un armario añoso".

"concurres tú, agudo perfil: cabellera
tormentosa: nuca morena: ojos fijos:
boca flexible, ávida de lo concienzudo".

"Figura cortante y esbelta escapada
de una asamblea de oblongos vitrales
o de la redoma de un alquimista"...

"Muchachita que eras
brevedad, redondez y color,
como las esferas
que en las rinconeras
de una sala ortodoxa mitigan su esplendor..."

Hay aquí la técnica de un pintor que usando de sus facultades hace vivir un rostro dando tan sólo aquellos golpes que forman la personalidad a quien trata de infundir vida en su lienzo; un pintor que se complace en hacer resaltar dos o tres detalles con un contraste de colorido.

Si tratamos de encontrar un antepasado ilustre, dentro del simbolismo, que pueda apadrinar la poesía de López Velarde, y lo hemos buscado en Paul Verlaine, ¿qué hay en los poemas "velardeanos" que nos recuerde a Verlaine?

Se ha hablado del sentido religioso de los poemas de nuestro artista, un sabor de sosiego reli-

gioso mezclado con el amor en el más espiritual y puro de sus sentidos unas veces, pero otras también nos sale al encuentro la otra fase del amor, pues bien, lo mismo sucede con Verlaine, ¿no recuerdan ustedes aquel "Pénitence" de las "Liturgies intimes?"... y el "Final" de las mismas?

En un poema de "Chansons pour elle", el último, se oye un quejido... "¡O le temps béni quand j'étais ce mystique..." que puede confundirse con el de López Velarde cuando dice "era yo un seminarista"...

También viene a mi memoria aquel final maravilloso del "Angelus de midi", que suena a delicada plegaria:

"...Et mourir avec vous tout pres
Ansi soit-il!

¿No hay una semejanza con aquel de "Sangre Devota", que nos transporta y nos hace sentir muy lejos de aquí abajo"...

"Y así podré llamarte esposa,
Y haremos juntos la dichosa
ruta evangélica del bien
hasta la eterna gloria.

Amén".

En uno de los poemas de "La Sangre Devota", encontré esto:

"En abono de mi sinceridad
séame permitido un alegato:
entonces era yo seminarista
sin Baudelaire, sin rima y sin olfato".

Hay aquí una confesión que demuestra que también López Velarde sintió el poder hipnótico de "Las Flores del Mal". Examinando la cuarteta citada, se nos plantea un problema: ¿López Velarde quiere concederle a Baudelaire el honor de maestro cuando dice: "era yo seminarista sin Baudelaire, sin rima y sin olfato?... ¿O bien fue para él una desgracia dentro de su tipo soñador y católico el haber conocido al poeta de "Las Flores del Mal"?

No teniendo otra fuente de información que sus admirables páginas, podría darse una vaga respuesta; en esta cuarteta se advierte de una manera velada tanto una cosa como la otra; puede creerse que López Velarde antes de haber leído a Baudelaire no organizaba aún su propio estilo y que fue a él a quien debió la orientación definitiva. Y también cuando dice, en los dos primeros versos:

En abono de mi sinceridad
séame permitido un alegato:

Y después de ver que el delicado asunto del poema habla de sueños puros, desprovistos de sensualidad, ¿no hay allí una declaración de que el poeta amorador de "Fuensanta" reconoce haber sido presa de la influencia baudeleriana, y que concede a dicha influencia la razón de originar una lucha entre el seminarista que había sido siempre y la sensualidad que aspiramos en algunos de sus poemas y que refleja su estado espiritual?

Esa lucha baudeleriana entre el amor espiritual y casi religioso de López Velarde, y el otro amor sensual, está aquí maravillosamente contenida:

"Fuensanta: ha de ser locura grata
la de bailar contigo a los compases
mágicos de una vieja serenata
en que el ritmo travieso de la orquesta
embriagando los cuerpos danzadores,
se acorda al ritmo de la sangre en fiesta.

Pero es mejor quererte
por tus tranquilos ojos taumaturgos;
por tu cristiana paz de mujer fuerte:
.....

El anhelo de despenderse de las bajezas humanas, anhelo también de Baudelaire, de las debilidades que atan con lazos que sólo la muerte deshace, a un ser a "aquí abajo":

"Siempre que inicio un vuelo
por encima de todo,
un demonio sarcástico maulla
y me devuelve al lodo".

La mezcla de lo espiritual con lo material produce al poeta de "Zozobra", "graves aprietos en el confesionario":

"Evoco todo trémulo a estas antepasadas
porque heredé de ellas el afán temerario
de mezclar tierra y cielo, afán que me ha
(metido
en tan graves aprietos en el confesionario".

es la misma lucha que sufriera el poeta francés, y que expresó así:

"Es un satírico, un burlón
pero el ardor con que revela
el Mal, y toda su secuela,
prueba su tierno corazón".

En busca de lo que de baudeleriano tenga López Velarde, y valiéndonos de la traducción de Marquina de los poemas de "Las Flores del Mal" para que la semejanza sea más clara, hemos encontrado éstos, que comprueban lo afirmado:

De "Las Flores del Mal"

"te adoro ¡oh frívola mía!
¡oh mi terrible pasión!
con la misma devoción
que un fiel devoto a María".

De "La Sangre Devota":

"Como risueña advocación te he dado
la que ha de subyugar los corazones,
permíteme rezarte, novia ausente,
Nuestra Señora de las Ilusiones".

Es la misma idea de elevar a una mujer a un altar para rendirle el culto de un cariño.

Es de Baudelaire:

"Ya que a tus pies estoy día y noche sujeto,
sandalias les haré de mi propio respeto;

De López Velarde:

"Y ambiciona santamente la dicha de los
mi corazón, por estar bajo tus pies ideales. (pedales)

Aquí ambos poetas expresan el deseo fingido de vivir a los pies de una mujer querida.

Está en "Las Flores del Mal":

"que aprisione tus gracias y nadie logre verlas
lo bordaré de lágrimas si me faltan perlas".

Es de "Sangre Devota":

"Tu llanto es para mí, linfa lustral
que por virtud divina se convierte
en perlas eclesiásticas, bien mío,
para hacerme un rosario contra el frío
y las hondas angustias de la muerte".

Son en este caso las "lágrimas" el punto de contacto, sólo que aquí se perfilan claramente el Baudelaire que aun cuando se eleva es sensual, y por otro lado López Velarde para quien las lágrimas "son perlas eclesiásticas", son cuentas de un rosario.

Dice "La Sangre Devota":

"A tu virtud mi devoción es tanta
que te miro en altar, como la santa
Patrona que veneran tus zagales,
y así es como mis versos se han tornado
endecasílabos pontificales".

En "Las Flores del Mal":

"Un subterráneo altar quiero hacerte, querida
cavando en las profundas miserias de mi vida,
y lejos del deseo de todo corazón
convertir de mi espíritu el más hondo rincón
con hornacina, de oro y de azul esmaltada,
donde tú te levantes, Santa Maravillada"...

Una vez más el deseo de hacer de la mujer una "santa" para prestarle homenaje del amor.

De Baudelaire:

"Cuando pasas, moviendo tu falda amplia y flo-
(tante,
pareces un hermoso navío resonante.

De "Zozobra":

"Y en que su falda lúgubre era un bolido
por un cielo de hollín sobrecogido".

La idea del movimiento que se imprime a la falda al caminar, es la misma para el poeta francés como para el nuestro; para uno es "navío resonante", para el otro semeja un "bolido".

De "Las Flores del Mal":

La tarde se templaba al fuego del carbón
el balcón lo envolvían las nieblas vaporosas.

.....
dijimos ambos imperecederas cosas
en la tarde templada al fuego del carbón".

En "La Sangre Devota":

".....: unidos
en el viejo balcón que ve al Poniente
hablamos tristemente, largamente
de dichas muertas y de tiempos idos.

Aquí se respira una atmósfera de quietud, de tranquilidad: el fondo donde se desarrolla la escena es igual en el primer caso que en el segundo, "un balcón", testigo de las pláticas tristes, y de las cosas imperecederas.

Casos de similitud como los citados nos hallamos no sólo éstos, sino muchos más que sería cansado enumerar y, además, inútil para nuestro propósito.

Ahora bien, después de señalar las influencias de los pontífices del simbolismo en la obra poética de López Velarde, después de ajustarlo a las normas que fueron cánones para el grupo de los parnasianos, hemos llegado a una conclusión: "López Velarde por la época en que vivió fue contemporáneo de los Nervo y los Darío, que vaciaron su inspiración en los moldes franceses, pero a pesar de las huellas que hemos encontrado que hablan de las influencias de Verlaine y Baudelaire —influencias que eran demasiado fuertes y atractivas para poder evadirlas—, nunca el poeta mexicano de "Suave Patria" podrá confundirse con esa Escuela que llevó el nombre de "modernismo" simple y puramente por ese sentido nuevo en nuestra historia literaria que podríamos llamar "mexicanismo", por ese sentido que no acertaron o no quisieron imprimir a sus obras los poetas mexicanos que se ufanaron de seguir las líneas trazadas por Francia.

LA SEMANA DE 40 HORAS A LA VISTA

P o r E N R I Q U E J I M E N E Z D.

LA reducción de las horas de trabajo ha sido, durante muchos años, una aspiración constante de los trabajadores. Ha tenido en su ruta de acción, como puntos culminantes, los acontecimientos de Chicago en 1886, la firma del Tratado de Versalles en 1919, en cuyo texto se insertaron las disposiciones referentes a la Organización Internacional del Trabajo, que mencionan expresamente en su preámbulo la urgencia de la reglamentación de las horas de trabajo y la adopción de la Semana de 48 Horas para la industria; la firma de la Convención Número 1 en Washington el año de 1919, y, finalmente, la adopción de la Convención Número 47, llamada de las 40 Horas, que se adoptó en Ginebra el año de 1935. En esta última etapa del desarrollo de la lucha por la reducción de las horas de trabajo, conquistado el principio general de la semana de 40 horas, se busca ahora su aplicación práctica a diversas ramas de la industria. Fue propuesta, en la Conferencia que se celebró el año pasado, para las obras públicas emprendidas o subvencionadas por los Gobiernos, para la construcción de edificios y la ingeniería civil, para la industria del fierro y el acero, para las minas de carbón y para la industria textil.

Es de notarse que los patrones, al oponerse a la semana de cuarenta horas han adoptado también contra ella la actitud apocalíptica con que se opusieron a la semana de cuarenta y ocho horas, esgrimiendo los mismos argumentos y anunciando las mismas catástrofes. Estas no vendrán, como no vinieron después de la adopción de la primera convención por la Conferencia de 1919; pero preparémonos para coordinar el estado de cosas que provoque esta nueva reducción de la jornada del trabajo.

Los esfuerzos que desarrollaron en la Conferencia los obreros, en algunos casos como en los de Francia, España y Estados Unidos, ayudados por sus gobiernos, para obtener convenciones que fueran la aplicación práctica y concreta de la se-

mana de cuarenta horas, fracasaron y sólo pudo lograrse que la Conferencia aprobara la Convención que se refiere a las obras públicas emprendidas o subvencionadas por los gobiernos. Aunque la desanimación que produjo esta actitud de los obreros fue muy intensa, han reaccionado y vuelto a la carga con los siguientes resultados: el próximo mes de abril se celebrará en Washington una Conferencia Tripartita que examinará las condiciones de trabajo en la industria textil, con cuyos resultados se dará cuenta a la XXIII sesión de la Conferencia que se reunirá este año. También va a celebrarse una Reunión Técnica Preparatoria Tripartita para estudiar las condiciones de la industria química, con vista a la reducción de las horas de trabajo a cuarenta horas por semana. También con los resultados de esta reunión se dará cuenta a la XXIII sesión de la Conferencia, para ver si logra adaptarse la semana de cuarenta horas en la industria química.

La Conferencia de 1937 tiene, además, en su agenda, la discusión de la semana de cuarenta horas para las industrias química, textil y de artes gráficas.

La reducción de la duración del trabajo que tuvo originariamente como motivo la desproporcionada magnitud de la jornada antes de la adopción de la semana de cuarenta y ocho horas, ha adquirido en nuestros tiempos una doble razón de existencia. Primero se toma en cuenta la necesidad de resolver el problema de los desocupados, y segundo, la conveniencia de darle al trabajador mayor tiempo de descanso, que los razonamientos expuestos en diversas ocasiones en Ginebra describen como la necesidad de darle una mayor participación en los adelantos de la ciencia.

Hay que precisar, sin embargo, en qué plano están una y otra de estas causas de existencia. Desde el año de 1931 le ocurrió al Consejo de Administración de la Oficina Internacional del Trabajo la idea de la reducción de la jornada co-

mo medida capaz de atenuar las consecuencias de la desocupación. Se hicieron sugerencias, también, sobre una juiciosa disminución de la jornada, *teniendo en cuenta el perfeccionamiento de los métodos de producción.*

El Director de la Oficina Internacional del Trabajo, Albert Thomas, al sugerir que se hiciera un nuevo esfuerzo para la adopción de la semana de cuarenta y ocho horas, insinuó simultáneamente la conveniencia de reglamentar las horas extraordinarias para fijar internacionalmente su límite máximo e insistir en la reducción internacional de la duración del trabajo más allá de las ocho horas en ciertas industrias. El Consejo de Administración de la oficina recibió en 1931, una iniciativa del Grupo Obrero, para convocar a una conferencia que examinara el problema de la desocupación, con el objeto de buscar la posibilidad de llegar a un acuerdo por medio del cual los países signatarios se comprometieran a aplicar la disminución de las horas de trabajo, *que correspondiera a las necesidades de reemplazar el mayor número posible de desocupados.* El Gobierno francés, por su parte, propuso que se convocara a la Comisión de la Desocupación (de la O. I. T.), para ponerla al corriente del desarrollo de la acción ya emprendida y para examinar el problema de la posibilidad de llegar a un arreglo mejor de la duración del trabajo mediante acuerdos internacionales, fueran generales, o fueran por industrias.

En estas primeras proposiciones puede percibirse una contradicción. Si para la reducción de las horas de trabajo se toma en cuenta el perfeccionamiento de los métodos de producción, no es necesario para sostener la misma cantidad de la producción ocupar otros trabajadores, es decir, que el perfeccionamiento de la máquina, su mayor capacidad productora, substituye o compensa las horas de reducción que se conceden al trabajador. La fábrica produce así todo lo que tiene que producir para las necesidades de su mercado y no tiene entonces, necesidad de más trabajadores. El problema de los desocupados no se ha resuelto pues. La fábrica para poder absorber cierto número de desocupados tendría que aumentar su producción, y esto ya es cuestión de estudiar si la fábrica tiene o no necesidades suficientes para sus productos. Se dice que sí, pues el empleo de los desocupados los convierte ipso facto en consumidores. Esto parece posible.

La Comisión encargada del estudio de la desocupación rindió su dictamen "en presencia de la gravedad creciente de la crisis de la desocupación", y recomendó, sensatamente, además de la adop-

ción de la Convención de Washington sobre las cuarenta y ocho horas, las siguientes medidas:

a) Supresión de horas extraordinarias en todos los casos en que las condiciones técnicas y la composición del personal lo permitieran;

b) Disminución del trabajo individual al conjunto de obreros, antes que despido de algunos;

c) A pesar de las dificultades graves, pero que parecen superables, y bajo las reservas de las posibilidades técnicas comerciales y financieras, mantener el principio de disminuir momentáneamente la duración individual del trabajo en las empresas en actividad normal, para permitir la entrada a los desocupados;

d) Si se quiere redistribuir el empleo entre el mayor número posible de trabajadores, respetar la buena marcha de la empresa y asegurarle a cada trabajador empleado una ganancia suficiente. Parece que la reducción de la duración individual del trabajo, alrededor de cuarenta horas por semana, con modalidades diversas, pero de preferencia sobre cinco días, es lo que mejores resultados ofrece. El dictamen de la Comisión agrega al final, que para atenuar la reducción eventual de las ganancias semanarias, la Comisión cree de su deber señalar que en ciertos países se han tomado medidas para compensar, aunque sea en parte, esta reducción, por medio de la disminución de cargas sociales debidas al reempleo de cierto número del total de desocupados.

La Comisión declaró que su objeto era estudiar el arreglo de la duración del trabajo en tiempo de crisis, pero que había recibido votos de organizaciones obreras en favor de la Semana de 40 Horas, y también notas formuladas por *algunos industriales que aseguraban que cuando volviera la prosperidad podría ser posible una reducción permanente de la jornada de trabajo en las industrias en que hubiera sido de importancia el progreso técnico.*

En la XVI Conferencia Internacional del Trabajo del año de 1932, la idea de la reducción de la jornada toma caracteres más concretos. La Conferencia adoptó, con ligeras reformas, la proposición del delegado obrero francés, que es el mismo que estuvo defendiendo la semana de cuarenta horas en la Conferencia de 1936. Son muy interesantes las ideas expuestas por el delegado obrero en la XVI reunión de la Conferencia. Declaró que no bastaban los paliativos, que era necesario abordar directamente las causas de las crisis que la persistencia de la desocupación era la causa que agravaba más la crisis; que el desequilibrio de la producción desmesuradamente acrecida y una capacidad de consumo ya insuficiente desde que había comenzado la depresión, condenaban toda reduc-

ción de salarios; que la reducción de las horas de trabajo era el medio de restablecer el equilibrio destruido, ya que el aumento de rendimiento del individuo hacía indispensable y urgente esa medida; que gracias a ella el ritmo de la producción podría llevarse al nivel de una capacidad de consumo provisionalmente limitada dentro de la cual las posibilidades de empleo se podrían repartir de manera permanente sobre un número mayor de individuos, haciendo entrar así a los desocupados de nuevo en el proceso económico y dándoles así a los asalariados una parte legítima en el progreso técnico. Esta proposición del delegado francés originó la decisión del Consejo para la organización de una comisión que se ocupara concretamente de la Semana de 40 Horas. El delegado gubernamental italiano presentó una iniciativa el mismo año de 1932 para que se convocara a una sesión especial de la Conferencia, invitando al Consejo a estudiar la introducción de la semana legal de cuarenta horas en todos los países industriales. Puede encontrarse en su proposición la idea de disminuir las horas de trabajo *sin disminuir el nivel de vida de las masas*, y declara que no se trata de precisar en qué medida el progreso técnico realizado desde 1919 hasta 1932, permite una nueva reducción de horas de trabajo, gracias al aumento del rendimiento, sino que se trata de establecer con urgencia una uniformidad internacional que sancione una reducción de las horas del trabajo, aunque sea aproximativa por lo pronto, *como medio de defensa contra la desocupación* y, de una manera general, *como medio para reabsorber una parte de los desocupados en el proceso de la producción*.

El mismo señor Michelis, activo delegado italiano, informó que el Consejo Nacional de Corporaciones de Italia había invocado los acuerdos internacionales para realizar la reducción permanente del horario de trabajo como consecuencia del progreso técnico y como defensa contra las tristes consecuencias de la crisis.

La inscripción de la reducción de las horas de trabajo no pudo obtenerse para la Conferencia inmediata siguiente, pero al fin logró insertarse en la agenda de la Conferencia de 1935.

Como preparación para la discusión de la Semana de 40 Horas en 1935, la Oficina Internacional del Trabajo preparó el Informe del cual hemos tomado los datos antes mencionados y el folleto de 1934, sobre la reducción de la duración del trabajo, que contiene ya los resultados de los cuestionarios sometidos a los diversos Estados, cuestionarios que proceden ordinariamente a la discusión de un proyecto de convención.

El Capítulo 3º del cuestionario contiene esta pregunta: ¿Deberá el proyecto de convención tener por objeto remediar la desocupación, y, además, hacer participar a los trabajadores de los beneficios de los progresos técnicos? La mayoría de los países que respondieron al cuestionario contestaron esta pregunta afirmativamente. La Gran Bretaña no contestó el cuestionario; España declaró que el proyecto de convención debía tener como objeto principal remediar la situación que había provocado la desocupación, distinguiendo entre la desocupación extraordinaria de la crisis y la ordinaria, y que, aunque la solución adoptada en el proyecto de convención pudiera ser diferente, se podría examinar lo referente a la posibilidad de hacer participar a los trabajadores en el beneficio de los progresos técnicos en lo que concierne a una reducción eventual de la reducción del trabajo; Francia, la autora de la idea de participación del trabajador en los beneficios del progreso técnico, tuvo naturalmente, que contestar afirmativamente; Italia hizo igual cosa; Suiza opinó también por la afirmativa, llamando la atención especialmente al hablar de la participación del obrero en el progreso técnico, a lo que se refiere a la desocupación tecnológica.

La Conferencia de 1935 adoptó, al fin, la convención general de las cuarenta horas, y preparó el camino para su aplicación concreta a las diversas ramas de la industria y el comercio para la siguiente Conferencia, la de 1936, que solamente logró ver aprobada la convención que se refiere a la reducción de la jornada del trabajo en obras públicas o financiadas oficialmente, que esperamos que México ratifique.

Con toda franqueza, hay que decir que aunque se imponga la necesidad de buscar un mejoramiento general de los trabajadores por cuantos medios estén a nuestro alcance, no hemos llegado aún, ni económica, ni políticamente, a un cuadro de condiciones que permita implantar sin dificultad de trascendencia en México, la semana de cuarenta horas.

No podemos olvidar que la urgencia de resolver los problemas de la desocupación que han venido aquejando a los países europeos y a los Estados Unidos, particularmente después de la guerra, no existe en México, cuando menos con la intensidad desesperante que tiene en aquellos lugares. Tampoco se puede asegurar que el progreso técnico esté ya en México maduro para ser aprovechado por los trabajadores, ni podemos decir aún que la máquina haya expulsado al hombre, en volumen sensible. De todos modos la semana de cuarenta horas se implantará entre nosotros. La reso-

lución de estos problemas es en Europa y Estados Unidos de tal modo esencial, y apremia en tal forma, que puede recurrirse a la reducción de horas de trabajo aumentando los costos de producción y, por ende, los precios, regando así, en realidad, el sostenimiento de los desocupados, en la masa toda de la población.

En gran número de países el Gobierno se ha visto obligado a usar fondos del tesoro público para ayudar a los desocupados, fondos que con frecuencia han ocasionado peligrosos déficits presupuestales. Para evitar estos déficits, y ante la inconveniencia del aumento de los impuestos, se encuentra, como expediente apropiado, pasar el gasto a la masa de la población en forma de aumento de los precios a través de la necesidad que se crea en las industrias de utilizar, si quieren sostener su coeficiente de producción, mayor número de gentes en las horas que dejan de trabajar los obreros que llamaremos "regulares".

Inglaterra, a pesar de la enorme cantidad de dinero que invierte en el "dole", preferirá, quizá por haber tenido tantos siglos de experiencia con este sistema, invertir parte de su tesoro en auxilio directo de los "chomeurs", antes que provocar un alza de precios que perjudique a la población y a su comercio imperial internacional. Su presupuesto, por lo demás, le ha permitido seguir este sistema sin grandes trastornos.

Quizá también piensa que, considerando lo que actualmente recibe el desocupado como ayuda gratuita del Gobierno, y lo que recibirá por sueldo en las horas que se restaran a los obreros regulares, no podría establecerse en consideración a la nueva capacidad adquisitiva del ex-chomeur, un equilibrio entre la superproducción originada por el mayor número de obreros y el consumo, aun incluida la demanda adicional de mercancías que harían los ex-desocupados.

El caso de Francia no es del todo igual. La ayuda a los desocupados no ha adquirido presupuestalmente ni la forma ni la importancia que ha tenido en Inglaterra o en los Estados Unidos. Para llegar a esta forma no habría habido más camino que un aumento en los impuestos, que habría provocado serias representaciones en las Cámaras.

El Gobierno del Primer Ministro Blum no podía seguir esta ruta y tuvo que valerse de la reducción de las horas de trabajo, y para buscar equilibrio aparente, o acercarse a él, y visto el aumento firme y progresivo de los salarios ilusionó, al capital desvalorizando el franco, es decir, disminuyendo, para la competencia internacional, el costo de la mano de obra en Francia. El resultado práctico

puede considerarse del todo ilusorio. El obrero francés trabajará menos tiempo, recibirá la misma compensación nominal, pero como los precios han subido, podrá cambiar el salario por menos mercancías y, como el poder adquisitivo del franco ha disminuido a su vez (en realidad ha disminuido otra vez, pues en ambos casos hay una disminución del poder adquisitivo de la moneda), esa cantidad de mercancía ya disminuida por el acrecido costo de su producción, sufrirá una reducción adicional por el menor poder adquisitivo de la moneda. Podemos decir que la disminución de las horas de trabajo ha quedado neutralizada en Francia en sus efectos económicos por el alza de precios, por una parte, y por la desvalorización del franco, por la otra. Es decir, la han neutralizado dos disminuciones del poder adquisitivo de la moneda, provocadas en las dos formas mencionadas.

Hay que pensar también en el círculo vicioso que todo esto implica. El alza de los precios traerá consigo de nuevo, la demanda por el alza de los salarios. Ya lo trajo en Francia, según las últimas noticias. Por otra parte las ocho horas destinadas a los desocupados no resuelven el problema *total* de éstos ni puede aplicarse en su caso la teoría del salario mínimo.

La desvalorización de una moneda es, evidentemente, por lo que respecta al cambio internacional, una reducción de los salarios, que significa, a su vez, una reducción del costo de la mano de obra. Esto favorece al comerciante que vende su mercancía en el extranjero, aunque puede dañarlo cuando tiene que adquirir materias primas fuera; fomenta la compra de artículos nacionales, pero la población se perjudica cuando tiene que comprar mercancías en el extranjero. Cuando la mercancía nacional es de calidad inferior, caso evidente en México, la población sufre también por este concepto. El beneficio que antes recibía el obrero queda limitado, pues, a aquella parte de la Convención de las cuarenta horas consignadas en el considerando tercero, del cual, como hemos dicho, es autora la delegación francesa que pidió su inserción cuando fue discutida originariamente dicha Convención. Puede este considerando haber tenido otra mayor o menor intención, pero en el caso preciso no produce al obrero más beneficio que el descanso. Ahora bien, este descanso no quiere aprovecharlo el obrero como tal, desea trabajar en estas horas libres, y para hacerlo, saca su trabajo al mercado en competencia con sus compañeros y en competencia con los mismos desocupados que se supone que cubrirán las horas libres que para ellos,

y mediante la aceptación de la semana de cuarenta horas, deja libre el obrero regular.

El caso de los Estados Unidos también lo hace a uno pensar que la idea francesa de la "participación de los trabajadores en los beneficios del progreso técnico", no tiene, ni con mucho, la importancia que tiene la resolución inmediata del problema de los desocupados. El número de los desocupados sostenidos por el Gobierno de los Estados Unidos, y sobre el cual se llamó particularmente la atención, durante la campaña política reciente del Presidente Roosevelt, es positivamente alarmante, y más alarmante aún es el déficit que el sostenimiento de ellos trajo al tesoro americano. Entre continuar en esta vía del déficit presupuestal progresivamente creciente, subir las contribuciones para equilibrarlo o pasar la carga a la masa general de la población en forma de alza de precios, parece lo menos malo esta última medida que es, concretamente, la semana de cuarenta horas, o de menos horas.

La posibilidad de evitar que el obrero trabaje en las horas libres, que se dedique a descansar, a divertirse o a cultivarse, es muy remota. Cualquier disposición de las Convenciones o de la legislación de cada país será insuficiente para dominar el deseo del trabajador para obtener más dinero por el trabajo que puede desempeñar en las horas libres. La realización de este deseo traería una competencia y un desequilibrio, contra los cuales no podría oponerse de un modo eficaz la reglamentación del ocio de los trabajadores, ni aun la tarjeta de trabajo rusa o italiana. En este último caso habrá un cierto comercio clandestino del trabajo; se evitará, sí, en el caso de México, la codicia, con todos los efectos colaterales que tiene, de las "horas extraordinarias", cuya compensación, 100% del salario, es tan fuerte incentivo.

Creemos, de todos modos, que el camino que han tomado las cosas llevará indefectiblemente a la aceptación de la semana de cuarenta horas en muchas industrias, y que habría que estudiar en cada país, de acuerdo con sus condiciones especiales, la forma de realizarla para que no sea un bien ilusorio para los trabajadores. Buena cuenta nos damos, también, de que todas estas medidas no son más que paliativos en el sistema económico-social, de cuyos defectos estamos convencidos categóricamente.

Nosotros tenemos ya contratos de trabajo, en los cuales, por las condiciones especiales de la industria, en tal o cual lugar, hemos podido lograr, no solamente a una semana de cuarenta horas, sino a una semana de treinta y ocho horas.

La disminución de la duración del trabajo es un hecho inevitable. Es justa, positivamente justa en el fondo, pero es necesario conciliarlo con las condiciones especiales de nuestro país. Si no tenemos problemas trascendentales de desocupación, sí tenemos problemas de repartición equitativa del trabajo. Para esta repartición equitativa se hace necesaria una reglamentación nueva, sensata, *cerebral*, de las horas extraordinarias. Si no permite nuestra situación enfocar el problema de la disminución de las horas del trabajo desde el punto de vista de la desocupación, pongámonos en el de "la participación del obrero en el progreso técnico", y desde ahí procedamos a hacer una reglamentación adecuada del ocio de los trabajadores.

El ocio de los trabajadores es también una seria preocupación de actualidad, que no ha descuidado la Oficina Internacional del Trabajo, pues viene interesándose por él desde el año de 1924, en que concretamente se logró que la Conferencia adoptara una Recomendación. Desde entonces ha habido una serie de congresos internacionales que han estudiado el punto: el Congreso Internacional de Ocios de Lieja, de 1930; el Congreso Internacional del Recreo de Los Angeles, 1932; la Reunión constitutiva de la Comisión Internacional del Ocio de los Trabajadores de Ginebra, de 1934; el Congreso Internacional de los Ocios del Trabajador, de Bruselas, de 1936; y, finalmente, el Congreso Mundial para la Organización de las Horas Libres y del Recreo de Hamburgo, de 1936, en el que México estuvo representado.

No es posible hacer en este trabajo un comentario de estos congresos. Basta mencionar algunos aspectos interesantes del problema, tratados en ellos. Quien quiera mayores informes, puede encontrarlos en la Colección de Estudios y Documentos que publicó la Oficina Internacional del Trabajo.

Los Congresos del Ocio de los Trabajadores han estudiado: las escuelas obreras, la formación de ayudantes sociales para la educación popular, los ocios de la familia y de la juventud obreras, el arte y los ocios del trabajador, la música, el cinematógrafo, la radiodifusión, la biblioteca pública, la educación física, etc.

Ojalá interesara seriamente el tema a nuestras autoridades para preparar un fértil terreno a la coordinación de la reducción de la jornada del trabajo con la sensata organización del ocio.

Esta Revista constituye una de las publicaciones del Departamento de Acción Social y se edita bajo la dependencia de la jefatura del propio Departamento.

LISTA DE CLASES

(FRAGMENTO DE UN ENSAYO DE NOVELA)

P o r M I G U E L N. L I R A

TENIA veinticinco años. Un caso fortuito, —azar, destino y tiempo,—lo hizo Profesor de Literatura en la Universidad.

Años atrás, todos sus esfuerzos se habían agolpado para obtener esa categoría benéfica a su pobreza y transparente a su espiritualidad. Eran entonces orgullo y fortuna que convergían y que eslabonaban las horas—tan altas—de su adolescencia. Todo obstáculo fue sacudido en sus cimientos. Las bardas cayeron. Las sombras fueron abriendo las puertas al horizonte que entraba. Pero la categoría quedó más allá de los sueños envuelta en un velo de niebla, lejana y próxima.

Todo lo había perdido. El polvo sutil y brillante de los calendarios agrupó en orden cronológico los intentos y los caminos, y se tendió en la conformidad cotidiana e irreparable. Sin embargo, esperó con la constancia de la araña, que hace y rehace su tela inconsútil y ligera bajo la atmósfera de cualquier instante. La espera nada significaba a su voluntad porque era una de tantas modalidades que habrían de surgir en el proceso de sus anhelos. Además, sus ojos y su corazón que organizaban la estructura de sus emociones, tenían ya el don en jerarquía de su propio contentamiento.

Se fijaba: La nube pequeña que cicatrizaba en el cielo la lesión azul de los sentidos—color, hondura—. El viento que rasgaba la intemperie del Sur al Norte. El Norte que terminaba el concepto de tierra y que era el génesis de la montaña en punto de apoyo al cielo de Dios. Todos estos motivos de cielo e infinito presidían sus actos, y llegaron a ceñirlos de tal manera que empezó a reunir, en versos de arquitectura libre, las vibraciones de la luz con el silencio de los ojos y el trino de todas las aves con el concierto de las selvas.

De ahí surgió su condición de adicto a las formas e ideas puras. De ahí también su amanecer de Profesor de Literatura.

Quería enseñar. Tener el privilegio de dar a las palabras la virtud de armonizar los frutos con el cuerpo de la mujer. La línea no era—en su filosofía—una sucesión de puntos. Había en ella, —más trascendente; más equilibrado—la conjun-

ción de la sonrisa de Dios con la sonrisa de la primer mujer, es decir, la luz y el fuego.

Esto habría que explicarlo. La montaña se curva y se quiebra a los ojos. Pero la montaña está llena de secretos y es omnipresente; por lo mismo no encaja dentro de la concepción elemental de línea. El mar, por el contrario, crea conflictos y escarcha olas. En una forma, domina la voluntad del hombre, la aniquila en su furia; en la otra, asciende al color y se verifica de tonalidades, se completa de luces. Luego entonces el mar es una línea. La palabra misma, por las inflexiones de voz que la pronuncian, nace enferma o se desborda de salud. En uno y otro caso se aparta del principio que no permite los justos medios sino los extremos. En cambio la mujer ondula sus perfiles, rompe al dolor y compromete la estabilidad de las cosas. Precisa entonces considerarla como una línea, y por lo mismo unirla con el mar.

En tal forma se ajusta la naturaleza y encarna la manzana desprendida del árbol por el tacto de las manos ávidas de espasmos y próximas al alumbramiento del cielo y la tierra—mujer y mar,—y aún del horizonte, ficticio a las miradas, pero fundamental para los cálculos de la ciencia y para las demostraciones de los catálogos de geografía escolar.

Todo esto habría que estudiarlo en el transcurso de las cátedras. Modelar la enseñanza al principio de la línea. Medir a los generadores de poesía bajo el sistema de las equivalencias apropiadas. El que escribió su pensamiento en curva, con rodeos de falso origen, habría que sumarlo a la montaña y en consonancia con ella, desalojarlo del plano de los conceptos puros. Acaso, en esta valorización, surgiera el creador de problemas y autor material del encrespamiento de las olas. Este sería—mar, hondo y lejano mar—el vértice de los orgullos. Quizá también apareciera el mutilador de los dolores que habría que comprender, entre los ojos claros del niño y la flor que revienta en el crepúsculo eléctrico del campo. Surgiría también el niño, neutro de montaña y mar. En sus labios jugarían las olas y con sus manitas acolchonadas reptaría la cumbre de las elevaciones. Nadie detendría sus impulsos. Lo mirarían llegar a lo

alto, y hasta ahí enlazaban las palabras para formarle una escala fácil a su descenso. Niño ya en la tierra, jugarían con él la ronda de las comprensiones y cerrarían el círculo de la nueva teoría. En esta forma quedaba establecida su filosofía. Los que fueron y los que solamente se quedaron en intento. Las realizaciones, es decir, las líneas, quedarían sujetas a la valorización detallada y precisa del estudio, de la meditación y del tiempo. El se consideraba entre las líneas por encima de toda crítica y todo puritanismo. Tenía ya elaborado el alegato de su defensa: cambiar la primera persona por la tercera, y arrojar todas las presunciones autobiográficas a ésta, que por lo vaga e imprecisa podría salvar las murmuraciones y el pecado de la creencia en sí misma.

* * *

La mañana de su iniciación como Profesor de Literatura le dió el motivo de un paisaje. Podía recogerlo en sus manos, pero sus ojos se adelantaban a su pensamiento y se llenaban de aire tenue, de verde intangible, de transparencia diurna. Tuvo así la sensación de ligereza y claridad conjuntas. Sus pasos no se oían; por entre su cuerpo podían filtrarse las cosas: Aquel automóvil de vivo color azul, aquella iglesia incrustada en azulejos y hasta cuya torre podía llegar en vuelo de golondrina; hasta la misma arquitectura sobria y magnífica del edificio de la Escuela, se deslizaban por entre sus brazos, cruzaban su pecho, dividían su corazón. Sólo un impulso bastaba para que pudiera llegar hasta el cielo, caer en una nube y confundirse en humo.

Todas estas circunstancias las analizó en el reposo concentrado y llegó a concluir que eran causantes de alegría.

En otra edad, lejana por los días fallidos, la alegría se manifestaba en actos menos trascendentes y concretos. Era el lugar común de las palabras y los hechos. Así lo había considerado y nunca como expresión del espíritu o como corolario cerebral. Ahora ya conocía dos nuevas variantes que volatilizaban y traslucían la vida. Las dos las aceptaba en su análisis porque eran la alegría misma y porque ese día, dentro de sus reflexiones, quería acceder a todos los absurdos, aun cuando simplemente fueran desarrollo de la imaginación.

Su noche última, sofocada en el silencio de su casa, frente al jardín que manos piadosas fueron recortando y en donde sintió por primera vez cómo crecía y se imponía el olor de la madre selva al perfume de todas las cosas, tendió su teoría entre el futuro y su conciencia, y formó así el puente

por el que habrían de cruzar sus inquietudes y sus anhelos, confundidos ahora en la verdad de lo que se advierte con los ojos y se ajusta en el hueco de las manos. No le importaba el esfuerzo que se le venía encima, porque su juventud había recibido, de pronto, la vertical lluvia de Dios que refresca la tierra y que limpia el verde acitronado de las hojas de todos los árboles. Tierra y elemento que formaron su nueva personalidad y que le ampliaron el horizonte.

La selva y el mar tienen un límite propio, pero el día y la noche ruedan incansables por el mundo y sólo están separados por el parpadeo del amanecer. Y él se consideraba como correlativo de estos dos movimientos de rotación y por lo mismo, inseparable de la vida que se le abría, fresca y fecunda, en una espontaneidad de granada.

* * *

Desde la calle, la arquitectura eclesiástica de la Escuela se le echó encima. Fue como si de pronto hubieran caído sobre sus ojos, sobre sus manos y sobre su corazón, el tezontle y la piedra que la formaban. El reposo, bruñido por los años, había hundido en la distancia su perspectiva, pero en la puerta, amplia y esbelta, el reposo se detenía y se untaba, ya dentro, en la triple arquería que estaba en el secreto de todo.

Caminando, oía sus pasos junto a su corazón que le dolía de nostalgia. Quería recordar. Hacía mucho tiempo que no se recordaba niño. Le precisaba imaginar cómo eran sus amigos, sus maestros, la escuela, cuando él apenas rodaba sus quince, diecisiete años...

Como siempre, sus ojos se adelantaron a su pensamiento. Cuando intentaba indagar su actitud al cruzar por primera vez el umbral de la puerta, sus ojos ya estaban fijos en el tablero del patio y repasaban, nuevamente, la lección de aritmética primaria que en otros días fue su obsesión y que lo hacían contar las piedras bicolores de toda su superficie.

El número era el mismo. Lo recordaba bien. Estaban un poco más pulidas por el contacto de los hombres, pero conservaban aún la misma uniformidad de color que les había conocido y todavía, la del centro, retenía la argolla de fierro empujada que muchas veces en su infancia quiso levantar para ver si existía en el fondo el fuego sagrado o para convencerse de que al otro lado de la América había mar, y tierra, y hombres. Nunca pudo conseguirlo, pero el afán insatisfecho quedó fijo a la piedra que ahora volvía a mirar y que nuevamente le traía la duda de lo desconocido.

Del patio, sus ojos saltaron a las ventanas hendidas en los muros. Todo igual. Los mismos cristales rotos. El mismo número de ventanas. Nada cambiaba su recuerdo. Llegó a pensar, más cerca de ellas, más próximo al pasado, que todavía guardaban el calor de sus amigos. De ellos tenía la claridad en su memoria. Los veía a todos, como en un sueño, ágiles e íntimos. Oía sus palabras inesperadas, fatigadas por el esfuerzo de la imaginación. El no se hallaba en esa distancia de su memoria, pero oía su voz desvanecida y escuchaba su nombre. Sintió curiosidad por encontrarse, concretar los labios que brotaban su voz, la que él sabía que era suya en la vigilia y en el gozo. Pero el intento se le pegaba a las palabras y sólo encontraba el afecto de las ventanas y los contornos de sus amigos que se resbalaban en un vacío de sombras. Y él no podía retenerlos ni en la vida ni en las manos porque en ese instante se le nublaba su presencia y se sentía, doblegado, náufrago de un mar turbio. Ellos se perdían irremisiblemente en caminos equidistantes. Se separaban sin contrariedad, se apartaban de las ventanas que alguna vez, —la lejanía las hacía presentes— los volvería a unir en un retorno comprensible. Ninguno se miraría con recelo. Nadie diría la amargura, la ausencia o la reconvención. Se agruparían en palabras junto a los cristales rotos, y nuevamente —los ojos, el corazón— sentirían el presagio de la amistad suspensa. Y entonces, él se descubriría entre ellos y oiría su voz, que ahora se le perdía como en los pliegues del sueño.

Este recuerdo lo acercó al salón de clases que iba a ser suyo por unos días. Había una luz clara y un rubor incipiente en el temblor de las manos.

El salón era el mismo que retuvo en otras horas sus ansias. Ahí conoció —las palabras estaban en Florencia— el valor impulsivo de Benvenuto Cellini y oyó al Maestro.

El Maestro está tranquilo en el hueco definitivo de la tierra, dentro de la muralla cantante de los frescos que purificaron su espíritu con el amor infantil de los dioses extáticos de la alba iglesia, a la que quiso llegar, en una mañana de campo, con un distintivo de azahar en la solapa.

* * *

El salón tiene dos ventanas que ven al patio y que recortan dos arcos de cielo. La negrura de las pizarras encuadra las paredes y frente a sus ojos los mapas cuelgan los continentes y el mar.

El siempre había concedido al mar el color de un mapa-mundi. No podía ser de otra manera. Había conocido —agosto sin mariscos— unos ojos que

se habían bañado en mar y que habían escondido en las pupilas dos gotas de su agua. Y esos ojos tenían el color de un mar de mapa-mundi.

El supo después que los ojos y los mapas mentían.

Una tarde le presentaron al mar. Lo vió con toda su mirada, suspendió el ritmo de sus párpados para sentirlo mejor en su extensión líquida, en su olor de molusco y de pescado. Tuvo así la seguridad de no conmoverse ante él, de no causarle el elogio de su asombro. Le pareció lineal en su oleaje y su marea. Lo creyó representativo de su teoría. Pero se sintió defraudado en el color. El mar era verde en su centro, azul oscuro en su lejanía, agua de botellón junto a la arena. No tenía el claro azul uniforme de un mapa-mundi; no era él a quien anunciaban los ojos que conoció. En vano quiso equivocarse; inútil su ruego para que se dejara ver en el color acuático de la cartografía. El mar se acostaba a sus pies, se erguía luego y se levantaba en ola verde de gozo. Era su disculpa y su reproche que él entendía y que no objetaba, porque era el mar la ganancia a su servicio literario y el índice de su distribución lineal. Por eso fue que sus labios se sellaron y proveyó al mar —sólo para él— de un íntimo y claro azul de mapa. Desde entonces no le sorprendió ya más que el mar tuviera policromías en sus escamas. Para él tendría siempre la tonalidad que mejor lo representaba, que más carácter de mar le adquiriera.

Alguna vez, junto a la isla de Janitzio, cercada de redes pescadoras, encontró que el agua no era azul y que, por lo mismo, los lagos no debían tener fijado en los mapas el color de mar que los dibujantes, y sólo ellos, les otorgaban. El mar, sin su color de mapa-mundi, no se entendía mar; en cambio, un lago se adivinaba lago, aun cuando brillara en el naranja que advirtió junto a Janitzio.

La misma observación habría que hacer respecto a los continentes y a los países. ¿Por qué llenaban el territorio de Rusia de un desleído color rosa? El nombre de Rusia en sí es la palabra rosa, pero esto no da margen para que por parecidas las palabras, por vecinos los nombres, se imprima a una extensión de tierra un color que no le corresponde ni por la psicología de su pueblo, ni por su raza, ni menos por su estructura pública. El color rosa estaría bien para el principado de Mónaco, para el país de Cenicienta, o para alguna de esas naciones de post-guerra que tienen nombre de borlas para polvo: Estonia, Lituania, Albania. Rusia necesitaba la fuerza de un color más vivo. Rojo no, porque se incurriría en el error de juntar el pasado con el presente, unir la tradición con la sangre, ayuntar el agua con el incendio.

Negro tampoco, porque era tanto como enviudar a Rusia antes de ser doncella. Sólo el morado respiraría su ambiente y fijaría su novedad. El morado es un color lleno de dureza, pero convencional. Puede interpretar al niño que gime en los brazos de los soviets, como asociar el recuerdo del Zar con los vestidos talaros de los "popes". Sería llanura y tumba. Correría en las estepas y caería de rodillas en la plaza de Moscú o frente al cuerpo embalsamado de oraciones de Nicolás Lenín. Y entonces todos quedarían complacidos. Pero los dibujantes no entienden de estas cosas. Por eso es que a Alemania la realzan en verde y a España en amarillo. Debía ser lo contrario. Alemania bebe cerveza y tiene un museo de condecoraciones de oro de Guillermo de Hohenzoller. España tiene sus olivares, los ternos de sus toreros y a Juan Ramón Jiménez que compendia el campo y el jardín. Sin embargo, los dibujantes de geografía trasplantan a España el pectoral dorado de Alemania y a ésta la heredan de palabras con rumores de huerto y con aristocracia de banderillas. Pero es que los análisis y las asociaciones de ideas no son propias de los irresponsables. ¿Qué culpa tienen ellos de conocer la configuración de un Estado, marcarle sus límites y untarle sus costras de pintura? ¿Por qué tomarles a mal que levanten en un Continente sus cordilleras y hundan sus altiplanicies? La línea del ferrocarril ya está tendida y va atravesando comarcas de producción variada. En el mar, las vías de navegación fijan sus redes y prenden en ellas las constelaciones de las islas distantes. América tiene las islas alineadas en edad y tamaño: Cuba y Haití; Puerto Rico y Jamaica. Todas resaltan verde tropical, en palmeras y en vuelos de pericos. El color les produce sono-

ridad y la voz que repite sus nombres se llena de un dulce sabor de menta.

El así lo siente, porque masca un monosílabo antillano: Haití. La palabra es bela y tiene una grata música al oído. La repite otra vez: Haití, con voz grande y alta. Entonces descubre que su voz suena bien y que tiene un matiz desconocido para él.

Muchas veces un vidrio, un espejo, la lente de una cámara fotográfica le dió a conocer su rostro y las colinas de sus cejas. Otra vez su pueblo bañado de romance le mostró su pensamiento y halló también que su corazón tenía la ingenuidad de su Plaza de Armas abierta al aro del niño. Pero su voz estaba constituida en las sombras.

Y he aquí que de pronto una palabra le suena al oído su voz, y encuentra que su voz es breve y que tiene la leve música del nombre de la Isla Mágica de Seabrook, con su "vaudou", su culto a los muertos, su Papa Nebo y el charol de sus negros caribes. Haití de cinco letras. Haití en miniatura perdida en los meridianos. Haití que era su propia voz y que proyectaba en sus labios la sencillez de lo humilde y de lo desconocido.

No recordó ya que frente a él, en el salón de dos ventanas, tenía pendientes y suspensos los ojos de sus alumnos. ¿Eran ellos los que iban a recoger su voz? ¿Podrían acaso significarle la obsesión que una palabra le había aclarado? Los ojos se juntaban en parejas y se alejaban en colores. El mar estaba en ellos dividido en variantes. El fondo espeso en la obscuridad de los lejanos; la luz de playa en el nivel de los que iluminaban las ventanas; Haití, su voz y el mapa mundi en los ojos centrales que interrogaban su silencio y que disponían el equilibrio de todo.

X---E---Y---U

RADIO--UNIVERSIDAD--NACIONAL

UNA RADIODIFUSORA CULTURAL

PROXIMA INAUGURACION

ACTIVIDADES UNIVERSITARIAS

EL INSTITUTO DE CULTURA IBEROAMERICANA

El Instituto de Cultura Iberoamericana, dependiente de la Universidad Nacional de México, que acaba de quedar constituido, tendrá la cooperación de todos los países americanos de habla española, según lo han dado a conocer a la Rectoría los Agentes Diplomáticos respectivos, acreditados en México. Expresan esos representantes, al mismo tiempo, la satisfacción con que han visto la creación de dicho Instituto, que vendrá a ser un nuevo y poderoso vehículo para el acercamiento moral y espiritual de todas las Repúblicas hermanas.

Por su parte, el mencionado Instituto sigue trabajando activamente en los preliminares de su vasto programa de acción, y desde luego ha dado los primeros pasos para la organización de un concurso en el que podrán tomar parte todos los sectores del habla española. El tema es de profunda significación, ya que se refiere a la vida de Simón Bolívar.

Entre las bases del concurso figuran las siguientes: Podrán participar en el concurso todos los escritores de habla española; la extensión de la obra será breve; el triunfador recibirá un gran premio en metálico y quedará constituido por las aportaciones que hagan los diversos países iberoamericanos; la Universidad Nacional de México editará la obra premiada, reservándose los derechos de la primera edición, y la distribuirá en todos los países de habla hispánica; la cuantía del "Gran Premio" y la designación del jurado calificador se hará cuando hayan sido recibidas todas las aportaciones.

Los señores diplomáticos iberoamericanos, a ruego especial del Instituto, han empezado a dirigirse a sus Gobiernos a fin de que cooperen en este homenaje al Libertador, contribuyendo con la suma que estimen conveniente para la institución del "Gran Premio". También se ha dirigido a significados intelectuales de Centro y Sudamérica, a fin de que se encarguen de formar comités locales que cooperen en la labor iberoamericanista que se ha propuesto realizar la Universidad Nacional de México, por medio de su nuevo organismo.

Entre los intelectuales que han sido invitados ya, se encuentran Victoria Ocampo, de Argentina; Guillermo Valencia, de Colombia; Joaquín García Monge, de Costa Rica; Rafael Arévalo Martínez, de Guatemala, y algunos otros.

SERVICIO DE ACCION ESTETICA

En el presente mes de marzo, el Departamento de Acción Social de la Universidad Nacional de México inició el programa de educación musical

para 1937, que comprende tres series de conciertos que abarcan las formas fundamentales de la música occidental: música de cámara, coral y sinfónica.

Las obras que en estos programas figuran han sido ordenadas de acuerdo con un criterio histórico, con el propósito de llevar al oyente a la conciencia de la evolución del arte musical de gran estilo, desde sus formas antiguas a las contemporáneas.

El Departamento de Acción Social espera que este cuadro sistemático, en donde aparecen los maestros de las diversas épocas, sea un medio útil para la educación de grupos más vastos que los que habitualmente asisten a esta clase de espectáculos. Por otra parte, al establecer ciertos esquemas—Clasicismo, Romanticismo—pretende fijar en la inteligencia y en la sensibilidad del pueblo aquellas referencias objetivas que lo conduzcan a la comprensión de las obras de estos conciertos.

Al integrar los programas, se tuvo la idea de hacerlo con aquellos autores verdaderamente representativos, clásicos, de cada período histórico. Se persiguió, además, la creación de un todo orgánico, que es el fin con que la Universidad aborda todos y cada uno de los problemas de la cultura.

Dentro de las finalidades expuestas, en el mes de marzo tuvieron lugar los tres siguientes conciertos preliminares de la serie:

Jueves 11.—Trío Clásico (música de cámara).

Trío para dos violines y piano. *Couperin*.
Sonata para violín y piano. *Corelli*.
Sonata para violoncello y piano. *Vivaldi*.
Trío. *Rameau*.

Miércoles 17.—Música coral:

I

Summer is Icu Men In. *John of Fornsete*.
Rondel. *Adam de la Halle*.
Vieja Canción Francesa. ?
Frottola. *Crispinus Stappen*.

II

Madrigal. *Arcadelt*.
Mille Regretz. *Pierre de la Rue*.
Canción. *Josquin des Prés*.
Canción. *Josquin des Prés*.
Quand mon Mary. *Orlando de Lasso*.

III

Deliette. *Du Caurroy*.
L'un Apreste la Glu. *Claude le Jeune*.
Batalla de Mariñán. *Clément Janequin*.

Miércoles 31 de marzo. Orquesta Sinfónica:

Concierto Grosso (escrito para la Noche de Navidad). *Corelli*.

Orquesta de cuerda. Grave-Allegro-Adagio-Allegro-Pastoral. Solistas: Concertino. Violines: José Rocabrúna y Ezequiel Sierra. Cello: Francisco Reina R. Dirección: José F. Vásquez.

Mesías. *Haendel*.

Aria para soprano y orquesta.—Solista: María Bonilla. Dirección: José Rocabrúna.

Concierto. *Vivaldi*.

Para tres violines y orquesta. Allegro-Andante-Allegro. Violines: José Rocabrúna, Ezequiel Sierra y Luis Guzmán. Dirección: José F. Vásquez.

Suite. *J. S. Bach*.

Para flautas y orquesta de cuerda. Obertura-Lento-Rondó-(Allegro)-Bourré I y II-Polonesa-Minuetto-Badinerie. Solista: Marino H. Ferreiro. Dirección: José Rocabrúna.

Cantata Universitaria. *J. S. Bach*.

Aria para contralto y coro final. Solista, Coros y Orquesta. Solista: Clementina G. Cossío. Dirección: Juan D. Tercero.

LINGÜÍSTICA ROMANA E INDÍGENA

Estas dos especialidades filológicas han sido aprobadas por la Rectoría, para ser incorporadas a las carreras universitarias del presente año. Los dos cursos serán sustentados en la Facultad de Filosofía y Estudios Superiores.

Hace mucho tiempo se venía notando la falta de profesionistas en estas materias, que son las

de nuestra realidad lingüística. La primera especialidad hará que la cultura filológica que imparte la Universidad se ponga a la altura de la que existe en la Universidad de Buenos Aires o en Chile y a los graduados en ella se les abrirá un inmenso campo de trabajo, muy solicitado y bien remunerado en los centros de enseñanza de Estados Unidos, que siempre buscan maestros de español.

SERVICIO EDITORIAL

Acaba de aparecer el número 12 de la serie "Biografías Populares", que publica la Universidad. Ha tocado el turno al Doctor don Miguel Silva, una de las figuras más prestigiadas y menos conocidas de nuestra Revolución. Desde antes de lanzarse a la lucha, su fama como médico y hombre íntegro había traspuesto los límites de su Estado nativo, Michoacán. La pluma de Alfredo Maillfert, al evocarle, consigue revivir con fino estilo y hábiles toques psicológicos tan señalada personalidad.

En la misma colección de "Biografías Populares", aparecieron con anterioridad los siguientes títulos:

- 1.—"El Doctor Mora", por Salvador Toscano.
- 2.—"Vasco de Quiroga", por Alfredo Maillfert.
- 3.—"Morelos", por Rubén Salazar Mallén.
- 4.—"Altamirano", por Manuel González Ramírez.
- 5.—"Andrés Quintana Roo", por Miguel N. Lira.
- 6.—"Francisco Giner de los Ríos", por Salvador Azuela.
- 7.—"Fray Servando Teresa de Mier", por Alfredo Maillfert.
- 8.—"Justo Sierra", por Alejandro Gómez Arias.
- 9.—"Pedro de Gante", por Paula Alegría.
- 10.—"Ramos Arizpe", por Vito Alessio Robles.
- 11.—"Ponciano Arriaga", por Manuel Ramírez Arriaga.

ANTE LOS LIBROS RECIENTES

Silvio A. Zavala, "*La 'Utopía' de Tomás Moro en la Nueva España y otros Estudios*". Con una introducción por Genaro Estrada. Tomo 4 de la "Biblioteca Histórica Mexicana de Obras Inéditas". México. Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e Hijos. Imprenta Mundial. 1937. ix + 60 pp.

El prólogo del señor Estrada fija con precisión y conocimiento el alcance que tiene este trabajo laborioso de Zavala, gracias al cual la figura de Vasco de Quiroga añade a sus virtudes de apóstol las cualidades de reformador y filósofo, pues el autor va demostrando cómo la organización de la vida

y el trabajo que Quiroga instituyó en los pueblos michoacanos parece totalmente inspirada en las doctrinas que el famoso humanista inglés del Renacimiento dejó sentadas en su "Utopía". Zavala, con su dominio concienzudo del tema que aborda, ha compuesto un ensayo en verdad apasionante y esclarecedor.

Completan el volumen otros dos trabajos: "La doctrina del doctor Palacios Rubios sobre la Conquista de América" y "Hernán Cortés y la teoría escolástica de la justa guerra". Ambos resultan muy valiosos como elementos de información sobre la primitiva realidad jurídica de la Nueva España.

Las numerosas notas que complementan cada estudio, sin duda han de dar nuevas pistas a los investigadores.

Jaime Torres Bodet. "*Cripta*". México. Ediciones R. Loera y Chávez. 1937. 78 pp. e índice.

Este es el primer volumen que publica entre nosotros Torres Bodet, al reintegrarse a México después de una prolongada y fecunda estancia en Europa. Su nueva ruta poética—ya perfectamente definida a través de "*Destierro*", en 1930—encuentra al cabo de siete años un límite extremo de finura y experiencia.

La cripta en que reposan su sueño pasajero ciertas visiones fragmentarias de la vida y los eternos sentimientos del hombre, rompe en este libro su clausura provisional ante el soplo jubiloso de la mejor poesía para reasumir los atributos de la sangre. Y como testigos de la merecida restitución, nos es dado gozarnos en la delicia de treinta y seis poemas realizados en el tono del que aquí transcribimos:

Resaca

Por momentos, el alba te devuelve
una tabla, un tornillo enmohecido
del barco en que hace siglos naufragaste...

Quisieras reunirlos
ahora, en plena luz. Pero los días
veleros son que entregan solamente
al océano en que zozobras
una brújula, un ancla, un nombre escrito
sobre la rueda de un timón...

El nombre
donde una mano, entre gaviotas, blanca,
señala—nave o sueño—tu destino.

Hermínio Ahumada, Jr. "*José Vasconcelos*". México. Ediciones Botas. 1937. 23 pp.

Aunque es difícil condensar en tan reducido número de páginas una vida tan rica en hechos e incidentes como la de Vasconcelos, Ahumada logra trazar una silueta que cobra vigor en su misma brevedad. Nos sale al paso, en estas páginas, el hombre batallador que comparte su pasión entre las especulaciones intelectuales y los caminos del esfuerzo que construye. Y sin forzar el propósito, la sola enumeración escueta de la trayectoria vital del biografiado es suficiente a justificar el subtítulo que Ahumada eligió para su trabajo: "una vida que iguala con la acción el pensamiento".

Rómulo Velasco Ceballos (compilador). "*La Administración de D. Frey Antonio María de Bucareli y Ursúa, cuadragésimo sexto virrey de México*". Tomo II. México. Publicaciones del Archivo General de la Nación. N° XXX. Secretaría de Gobernación. Talleres Gráficos de la Nación. 1937. cix + 421 pp.

La decisión con que el investigador Velasco Ceballos se arrojó al océano de legajos que guarda la historia de la ejemplar gestión de Bucareli, nos deja en posesión de un precioso caudal de documentos para conocer mejor la obra del gran virrey, uno de los más activos y honestos funcionarios que mandó España a su antigua colonia. Resalta en la selección hecha por Velasco Ceballos el tino con que procedió a escoger todo aquello que, a través de los fríos formalismos oficiales, acierta a reflejar la situación económica, eclesiástica y política del país en esa época.

En las cien páginas preliminares de este segundo tomo aparece una excelente reseña, escrita por el mismo compilador, sobre los puntos capitales de la conducta que rigió los actos del funcionario y del hombre.

Manuel Baumgarten. "*10 Poemas a la Luna*". México. S. p. i. 1937. 43 pp.

La luna sugiere al autor imágenes audaces y no pocas veces de buen gusto; pero los recursos expresivos, con travieso designio, le escamotean la eficacia. Ofrecemos un pasaje de uno de los poemas:

Lavan la ropa del niño
en el remanso del río,
la luna le da a la ropa
ternura blanca de nido.
Canta la madre a la luna
que baña el cañaveral.
Lleva un manojo de luna
dentro de su delantal.

Dr. M. García Garófalo Mesa. "*Federico Jova González Abreu*". Discurso de ingreso del Académico Correspondiente... Academia de la Historia de Cuba. México. Antigua Librería Robredo, de José Porrúa e Hijos. 1937. 55 pp.

La personalidad de Jova, una de las figuras destacadas de la Revolución de 1868 en Villaclara, Cuba, es evocada por el doctor Garófalo Mesa con crecido entusiasmo. El mérito mayor de este esbozo biográfico reside en que los datos necesarios para componerlo se hallaban dispersos.

Augusto Arias. "*Panorama de la Literatura Ecuatoriana*". Quito. Imprenta Nacional. 1936. 144 pp. Ilustrado.

En un volumen breve y agradable, el autor nos da una semblanza comprimida del cuadro de las letras ecuatorianas. El examen muestra evidentes muestras de precipitación; no obstante, nada esencial ni de importancia se omitió. Desde luego, constituye un excelente recurso informativo para los estudiosos de la literatura hispanoamericana.

Alejandro Andrade Coello. "*En torno de la Prensa Nacional*". Quito. Imprenta "Ecuador". 1937. 143 pp. e índice.

Libro ameno, lleno de sana doctrina, es el que nos ofrece Andrade Coello. Junto a una visión panorámica de los vicios y virtudes que concurren en la Prensa ecuatoriana, añade algunas normas del periodista moderno, sus bases éticas, su credo moral. Finalmente, enumera algunas publicaciones periodísticas, de preferencia las que aparecieron en Quito durante el siglo XIX y principios del actual. El esfuerzo del autor por interpretar temas tan importantes debe mirarse con suma simpatía.

(En una página de este libro hallamos una anécdota del Barón de Humboldt que transcribimos en seguida. Cuando el insigne naturalista y sociólogo se hallaba en México, nuestro Gobierno le extendió una credencial para que pudiera visitar el interior del país y recibir de las autoridades pleno apoyo. Y fue así como Humboldt llegó a un apartado rincón del país, donde el jefe local quiso atenderlo como mejor sabía; pero al recorrer el poblado el sabio hacía tal cantidad de preguntas, que el indio, perdida la paciencia, se volvió y le dijo: "¿No viene usted con una carta que dice que es un sabio? ¡Y todo tiene que preguntarlo para saber!" Humboldt no perdió la calma y repuso: "Precisamente por esto, porque pregunto, es por lo que puedo llegar a sabio").

María Raquel Adler. *"Buenos Aires, Ciudad y Poesía"*. Buenos Aires. Librería del Colegio. 1936. 137 pp. y colofón. Prólogo de Enrique de Gandía.

——— *"De la Tierra al Cielo"*. (Ensayos literarios). Buenos Aires. Editorial Serviam. 1936. 180 pp., índice y colofón.

La autora abandona momentáneamente el tono místico que es su predilecto, para exaltar las bellezas del Buenos Aires actual e interpretar, penetrándola, el alma que le anima. Su amor a las calles, plazas, avenidas y parques del puerto, no le lleva a hacer un elogio ciego y desatado. Es la mirada de la simpatía la que les da un contorno casi humano, que Raquel Adler sabe transmitírnos con belleza.

En el otro libro, la autora reúne una serie de ensayos sobre mística y de notas de crítica literaria.

Antonio Pérez-Valiente de Moctezuma. *"Fronteras"*. 10 ensayos de interpretación. Buenos Aires. Talleres Gráficos de A. Plantié y Cía. 1932. 191 pp.

——— *"Río de la Plata"*. Romances con tragedia. Buenos Aires. Porter Hnos., impresores. 1936. 112 pp., índice y colofón.

El reputado crítico de arte, descendiente de un lugarteniente español que estuvo en México acompañando a Cortés, nos conduce con este libro a través de un itinerario estético en que se barajan ciudades, montañas, hombres. Sus apreciaciones sobre las estampas japonesas, los tejidos del Báltico, la magia de Toledo y otros muchos temas

afines, contienen sugerencias que denuncian una sensibilidad ágil, juvenil y despierta.

El otro libro canta los hechos de los broncos varones que fueron los primeros en sentar la planta en tierra argentina. Son romances en que la emoción y la elegancia alternan en cabal armonía.

Fermín Peraza y Sarausa. *"La Imprenta y el Estado en Cuba"*. Matanzas, Cuba. Publicaciones de "Amigos de la Cultura Cubana". 1936. 29 pp. Con retrato del autor.

En este fascículo se estudian los orígenes de la imprenta en Cuba, así como sus condiciones durante la Colonia y su desarrollo bajo el régimen republicano.

Miguel A. Macau. *"Flores del Trópico"*. Poesías. Habana. Cultural, S. A. 1936. 158 pp. y colofón.

La versificación de este autor se halla muy lejos de los usos modernos. Sin embargo, en ocasiones acierta a salvarlo cierta ternura expresada en tono menor, como en "El perro del montero". En la descripción del paisaje, Macau sobresa de manera decidida.

P. W. Wilson. *"The Romance of the Calendar"*. New York. W. W. Norton & Co. Inc. 1937. 351 pp.

El autor ha escrito un libro apasionante sobre la historia de los usos y costumbres que ha tenido la humanidad para computar el tiempo. Su examen se prolonga hasta el futuro. Naturalmente, en su cronología se ocupa de los calendarios azteca y maya.

The Harkness Collection in the Library of Congress. *"Documents from Early Peru—The Pizarros and the Almagros—1531-1578"*. Washington. Government Printing Office. 1936. xi + 253 pp.

Es el segundo volumen de la serie de publicaciones hechas por la Biblioteca del Congreso de Washington, en que se dan a conocer algunos documentos de la notable colección de manuscritos españoles concernientes al Nuevo Mundo, que fueron cedidos a aquella institución en 1929 por el señor Edward S. Harkness.

"Annual Report of the Surgeon-General of the Public Health Service of the United States for the Fiscal Year 1936". Washington. Government Printing Office. 1936. vi + 158 pp.

El Instituto Internacional de Cooperación Intelectual (2, rue de Montpensier, París), nos encarga poner en conocimiento de nuestros lectores que acaba de publicar un volumen titulado "Cursos de Vacaciones en Europa" (ediciones en francés, inglés y alemán), que contiene informaciones detalladas sobre 148 cursos diversos que para el presente año se ofrecen a los estudiantes extranjeros en 18 países diferentes.

El precio del volumen es de 7.50 francos.

Instituto Argentino de Derecho Internacional. "*La Nacionalidad en las Repúblicas Americanas*". Trabajo compilado por el Centro de Estudios de Derecho Internacional Público. Buenos Aires. Talleres Peuser. 1936. 115 pp. e índice.

Instituto International de Coopération Intellectuelle. Société des Nations. "*L'Organisation de l'Enseignement Supérieur*". I. Allemagne, Espagne, Etat-Unis d'Amérique, France, Grande-Bretagne et Irlande, Hongrie, Italie, Suede. Paris. Imprimerie Polyglotte Vuibert. 1936. viii + 339 pp.

France V. Scholes (recopilador). "*Documentos para la Historia de Yucatán*". Primera serie. 1550-1561. Publicados por Carlos R. Menéndez. Mérida, Yuc., Méx. Compañía Tipográfica Yucateca, S. A. 1936. xii + 90 pp. Prólogo de J. Ignacio Rubio Mañé.

Se reproducen en este volumen cincuenta y un documentos muy raros que ilustran algunos de los problemas fundamentales tocantes a la administración española en Yucatán en el siglo XVI, concretamente en el período que cubre la primera década transcurrida desde que Montejo fue destituido del Gobierno. Los documentos fueron localizados por Scholes en Sevilla, en Simancas, en Madrid, mientras realizaba investigaciones para la Institución Carnegie.

Luis Humberto Delgado. "*Historia de Antonio Miró Quesada. 1875-1935*". Primer volumen. Lima, Perú. American Express Ltd.. S. a. 209 pp. Con un retrato del biografiado.

Miró Quesada es objeto de riguroso examen como periodista y parlamentario, con ancha simpatía por parte del autor. El director del diario "El Comercio" fue muerto en mayo de 1935.

Dr. Adrián Quirós Rodiles. "*Breve Historia del Hospital Morelos*". México. Imprenta del Departamento de Salubridad. MCMXXXIII. 92 pp. y colofón.

Una monografía muy completa, trabajada con esmero.

William R. Manning, Ph. D. "*Diplomatic Correspondence of the United States*". Inter-American Affairs. 1831-1860. Selected and arranged by... Division of Latin American Affairs, Department of State. Editor of "Diplomatic Correspondence of the United States concerning the Independence of the Latin American Nations". Volume V. Chile and Colombia. Documents 1579-2190d. Washington. Carnegie Endowment for International Peace. 1936. xl + 1,015 pp. Con mapas.

Contiene el volumen varias referencias a México, singularmente en lo que se refiere a la invasión norteamericana en 1847.

Manley O. Hudson. "*International Legislation*". A collection of the texts of multipartite international instruments of general interest. Edited by... Bemis Professor of International Law Harvard Law School with the collaboration of Ruth E. Bacon. Volume V. 1929-1931. Numbers 230-303. Washington. Carnegie Endowment for International Peace. 1936. xli + 1,180 pp.

Alfredo Espino. "*Jicaras Tristes*". San Salvador. Talleres Gráficos Cisneros. 1936. 149 pp. e índice. Ilustrado.

Este tomo de poemas va precedido por una carta-prólogo del finado pensador salvadoreño Alberto Masferrer.

NUESTRO CANJE

NOTICIAS - REFERENCIAS

"*Mercure de France*". (Quincenal). París. Año 48. Tomo CCLXXXIII. Núm. 927. 1º de febrero de 1937.

"*La facultad de invención*", por Georges Duhamel.—"*La lucha por Pushkin*", por Nina Gourfinkel.

"*Mental Hygiene*". (Trimestral). Nueva York. Vol. XXI. Núm. 1. Enero de 1937.

"*La significación de la responsabilidad paterna*", por H. Crichton-Miller.—"*Una aproximación psicológica en ciertos casos de alcoholismo*", por Francis T. Chambers.

"*Annales de l'Université de Paris*". (Bimensual). París. Año 12. Núm. 1. Enero-febrero de 1937.

"*El Consejo Universitario de la Investigación Social*", por Paul Vaucher.

"*Chronique de la Sécurité Industrielle*". (Bimensual). Ginebra. Vol. XII. Núm. 6. Noviembre-diciembre de 1936.

"*La prevención de los accidentes de trabajo en Estados Unidos*", por Ethel E. Johnson.—Referencias a la "semana de seguridad e higiene industrial" celebrada en agosto último en México.

"La Nueva Democracia". (Mensual). Nueva York. Vol. XVIII. Núm. 2. Febrero de 1937.

"*América en peligro*", por Luis Alberto Sánchez.—"El trabajo como función social", por Walter Blomquist.

"Atenea". (Mensual). Concepción, Chile. Año XIII. Núm. 138. Diciembre de 1936.

"Musaraña", por Antonio Marichalar.—"Jacques Bainville, historiador francés", por Manuel Vega.

"The Journal of the American Dental Association". (Mensual). Chicago, Ill. Vol. 24. Núm. 2. Febrero de 1937.

"El uso terapéutico racional de los agentes termales, con especial referencia al calor y al frío", por Sanford M. Moose.

"American Journal of Science". (Mensual). New Haven, Conn. Vol. XXXIII. Núm. 194. Febrero de 1937.

"Sobre posibles causas hidrológicas de pasados cambios climáticos", por Albert Eide Parr.

"Revista del Museo Nacional". (Semestral). Lima. Tomo V. Núm. 2. II semestre de 1936.

Importantes descripciones de exploraciones arqueológicas en los Departamentos del Cuzco y de Puno, con profusión de láminas y fotos.

"The Sociological Review". Londres. Vol. XXIX. Núm. 1. Enero de 1937.

"Estado y Revolución (según Lenin) en la Comuna de París, en la Revolución Rusa y en la Guerra Civil Española", por F. Borkenau.

"The Modern Hospital". (Mensual). Vol. 48. Núm. 2. Febrero de 1937.

La información más extensa y diversa sobre acondicionamiento y organización de hospitales.

"Revista Bimestre Cubana". La Habana. Vol. XXXVIII. Núm. 2. Septiembre-diciembre de 1936.

"Contraste económico del azúcar y el tabaco", por Fernando Ortiz.—"Tres novelas ejemplares", por Juan Marinello.—"Exhortación al optimismo", por José Antonio Ramos.

"La Litterature Internationale". Moscú. Núm. 11. 1936.

Es una antología, al parecer anual. En este número, entre otros trabajos: "Vassa Géleznova", por Máximo Gorki; "Los escolares", por José Arguedas; "Guillermo y Leo Ferrero", por Carlos Rossi. (Se publica en francés, inglés, alemán y ruso).

"The Listener". (Semanario). Londres. Vol. XVII. Núm. 417. 6 de enero de 1937.

"Rubens: humanista, pintor y diplomático", por Douglas Lord.

"Journal of the Royal Institute of British Architects". Londres. Vol. 44. Núm. 6. 23 de enero de 1937.

"Exposición de Arquitectura Británica, 1900-1936, Real Academia de Artes", por el profesor Lionel B. Budden. (Ilustrado).

"Unitas". Manila, Filipinas. Vol. XV. Núm. 6. Diciembre de 1936.

"Un estudio de la legislación social en Filipinas" (en inglés), por Carmen G. Ledesma. La revista es órgano de la "University of Santo Tomas".

"Proceedings of the United States National Museum". Washington. Vol. 83. Núm. 2,997. 1937.

"Examen de los caballos de mar (hipocampos) hallados en las costas de los Continentes americano y europeo", por Isaac Ginsburg. (Publicación de la Institución Smithsonian).

"Power". (Mensual). Nueva York. Vol. 81. Núm. 2. Febrero de 1937.

Valiosa revista técnica sobre generación de fuerza eléctrica, transmisiones y todo género de similares aplicaciones a la industria.

"Revista Estomatológica de Cuba". (Mensual). Año IV. Núm. 9. Enero de 1937.

"Correlación de las glándulas endocrinas con el aparato dentario", por Carlos A. Criner García.

"Revue Scientifique". (Bimensual). París. Año 75. Núm. 1. 15 de enero de 1937.

"La física nueva y los quanta", por L. de Broglie; "La restauración de los iguanodontes de Bernissart", por V. van Straelen; "El problema del petróleo sintético", por Y. Mayor.

"Boletín de la Sociedad de Biología de Concepción" (Chile). Tomo X. Núm. 2. Año 1936.

"Sobre cultivos de las amibas y diagnóstico de laboratorio de la amebiasis", por Amador Neghme R.; "Aneurismas aórticos y mesaortitis lúética en el material de autopsias", por Guillermo Jara A.

"Abside". (Mensual). México, D. F. Núm. 2. Febrero de 1937.

"Tres poemas aztecas" vertidos del náhuatl y anotados por Angel María Garibay K.; "La ciudad", notas para estudiar su sociología, por Mariano Alcocer; "Don Cayetano de Cabrera y Quintero" (para la historia del humanismo en México), por Gabriel Méndez Plancarte.

"Scientific Papers of the Institute of Physical and Chemical Research". (Mensual). Tokio. Vol. 31. Núms. 671-675. Enero de 1937.

"Estudios sobre requisitos dietéticos en la lactancia", por W. Nakahara, F. Inukai y S. Ugami.

"Revue Bleue". (Bimensual). París. Año 75. Núm. 2. 16 de enero de 1937.

"Intimidad", por Marcel Arland; "Al margen de la nueva Constitución Soviética", por el conde A. Soltykoff.

"Revista Médica Veracruzana". (Mensual). Veracruz, Méx. Tomo XVII. Núm. 2. 1º de febrero de 1937.

"Cómo se podría hacer la lucha antipalúdica en la República Mexicana", por el doctor Samuel Morones.

"Nosotros". (Mensual). Buenos Aires. Año I. Segunda época. Núm. 9. Diciembre de 1936.

"La posteridad de Montaigne en España", por Ricardo Sáenz Hayes.

"Musical America". (Bimensual de octubre a mayo y mensual de junio a septiembre). Nueva York. Vol. LVII. Núm. 2. 25 de enero de 1937.

Contiene una nota sobre la publicación, en California, de varias composiciones para piano, de Carlos Chávez.

"The National Geographic Magazine". (Mensual). Washington. Vol. LXXI. Núm. 3. Marzo de 1937.

"La Danza Indígena Mexicana del Palo Volador", por Helga Larsen.—"Las primeras fotografías en color de la estratósfera", por Albert W. Stevens.

"The Architectural Forum". (Mensual). Nueva York. Vol. 66. Núm. 3. Marzo de 1937.

Contiene una completa y profusa información sobre el magnífico Auditorium de la ciudad de Kansas, recientemente construido.

"Anales de la Universidad Central". (Trimestral). Quito, Ecuador. Tomo LVII. Núm. 298. Octubre-diciembre de 1936.

"Los Orígenes del Hombre Americano", por Luis Baudin.

"The American Journal of Physiology". (Mensual). Baltimore. Vol. 118. Núm. 3. 1º de marzo de 1937.

"La Distribución de la Glucosa entre las Células de la Sangre y el Suero", por Kalmen A. Klinghoffer.

"The School Review". (Mensual). Chicago, Ill. Vol. XLV. Núm. 3. Marzo de 1937.

"Condiciones para la Inscripción en Preparatoria Según las Regiones Geográficas y los Sexos", por Harold H. Punke.

"L'Odontologie". (Mensual). París. Año 58. Vol. LXXV. Núm. 2. Febrero de 1937.

"El Problema del Tartamudeo", por el Dr. A. Ombredane.

"Modern Music". (Bimensual). Nueva York. Vol. XIV. Núm. 2. Enero-febrero de 1937.

"El Nuevo Horizonte Musical", por Roger Sessions.—"Americanismo Musical", por Irma Goebel Labastille (con referencias a México).

"Revue Internationale de Sociologie". (Bimensual). París. Año 45. Núms. I-II. Enero-febrero de 1937.

"Ensayo Sociológico Sobre la Libertad Humana", por el Prof. Traian Braileanu.

Universidad Nacional de La Plata. "Extensión Universitaria". La Plata (República Argentina). Entrega segunda. 1936.

"La Extinción de las Faunas Actuales: Responsabilidad del Hombre en el Epílogo del Cenozoico", por Angel Cabrera; "La Enfermedad de Heine-Medin", por Fernando Schweizer; "Los Poetas del Sigilo", por Arturo Capdevila; "La España de Bécquer", por José A. Oría; "Técnica de la Decoración Teatral Moderna", por Rodolfo Franco.

"The Journal of Philosophy". (Quincenal). Nueva York. Vol. XXXIV. Núm. 5. 4 de marzo de 1937.

"La Etica Desde el Punto de Vista de la Ciencia Moderna", por Harold Chapman Brown.

"La Revue Musicale", (Aparece nueve veces al año). París. Año 18. Núm. 171. Enero de 1937.

"La Influencia de la Música Sobre la Pintura Simbolista", por J. Gaudefroy-Demombynes; "Música en Cuartos de Tono y el Medio de su Realización Práctica", por Wyschne-Gradsky.

"Surgery Gynecology and Obstetrics". (Mensual). Chicago, Ill. Vol. 64. Núm. 3. Marzo de 1937.

"El Factor Seguridad en la Anestesia Aplicada a la Espina", por el Dr. Gerald H. Pratt.

Columbia University. "Bulletin of Information". (Semanario). Nueva York. Serie 37. Núm. 11. 27 de febrero de 1937.

Detalles completos sobre los cursos profesionales de Optometría para 1937-1938.

I M A G E N E S

F R A N C I S C O G O I T I A

ES un caso único. Alejado de la ciudad, de los círculos artísticos, de la "corriente oficial", Goitia vive dando clases de dibujo a los niños de las escuelas de Xochimilco, dentro de una modestia acorde con su labor. Su pintura, de una pureza de sentimiento y de una profundidad emotiva incomparable, merece uno de los primeros lugares de la plástica mexicana.

Nació en Zacatecas. Vino a México muy joven y estudió en la Academia de Bellas Artes. Trabajó como impresor de aguas fuertes y, en 1904, fue a Europa. Viaja por Italia. En España estudia con Francisco Galí y expone en Barcelona, donde el museo local adquirió una colección de sus obras. En 1912 vuelve a México. Se incorpora a las fuerzas revolucionarias del General Angeles y está presente "como artista atento al movimiento social de la época" en las luchas del Norte de la República. Al triunfo de la facción carrancista, volvió a la ciudad de México. Don Manuel Gamio lo comisiona para hacer estudios sobre la población y el valle de San Juan Teotihuacán, y va a buscar "el dolor de la raza a través de sus sufrimientos pasados y presentes". Su actividad como pintor, hasta entonces limitada a experimentación y estudio, encuentra la inspiración buscada. La tierra, la raza, sus aspectos expresivos, los revela en su cultura con interpretaciones personalísimas en las que la miseria, la tristeza y el sufrimiento del hombre son el trasunto social de la obra. Una

gran cantidad de estudios, apuntes y bocetos—carbones, pasteles y acuarelas—existentes en el salón de recibo del Subsecretario de Educación Pública, unos y otros en poder de particulares, han quedado de esas fechas.

En 1924, en ocasión de las conferencias dadas en el Instituto Carnegie de Washington, D. C., por don Manuel Gamio, a quien se debe la obra hecha en México por Goitia, fue expuesta una colección de sus pinturas. Va a Oaxaca en 1925 a estudiar la raza indígena. Continúa pintando al óleo con técnica propia y distinguida que expresa la impresión buscada de una apariencia tenebrosa y arcaica como el sentimiento martirizado de las figuras que pinta. Escenas de la revolución, "pobres", mendigos, heridos, gentes del pueblo agobiadas por su miseria artística y moral, a las que el trazó impreciso, esquivo, y los colores grises, remotos, diluídos en pinceladas de tonos lejanos dan el aliento de su misma vida, son los temas de estas obras que su devoción y espontaneidad han humanizado con emoción de artista.

Goitia, espíritu místico, intoxicado por su propia emoción, es el caso de un artista como los de la Edad Media, porque, más que un caudal de experiencias y nuevos procedimientos técnicos, deja a su raza y a su época un sentimiento de comunión con el género humano.

AGUSTIN VELAZQUEZ CHAVEZ

J U L I O C A S T E L L A N O S

EN Julio Castellanos se da el caso singular de un artista que después de una revisión atenta de escuelas antiguas e influencias modernas, ha tenido el suficiente dominio sobre sí mismo para mantener su propio equilibrio y escapar a las tácitas sollicitaciones extrañas ante las que tantos pintores bien preparados, pero impacientes, sucumben.

Después de sobresalir en el dibujo hasta un grado en que no vacilaríamos en calificarlo de joven maestro, su aptitud plástica encontró en la pintura un camino que ahora recorre con paso excepcionalmente seguro. Entre los muralistas mexicanos, ya desde su primer trabajo—realizado en Coyoacán—mostró un definido arraigo en el género.

En cada una de sus actividades pictóricas, Julio Castellanos muestra una capacidad difícilmente igualable para resolver los volúmenes. Sus figuras corresponden siempre a una voluntad inflexible de integridad y pureza. Y no busca sólo la perfección formal: sabe colocarlas y definir-

las, mediante el expresivo lenguaje del tacto, en ambientes de poesía.

Cuando el espectador tiene ocasión de revisar un óleo de Castellanos y se detiene a comprobar esas calidades inusitadas, densas y sin mancha que son su principal característica, de nuevo se inserta en sus ojos el testimonio de la obsesión del pintor por ir definiendo la forma con arrojo creciente cada día. Esto mismo se puede apreciar en sus litografías.

El fresco que pintó en Coyoacán es algo así como una síntesis de las virtudes pictóricas que concurren en Castellanos; pero debe añadirse la segura elegancia con que acertó a resolver las dificultades por él mismo provocadas, así como su visión certera para llenar los espacios del modo más armonioso y decisivo.

MIGUEL N. LIRA

I M A G E N E S

FRANCISCO GOITIA

O L E O S



JULIO CASTELLANOS

O L E O S

F R E S C O





O l e o
F. GOITIA



O l e o

F. GOITIA



O l e o

F. GOITIA



F r e s c o

I CASTELLANOS



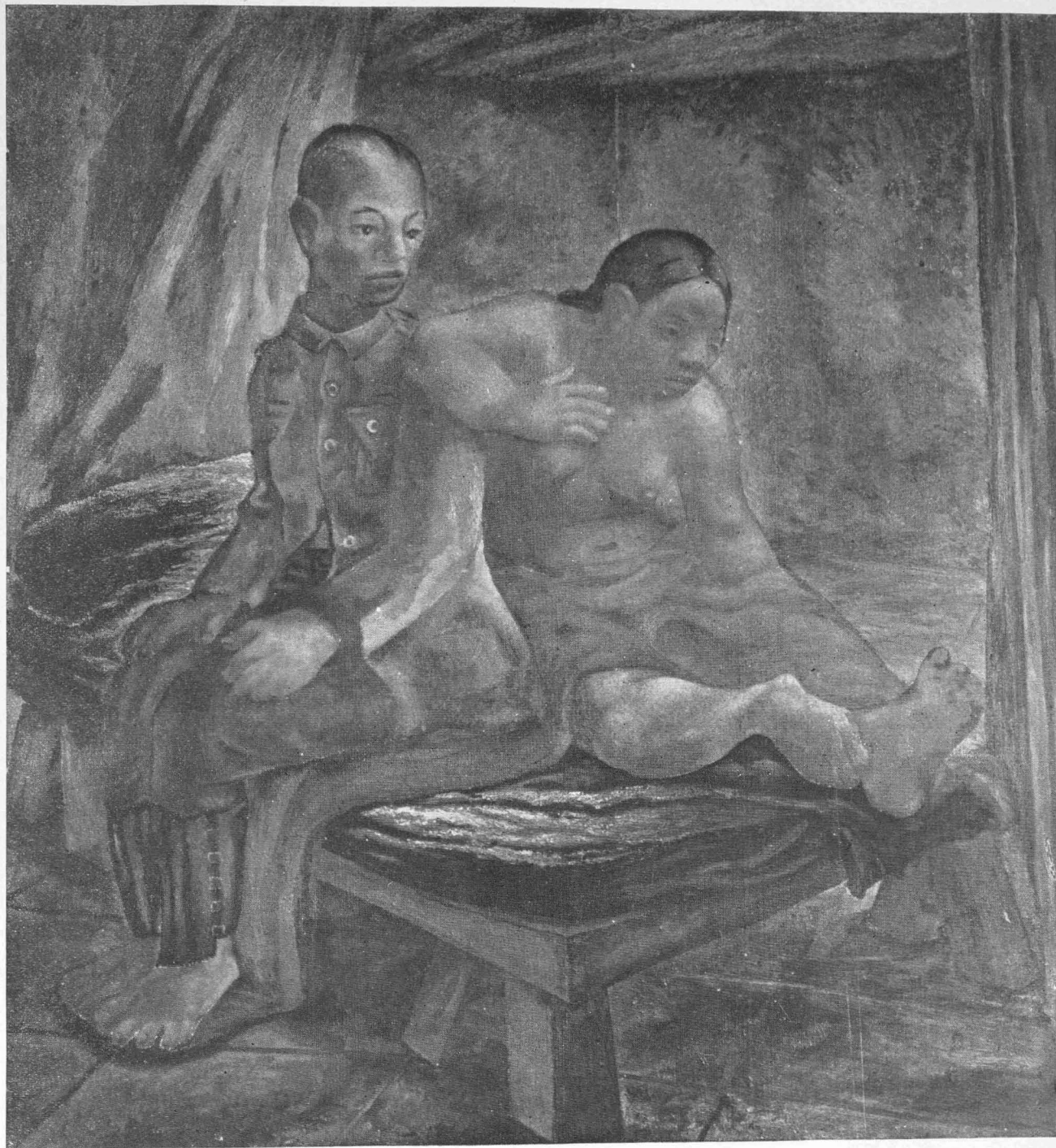
Fresco. --- Detalle

J. CASTELLANOS



O l e o

J. CASTELLANOS



O l e o

J. CASTELLANOS

PANORAMA

3.

¿VAMOS HACIA EL COMUNISMO?

Debate condensado de "The Forum", New York.

I. AMERICA RECHAZA EL COMUNISMO

Por Everett Dean Martin

PUEDE conocerse a un hombre por los dilemas que se plantea. Los comunistas creen que el pueblo norteamericano debe decidir si su nación ha de hacerse comunista o fascista. Lo que equivaldría a preguntar a un hombre sencillo dónde prefiere ver transcurrir su vida, si en Pekín o en Estocolmo, pues es un dilema basado en dos falacias; supone, en primer lugar, que la democracia liberal es ya cosa muerta, y, en segundo, que existe entre el comunismo y el fascismo una diferencia real y efectiva.

La diferencia existente entre comunistas y fascistas es meramente accidental. Ambos sustentan en común, tres principios, los tres tan destructores, que nada significa, en realidad, el que lleguen a ser puestos en vigor por un partido o por otro. Estos postulados son: 1, la revolución; 2, la dictadura; 3, el Estado corporativo.

Tanto el fascismo como el comunismo son movimientos revolucionarios. Ambos sostienen que las formas de gobierno constitucional deben ser destruidas. Ambos claman por la violencia, y ven en ella el medio adecuado para instaurar el dominio de un grupo minoritario. Ambos sostienen que el terrorismo se justifica plenamente, pues afirman que el partido revolucionario es el único que en verdad representa a las masas. Los fascistas prefieren dar a las masas el nombre de "nación"; los comunistas el de "proletariado".

Pero comunistas y fascistas están conformes en exterminar a los liberales burgueses.

Los comunistas quisieran convencernos de que la dictadura fascista es la de los reaccionarios del capitalismo, en tanto que la de los comunistas es la dictadura de todos los trabajadores. Una y otra tesis carecen en absoluto de realidad. Ciertamente que los líderes fascistas, al igual que los nazis, pudieron contar en un principio con el apoyo de unos cuantos capitalistas, pero la gran mayoría de los industriales, así en Alemania como en Italia, eran liberales burgueses y no deseaban ni el fascismo ni el comunismo, sino un statu quo. Más, todavía, no debe olvidarse el doble hecho de que Mussolini es un antiguo socialista, y que los nazis forman dentro del Nacional-Socialismo. Los industriales pronto pudieron darse cuenta, tanto en Italia como en Alemania, de que bajo la dictadura habían perdido todas las garantías individuales y constitucionales, respecto a sus derechos de propiedad privada. La cosa a nadie debe sorprender, porque ningún derecho se mantiene en pie bajo la dictadura.

Por otra parte, es falso también que el comunismo signifique la dictadura de los trabajadores. Es una dictadura sobre las clases laborantes, instaurada por un grupo de políticos radicales que odian el trabajo. Efectivamente, el comunismo ruso no fue establecido por una espontánea irrupción de los trabajadores, sino mediante una conspiración en que los políticos hicieron suya la fuerza de un ejército de soldados desertores y de campesinos famélicos. La burocracia comunista va constituyendo cada día una nueva clase política que pesa abrumadoramente sobre la masa de los trabajadores rusos.

Nadie podrá instaurar la dictadura en una nación que cuenta con una tradición de puritanismo. Nuestro pueblo ha derivado sus enseñanzas de la opinión unánime de los grandes maestros de la política del mundo de habla inglesa: Locke, Burke, Jefferson, Jackson, Lincoln; y estima, por consiguiente, que la dictadura es una tiranía, y que las tiranías constituyen la peor forma de gobierno. Por lo demás, nuestro pueblo ha tenido ya la ocasión de ver cómo actúan las dictaduras, tanto en la Alemania nazi como en la Rusia comunista: campos de concentración, aprehensiones nocturnas, gentes condenadas sin prueba, y condenadas por tribunales revolucionarios, sin que se les deje siquiera la oportunidad de saber en qué consiste la acusación y quiénes son los acusadores; crueles e insólitas sanciones, terror, espionaje y favoritismo... Los comunistas debieran no olvidar que en este país existe una Carta Magna, redactada precisamente para prevenir las inevitables prácticas de las dictaduras. Si piensan que los norteamericanos no saben estimar su Constitución, que intenten arrebatárnosla... Observo, por lo demás, que los comunistas son los primeros en pedir protección, en cuanto alguien pretende estorbar su propaganda de ideas radicales.

Nuestra lucha en pos de las libertades constitucionales se remonta al siglo XIII. Es la herencia cultural de los pueblos de habla inglesa. Es nuestra aportación a la civilización moderna. Sin duda el liberalismo había muerto en Rusia, en Italia y en Alemania;—en realidad nunca en tales países llegó a vivir con fuerza. Y nadie debería olvidar que en el transcurso de los siglos XVIII y XIX, a través del mundo entero, siempre que los hombres han luchado por la libertad, las ideas por las cuales pugnaban, eran, justamente, las de los países de habla inglesa—el Gobierno parlamentario, el respeto a la ley, la Carta constitucional...

Es de una bárbara intransigencia afirmar que estos principios se limitan a defender los intereses de la clase capitalista, ya que existieron mucho antes de que hubiese capitalistas en el mundo, y son la expresión política de una filosofía de relaciones humanas que la historia ha opuesto siempre como la única barrera contra la tiranía, el estancamiento y el terror. Con estas ideas han venido al mundo todos los progresos modernos: industriales, científicos, pedagógicos. El liberalismo no morirá mientras los americanos sepan asumir su responsabilidad de hombres libres y sostener incólume la libertad de pensamiento.

II. EL COMUNISMO ESTA EN EL HORIZONTE

Por Earl Browder, secretario general del Partido Comunista de los Estados Unidos.

Hoy, que la vasta mayoría de nuestro pueblo no se ha puesto aún a considerar el origen y posibles consecuencias de este movimiento, fácil es,

como lo hace Mr. Martin, asegurar que los norteamericanos no quieren el comunismo ni el socialismo (esta última doctrina es, en realidad, lo que los comunistas proponen como siguiente etapa del desarrollo social). Los americanos desean actualmente cosas que ya el sistema capitalista no puede ni podrá darles, y su lucha por conseguir las les llevará finalmente al socialismo.

El Partido Comunista afirma que se trata actualmente de democracia contra fascismo, no de socialismo contra capitalismo, ni de comunismo contra fascismo. Los comunistas en América, y en todos los países en que las tradicionales instituciones democráticas se hallan en peligro por el advenimiento del fascismo, se hallan colocados completamente del lado de la democracia. Nunca hemos dicho que la democracia haya muerto; lo que sí afirmamos es que los altos círculos del capitalismo absorbente han decidido darle muerte. Señalamos aquí a Hearst, al mismo tiempo que la "Liberty League", claro ejemplo de tendencia fascista, cuya táctica ha sido adoptada por el Partido Republicano. Declaramos, enfáticamente, que los comunistas no abogan por la violencia. Por el contrario, siempre hemos afirmado los comunistas que la violencia proviene de los esfuerzos desesperados de una minoría de reaccionarios contra las masas populares. Los comunistas aceptamos que los "principios" de nuestra revolución provienen íntegramente de la declaración de Independencia de Tomás Jefferson y Tom Paine; y lo único que añadimos a esos principios es una mayor comprensión del papel de las clases sociales, de las fuerzas de producción y de los detalles de la sociedad moderna.

Los comunistas no abogamos por la dictadura de un partido. Pedimos una más amplia democracia; sufragio universal; elección directa de todos los gobiernos; igualdad representativa; libertad de pensamiento, de palabra, de prensa, de reunión; garantías plenas para el trabajo, para la educación y para el descanso.

El pueblo americano ha creado un poderoso sistema de fuerzas productivas, equiparable a casi todos los del resto del mundo, combinados. Pero las posibilidades de bienestar común que deberían ser inherentes a esta magnífica riqueza nacional, se ven negadas constantemente en la realidad y, periódicamente, todo el sistema cae en una crisis que causa enormes penalidades a decenas de millones. El pueblo americano tiene consciencia de este problema, y tiene consciencia de que el origen de él está en el acaparamiento de la propiedad privada y la absorción de nuestro sistema de producción por un reducido grupo de familias ricas: los acaparadores de Wall Street. El naciente movimiento de los Farmer Labor, por ejemplo, es un primer paso de las organizaciones populares para resistir a este supergobierno oligárquico, para recobrar el derecho a la vida propia y buscar así una solución al principal problema: hacer que el maquinismo venga a contribuir al bienestar de todos y no a su degradación.

Nosotros los comunistas creemos que la mayoría del pueblo llegará eventualmente a aceptar la

contención comunista; que la solución final del problema debe ser la propiedad social y el control de las fuentes de producción; esto es, que el nuevo orden social y económico, conocido con el nombre de socialismo, es una etapa transitoria entre el capitalismo y el comunismo. Este paso del capitalismo al socialismo es lo que se llama la revolución.

El cargo de que los comunistas claman por la violencia es sencillamente la repetición de una antigua calumnia. Los comunistas no piden la fuerza y la violencia, antes bien, quieren eliminarlas del mundo social. El Partido Comunista es un partido legal. Claro está que los comunistas no son pacifistas; creen en la necesidad de la lucha, siempre que sea para defender la democracia y la libertad.

No serán los comunistas quienes acepten el postulado de comunismo contra fascismo. No sólo, sino que rechazamos también el de socialismo contra capitalismo. Afirmamos que, en la actualidad, la tendencia dominante debe ser la defensa de la democracia contra las fuerzas de la reacción, el fascismo y la guerra. En estas circunstancias, los comunistas están sin reservas del lado de la democracia y piden la formación del frente popular para su defensa.

El pueblo norteamericano no se halla aún listo para el cambio decisivo del capitalismo al socialismo. Pero, a través de las necesarias organizaciones para defender sus medios de vida y sus derechos democráticos, bajo las condiciones de un sistema capitalista que cada día se encuentra en peor bancarrota y pierde más terreno, el pueblo americano, en un futuro ya próximo, no sólo sentirá la necesidad del socialismo, sino que llegará a encontrar la posibilidad de hacer efectiva su elección. Y, cuando la mayoría del pueblo americano quiera el socialismo, lo tendrá.

III. REFUTACION

Por Mr. Martin

El señor Browder dice que el comunismo no clama por la violencia. Pero Lenin dice, en su libro "El Estado y la Revolución": "La liberación de las clases oprimidas es imposible, no sólo sin una revolución violenta, sino también sin la destrucción del poder del Estado. El Estado tendrá que ser reemplazado por una especial fuerza represiva del proletariado, tendiente a la supresión de la burguesía".

Marx había dicho: "Debe armarse inmediatamente al proletariado, con rifles, cañones y municiones". Centenares de textos semejantes podríamos citar, tomados de los líderes del comunismo. Trostki, en su "Historia de la Revolución Rusa", alardea del éxito que obtuvo al armar al proletariado en el "golpe de Estado" de marzo 25 de 1917.

La violencia es la condición natural de la dictadura comunista: ni Lenin ni Marx tratan de negarlo. Lo que hacen es culpar de esta efusión de sangre a las víctimas, que es como si un ladrón armado se entrase en nuestra casa, y nos dijese: "no; yo no quiero la matanza. Pero usted será responsable si me opone resistencia".

La aseveración de que los comunistas se hallan sinceramente del lado de la democracia es muy poco convincente, si se atiende al hecho de que los comunistas rusos ganaron el poder estableciendo un Gobierno, precisamente en el momento en que, mediante una convención electoral, debida al sufragio efectivo del pueblo ruso, se había llegado a una era constitucional y, además, también, precisamente cuando los candidatos comunistas habían sido derrotados en una proporción de seis a uno. Y, cosa aún más extraña: estos apasionados comunistas demócratas (!) están soportando hace 17 años la dictadura de Stalin, ¡en el único país en que el comunismo prevalece!...

Si se leen los escritos comunistas clásicos, por todas partes se encontrará la hostilidad hacia el Estado democrático burgués. La simulación de democracia por los comunistas es una táctica revolucionaria, enseñada por Marx y seguida por los comunistas, siempre que se encuentran necesitados del apoyo liberal. El plan consiste en aliarse temporalmente con los liberales, en contra de una exagerada amenaza del fascismo.

La Constitución de los Estados Unidos no es un producto revolucionario. La llamada "revolución americana" no fue una revolución social, sino una lucha por la independencia nacional. Y, prácticamente, cada estatuto de la Constitución puede encontrarse en las Constituciones de varios Estados de la Unión, muchos de los cuales existían ya, largo tiempo antes de la revolución americana.

También es falso que el comunismo represente a los trabajadores organizados de América. El trabajador americano no se siente como clase social, ni es revolucionario. Envía a sus hijos a las escuelas superiores, juntamente con los hijos de otros grupos sociales; tiene ambiciones burguesas, le encanta el cine burgués; quiere tener su hogar propio, y su automóvil propio—y millares de obreros satisfacen estos deseos. El obrero americano sabe sentir la patria. Y, libremente, votará—; unas veces por el New Deal y, otras, por la Ley Proteccionista de Tarifas.

Los americanos nunca han conocido los privilegios de herencia tradicionales que han prevalecido en otros países. Existen diferencias y aun conflictos. Empero, los americanos no aceptan la idea de clases.

Nunca he temido, menos que hoy, que el comunismo gane terreno en América. Pero confieso, en cambio, mis temores ante la propaganda comunista, pues tiende a dividir al pueblo, le lleva a los peores excesos y le obliga a tomar posiciones que, en los mejores casos, son solamente a medias verdaderas, siendo, por todo ello, causa de que las multitudes pierdan su buen juicio.

Los Caciques

Por RAFAEL SOLANA

ASISTI a la representación de "Los Caciques", por el teatro de la Universidad, con temor. Imagino la zozobra con que un gran aficionado a Miguel Angel escultor debió presentarse en la Capilla Sixtina a conocer las pinturas del coloso. En mi siglo no se estilan los Miguelángeles, ni, quizás, los aficionados del corte de los renacentistas. Sin embargo, si en el cielo estrecho de las artes en México se levanta la vista, en lo alto, al lado solo de un par de pintores, y alguna otra persona más que me escapa, se ve, genio tutelar de nuestras letras, y el más grande de nuestros escritores, a Mariano Azuela, cuya labor novelística es sin duda la más valiosa flor de la literatura mexicana de este siglo, consagrada dentro y fuera del país. Soy el más respetuoso y el más entusiasta, al mismo tiempo, de los lectores de Azuela. Sus obras, aquí, en esta tierra y en este momento, me producen la admiración y el cariño que a los florentinos y a los romanos pudieron producirles las de Miguel Angel. ¿Cómo no sentir cierta emoción, confianza y miedo extrañamente mezclados, al acercarme a una cosa distinta, y por primera vez intentada por el artista? ¿Cómo no sentir el terror de encontrar una insuficiencia, un descalabro, una decepción, y, al mismo tiempo, el ansia y la esperanza del que vuelve a ver a una persona querida, aun cuando sepa que la va a encontrar cambiada, más probablemente para mal que para bien?

Ya en una ocasión la obra más popular de Azuela, la que mayor prestigio le ha dado fuera de su patria, pues que está traducida incluso a los más exóticos idiomas, fue puesta en escena. Pese a las magníficas intenciones de quienes acometieron la empresa, "Los de Abajo" fue un fracaso en la escena. Ahora fue el autor mismo quien se atrevió a trasplantar, con sus propias manos, esa delicada planta que es la emoción estética, que desfallece y muere casi siempre que es cambiada de sitio. El novelista que consiente en pasar su obra al teatro, es como si la desnudara, renunciando al adorno tantas veces necesario que es el vestido, el detalle; la preparación espiritual y psicológica del lector, inclusive. En el teatro la obra tiene que imponerse por su movimiento, por su acción, sin contar con el apoyo del autor que, en la novela, la lleva de la mano, como Virgilio a Dante, por sobre el Infierno que es la mente receptiva, lector en un caso, público en el otro. En ningún momento puede acudir el artista en auxilio de sus personajes, una vez que les ha permitido salir a la escena; deben andar, hablar, vivir solos, y de una vez, sin que

el espectador pueda detenerse a verlos mejor, a repasarlos. A sabiendas del peligro, Mariano Azuela se impuso el sacrificio. Como quien desnuda a una lechuga, quitándole, quizás, lo mejor, el novelista arrancó de su novela la parte que, arropándola, uniéndola como la mezcla a los ladrillos, le daba el tono y el estilo. ¿Habrá en esa lechuga suficiente corazón para valer por sí mismo? ¿Podrá la muralla resistir, convertida en sólo un acumulamiento de piedras, a la manera de Micenas?

Sí; sin duda alguna que sí. "Los Caciques", obra de teatro, es, naturalmente, obra de mérito literario inferior a "Los Caciques", novela. Quien haya de leerla, léala entera, en su forma original. Pero para quienes la leen, hay ya un nuevo medio de conocer la obra magistral del gran artista, y para quienes porque ya la conocían, la aman, es un nuevo deleite oír la y verla soberbiamente montada e interpretada magníficamente. A un artista de la talla de Azuela, sólo deben interpretarlo sus compañeros, los que, aunque en otro arte, el de la representación teatral, sean también grandes artistas. Y la Universidad supo reunir un completísimo grupo de actores, escenógrafos, director, que por todos conceptos supo hacer alto honor a la obra representada. Ya la Montoya había anunciado la pieza; ignoramos si fue una sabia medida de precaución o solamente una providencial casualidad quien libró al arte mexicano de tan terrible amenaza. Puesta por una compañía de comerciantes, de simples jornaleros del teatro, la obra se habría hundido. Puesta por artistas, sentida con criterio artístico, y no con simples miras a la taquilla, "Los Caciques" constituye uno de los más sólidos, o el más sólido entre los raquíticos y espaciados triunfos del teatro nacional.

Llamará la atención del aficionado el hecho curioso de que la única obra positivamente mexicana, por la forma, por el espíritu, por todo, que hemos visto últimamente, haya sido puesta por una compañía que no hace con nacionalismo su propaganda, mientras que en la felizmente extinta temporada de cuatro meses de "comedia mexicana" sólo vimos traducciones del húngaro o recetas de cursilería por desgracia esperantizada internacionales.

El triunfo de "Los Caciques" no debe atribuirse exclusivamente al autor de la obra. Muchas veces otras obras magistrales han ido a la ruina por falta de comprensión en los actores, y en la organización toda. Esta vez, bajo la dirección de Julio Bracho, cuyo elogio no es necesario hacer, puesto que lo hacen sus obras todo conspiró para el éxito, el más grande hasta hoy de teatro mexicano. Una escenografía completa, llena de alma, despidiendo espíritu, como las flores despiden su aroma, y contrastando con las decoraciones de papel pintado, flores también, qué falsas y qué mustias, a que nos han acostumbrado las compañías no artísticas. Un vestuario, también de Julio Castellanos, intencionado y con vida propia. Y una interpretación

de todos y cada uno de los personajes en que no es posible decidir los aplausos por las personas preparadas todas, todas comprensivas y todas artistas, o por la mano que las reunió, con tan admirable perfección y con tal unidad. Particularmente digno de mención es el mérito de Isabela Corona, la artriz sobre cuyos mudos labios cae la tragedia, pues que no teniendo su papel lucimiento propio, pequeño y casi completamente mudo, sabe transmitir al público todas las emociones que, si se pueden beber en la intimidad de la novela, desde la distancia del prosenio habrían empalidecido y aún desaparecido, encargadas a otra intérprete.

Quienes creen en el teatro mexicano aún, vean ahora este camino, el único con posibilidades. Han fracasado ya tres temporadas de lo que se llamó "comedia mexicana". Ha triunfado, en cambio, esta obra. ¿Cuál es la lección? Desde luego, que México debe enorgullecerse de tener buenos autores, no de tener muchos. Un solo Azuela vale infinitamente más que cien escritores y escritrices recolectados en las huestes de la clase media del talento. Una obra como "Los Caciques", aún con sus defectos de técnica teatral, sin duda graves y frecuentes, es un triunfo mucho mayor que una docena de imitaciones de todos los teatros europeos, viejos y nuevos. Y, segunda enseñanza, que la salvación del arte debe ser encomendada a los artistas, a quienes con preparación, gusto y talento, puedan hacer una labor cultural, y no a asociaciones comerciales de gentes dedicadas al teatro para vivir, como pudieron dedicarse a otra, y a las que llamar artistas sería tan grave desacato como llamar poetas a las taquígrafas, aunque les dicten versos a veces. La Universidad ha sido esta vez quien ha tomado en sus manos esta difícil bandera. Ojalá sepa sostenerla airoosamente. Que el triunfo de "Los Caciques" no sea el único.

(De "Diario del Sureste". Mérida, Yuc.)

Leon Feuchtwanger contra André Gide

EL ESTETA EN LA U. R. S. S.

CUANDO André Gide, a su vuelta de un viaje al fondo del Africa, se declaró comunista, su conversión no fue, en suma, sino estética; fue una crisis de sentimentalismo en un escritor sensible, cuyos nervios se habían estremecido a la vista de los sufrimientos que soportaban los negros explotados del Congo. Sin embargo, en la U. R. S. S. se acogió como una convicción política todo lo que Gide decía en su hermoso libro sobre este viaje al Africa. En realidad, no existía tal convicción. El "comunismo" de Gide no era un resultado de reflexio-

nes lógicas; el escritor se había encontrado simplemente en tal estado de espíritu, como hubiese podido también afiliarse al catolicismo y a adoptar a Jesús y María de la misma manera que había adoptado a Marx y Lenin.

Por lo demás, no hay duda de que Gide hizo su viaje a la U. R. S. S. con una idea preconcebida y errónea: había entendido mal el proyecto de la Constitución soviética y confundió la verdadera democracia—a la cual se ha llegado en la U. R. S. S.—, con la democracia formal; exterior, de los países de la Europa occidental. Así es que se sintió profundamente desilusionado, al no encontrar en la U. R. S. S. la libertad de opinión y de prensa, en el sentido occidental. Se entristeció al ver que los soviets no sentían ningún deseo de cambiar su socialismo por el parlamentarismo europeo.

André Gide viajó por la U. R. S. S., en el estado de espíritu de un parisiense refinado, irónico, egocentrista, convencido de que París es el centro del mundo. Miraba sin interés alguno todo lo que de grande ha sido realizado en la U. R. S. S.; pero, en cambio, su atención era atraída por algunos signos innegables de esa falta de buen gusto que es patente en algunas partes de Rusia. Así como, durante largos años, los franceses no reconocieron sino a regañadientes el genio de Shakespeare, acusándolo de barbarie, de mal gusto, de salvajismo, de la propia manera Gide vió con ojo crítico algunos defectos soviéticos, cierta falta de confort y de gusto. Pero en cambio no supo apreciar la grandeza del conjunto.

La U. R. S. S. ha llegado a ser tan poderosa, y su consolidada y razonable existencia, es un hecho tan evidente, que cuanto de ella se dice viene a ser prueba decisiva más bien de las cualidades del observador que del objeto observado. Mejor que lo que hace falta, deben verse en la U. R. S. S. las inmensas realizaciones de un socialismo que ha hecho a este país más rico, más poderoso y más desarrollado intelectualmente. El confort no es allí, sin duda, el mismo que se exige en la Europa occidental, y así, por ejemplo, en los *waters* se hallan papeles de periódico, en lugar del papel higiénico. A Gide le pareció que debía concentrar su atención en esta ausencia de papel higiénico.

Entre los reproches más serios hechos por Gide, recojemos aquel en que critica con violencia la "divinización" de Stalin. Es cierto que en la U. R. S. S. se rinden mayores honores a Stalin que en la Europa occidental. Pero, cuando se mira de cerca, fácilmente se comprende que no se honra en él al individuo sino al representante del socialismo. Esta admiración por Stalin no tiene nada de artificial, es consecuencia lógica del éxito del socialismo. El pueblo está agradecido con Stalin por el pan y por la carne, por el orden y por la instrucción, en una palabra, por la defensa de estas adquisiciones mediante la creación de un ejército nuevo. Al pronunciar el nombre de Stalin, el pueblo piensa en su prosperidad siempre en aumento. Y al decir, "amamos a Stalin", muestra el pueblo también su adhesión al socialismo.

También se burla Gide del "stakhanovismo", y llega a afirmar que únicamente la pereza de los

rusos lo explica y lo hace necesario. Sin embargo, basta echar una mirada sobre los resultados obtenidos en la U. R. S. S. para darse cuenta de que se trabaja en este país con mayor alegría que en cualquiera otra parte del mundo. Semejantes resultados nunca llegarían a obtenerse con la constricción. Quien haya visto en Moscú, no importa qué fábrica y no importa qué inmueble, ¿podrá negar que el pueblo aprueba siempre el ritmo del trabajo que se le exige? ¿Podrá extrañarnos que en un país cuyo principio esencial proclama: "a cada uno según sus capacidades y según su trabajo", se trate de intensificar la producción mediante la racionalización y mediante la paga a destajo? Y cuando Gide habla de la pretendida pereza rusa ¿no está dándonos pruebas de presunción, de espíritu caprichoso y de mala voluntad?

Gide alude, con mucha insistencia, al nivelamiento en la U. R. S. S., a la unificación de las almas. Pero olvida que en aquel país está creándose una cultura nueva y que una gran parte del pueblo apenas acaba de aprender a leer y a escribir. El alfabeto es necesariamente el mismo para todos. Todos tienen, pues, que pronunciar la "a" como "a". Ya se llegará el tiempo de hablar de individualización, cuando todos hayan aprendido las ciencias elementales.

Sin duda que, en ciertos órdenes, todavía sería de pedirse una mayor tolerancia. Pero ¿ignora Gide que la U. R. S. S. se ve seriamente amenazada, y que tiene la impresión de encontrarse en estado de guerra? ¿Ignora que en la U. R. S. S. es necesario trabajar actualmente, como lo hacían los judíos de que habla la Biblia, con la cuchara de albañil en una mano y la espada en la otra? No sería pues, ni tan fácil ni tan útil suavizar la disciplina. Y los dirigentes de la U. R. S. S. dan pruebas de prudencia, sosteniendo con mano firme el timón. Efectivamente, la amenaza del fascismo sigue aún en pie.

Gide visitó la U. R. S. S., no como observador imparcial, sino como esteta desilusionado, que anda en busca de nuevas sensaciones. Casi no le satisfizo la U. R. S. S.: una impresión personalísima: Pero habla de ello en el mismo momento en que la agresión contra España está amenazando la obra del socialismo en Francia y en el mundo entero. Esto constituye—y Gide debería comprenderlo así— una ayuda dada al adversario y un golpe al progreso general.

Podría admitirse la publicación de este libro, si, por lo menos, Gide hubiese realizado obra de arte. Pero su "Regreso de la U. R. S. S." no es tal obra, y ¿cómo podría serlo si es contradictoria e inexacta? Es un panfleto confuso indigno del gran estilista que es Gide.

Al publicar, en las circunstancias actuales, este librito sin valor, Gide ha perdido todo derecho a titularse escritor socialista.

Por largos años André Gide vivió en su torre de marfil, dentro de un esteticismo puro. Esto le bastaba; y las obras creadas en esta época de su vida perdurarán. Posteriormente, salió de esa torre, en que se aburría y quiso darse un paseito,

con el solo fin de desentumecerse... Ya ha regresado a su torre. ¡Que le haga buen provecho!...

("Lu". París, enero. 1937).

La vena lírica de Rubén Romero

Por el Dr. PEDRO DE ALBA

El doctor don Pedro de Alba, distinguido escritor mexicano, quien ha ocupado altos puestos en nuestra Universidad, acaba de publicar un bello folleto sobre "Rubén Romero y sus Novelas Populares". Reproducimos un capítulo de la nueva producción del doctor de Alba, caracterizada por su simpatía, por los valores castizos de nuestra cultura y su fina sensibilidad.

TARDA en llegar a la ciudad de México el mensaje espiritual de las provincias. Aislamiento y distancia representan un papel adverso; olvido o malicia tienen que ver en la batalla. En la historia de las letras mexicanas se ve que los mejores "vinieron de lejos"; era la época en que las sierras, los campos y las villas guardaban reliquias inviolables y esencias depuradas de la vida mansa o agitada de los pueblos. La capital paga con creces la indiferencia inicial; cuando descubre un valor auténtico, se entrega sin reservas; al escuchar la voz de los juglares que traen la palpitación del dilatado territorio, se embelesa y se embriaga.

Una vez que identifica a sus artistas, los exalta y los mima, como si realizara actos de desagravio por haberlos ignorado tanto tiempo. Ofrece apoteosis y homenajes a quienes se han acercado a ella; sigue indiferente o insensible para quienes no abandonaron su retiro.

Ramón López Velarde y don Mariano Azuela conquistaron a México en un año y la ciudad fue hospitalaria, estimulante y devota para el poeta y para el novelista que traían, un mensaje de la provincia quieta y de la nación en guerra.

Manuel José Othón tenía que subir periódicamente a la metrópoli, porque sus amigos lo llamaban con urgencia para que recibiera los baños lustrales de la urbe, por más que luego volviera a "sus oscuras soledades"; Francisco González León no quiso abandonar ni por una temporada su recatado rincón, no le atrae el bullicio ciudadano, sigue en Lagos de Moreno, entonando salmos vespertinos; Luis Rosado Vega, se ha quedado interrogando el misterio de las noches de Mérida, con la ensimismada alucinación pitagórica de un maya de otros tiempos.

Los periodistas, los hombres de letras y hasta los académicos han descubierto últimamente a José Rubén Romero, escritor michoacano que, sin pedir permiso, se coloca en primera fila; el neófito extrae de sus alforjas tres libros del más puro sabor mexicano.

Rubén Romero, por más que se me presente entre diplomáticos, en paisajes europeos o en ambientes mundanos, siempre lo veo vestido de charro y al oírlo hablar o discutir, se me viene a la memoria la expresión de un amigo de mi tierra que medía a los hombres según se portaban como jinetes. "Este es de los que rayan el caballo frente a la Iglesia", decía de algún charrito bragado de esos que dan guerra a los curas y a los gendarmes.

Romero respira los aires mexicanos con pulmones amplios, capta los matices delicados de nuestros paisajes y se conmueve con la tragedia de las gentes de nuestros campos. Él trae consigo "el bronco estímulo mayor" de Lugones, no en un sentido de estética pura, sino en el de la vibración humana que emplea la forma literaria para decir una conferencia o para encontrar un canto rebelde. Sensual, orgulloso, gustador de la vida, y al mismo tiempo humilde con los humildes; generoso sin ostentación; delicado y sentimental frente a las cosas limpias y a las gentes sencillas. Múltiples rasgos se funden para definir su personalidad, en la que se entretienen los arrestos del revolucionario, la finura del poeta, el amor por todo aquello que en México tiene de pureza y de inocencia primitivas, de melancolía en los aires y en los panoramas y de dolor en los fondos amargos de la miseria o de la injusticia.

Empezó haciendo versos de manera espontánea, por que el "aire suave" de su tierra de Michoacán le pentró hasta los huesos. En aquellos lugares en que se contemplan los paisajes más bien dibujados del planeta; fondo de naturaleza privilegiada que sirvió de escenario a las crueles hazañas de la conquista; tragedias en las que reyes de legítima prosapia fueron martirizados y sometidos por la satánica espada de Nuño de Guzmán, ante doncellas indígenas enloquecidas y heroicas. Leyenda roja que sobrecoge y desconcierta. ¿Es posible que ante aquella maravillosa decoración natural y frente a aquel pueblo benigno y hospitalario se consumaran actos de barbarie por los que se decían civilizados? Después, el intermedio piadoso y providente de Don Vasco de Quiroga, bálsamo para las heridas, refrigerio para el sediento, esfuerzo industrioso para enseñar los oficios, previsión paternal para librar a sus indios del hombre y del abandono.

Se olvidó bien pronto la doctrina que inspiraba al primer obispo de Michoacán, y se organizó sin demora la expoliación metódica del rebaño humano. Inquietudes y dolores ancestrales que trabajan en el fondo de las generaciones de hoy, sufridas por el pueblo adivinadas por poeta provinciano que vive sobrecoigido o absorto ante el

mundo que lo rodea; ese mundo de nuestros campos y de nuestros pueblos en donde imperaron por muchos siglos la codicia y la barbarie. Así nacieron en el mundo interior de Rubén Romero, al mismo tiempo, el poeta y el revolucionario cuando escribió:

*Pasan las ovejas cubiertas de lana
el pastor las sigue desgarrado y mudo.
a ellas Dios las viste,
al pastor el Amo lo deja desnudo.*

Poesía de rebelión campesina, escrita muchos años antes que se pusieran de moda los cantos proletarios.

Pushkin, el Europeo

Por VLADIMIRO WEIDLE

VARIOS observadores extranjeros han apuntado la receptividad, la facultad de asimilación, entre los rasgos más salientes del carácter ruso. Tal cosa, por lo demás, queda comprobada con toda la historia de Rusia, desde Pedro el Grande hasta nuestros días, pues todas las ideas y todos los módulos de Occidente han encontrado en Rusia amplificadas resonancias. El mayor poeta ruso, muerto hace cien años, podría suministrarnos el ejemplo más convincente de esta facultad nacional, si, tratándose de tal poeta, no fuese preciso tener en cuenta algo más: el poder de absorción propio de un genio como el suyo. Tener genio no es renunciar a los demás, sino poseer el don de unos ojos nuevos y el de la transformación de lo vulgar. De un autor como Shakespeare, su último drama es, sin embargo el único cuyo tema y algunos elementos de la elaboración no están tomados de alguno o algunos de sus predecesores. En "Fausto" el germen inicial es una pieza del teatro popular de marionetas, obra que Goethe vió representar cuando era niño; y las dos últimas selecciones del propio Goethe se consideran hoy como una imitación de la poesía persa y china. La receptividad es tan inherente como la originalidad, a la esencia misma del genio (no esa originalidad rebuscada, sino aquella de que el escritor, ni aun queriéndolo, logra desasirse). Pushkin era de estos; su obra hace pensar en la de Ariosto, quien, a primera vista, no hizo más que rehacer con fortuna lo que otros habían hecho con menor éxito; y recuerda todavía más, la de Rafael, en la que un espíritu exclusivamente analítico no encontraría más que una recopilación perfectamente ordenada de cuanto habían realizado los artistas italianos desde medio siglo antes.

Es necesario, sin embargo, hacer notar que, entre los genios de su especie, Pushkin es acaso

quien ha poseído mayor consciencia de sus dotes de absorción y asimilación, consciencia sobre todo de la función que le incumbía en relación no ya solamente con su obra personal, sino con la literatura rusa de su tiempo y también del porvenir. Al aceptar o rechazar tal o cual elemento del pasado literario de Rusia, Pushkin sabía muy bien que su ejemplo iba a ser seguido por sus contemporáneos y por la posteridad. Al absorber, al hacer profundamente suyo el inmenso legado de la literatura europea, sabía que por su mediación era Rusia quien tales elementos absorbía y asimilaba. Su vocación de poeta, que Pushkin, sin embargo, no perdía de vista, nunca le llevó a olvidar su misión de hombres de letras, su deber de escritor, tanto hacia aquella lengua que le servía de instrumento como hacia el pueblo que la había creado. Y es sobre todo ya después de su matrimonio, y hacia el final de su vida, cuando Pushkin se dedica con un sentido aun más aguzado de aquel deber, a la lectura, hasta donde le es posible en sus propias lenguas, de los autores extranjeros, de quienes tenía una hermosa selección en su biblioteca. Se consagró entonces a penetrar su pensamiento y a estudiar sus medios de expresión; a traducir fragmentos de esos autores, ya para publicarlos o bien para apoderarse de sus procedimientos artísticos, a fin de encontrar en la lengua rusa las expresiones equivalentes. "El estudio de los idiomas modernos —escribía a uno de sus amigos, ya por el año de 1825— debe reemplazar en nuestros días el del griego y el latín; así lo pide el espíritu del siglo". No se piense por esto que Pushkin repruebe los estudios clásicos, sólo que la adquisición de las principales lenguas literarias de Europa le parecía aún más importante desde el punto de vista ruso. En su juventud, únicamente había aprendido el francés. Más tarde, estudió él solo los cuatro grandes idiomas de la cultura europea, que, por cierto, no llegó a conocer jamás de una manera perfecta (así, bien sabido es que no logró penetrar nunca en los arcanos de la pronunciación inglesa). Empero, conocíalos lo bastante para captar, con ayuda de su intuición de poeta, los recursos que esas lenguas ofrecían a los escritores que se habían servido de ellas y para alimentar, con el jugo de las mismas, ese idioma ruso al que Pushkin declara: "tan útil y poderoso en sus recursos, tan apto para la imitación y tan sociable en sus relaciones con los idiomas extranjeros".

He aquí un caso tal vez único en la historia de las letras: el de este gran poeta, el más alto de su país, que confiesa que una lengua extranjera le es más familiar que la propia, y que redacta en esa lengua sus cartas de amor y sus cartas oficiales, empleándola de preferencia cuando trata de llevar mayor claridad en sus ideas abstractas. A lo sumo podría compararse el papel que el idioma francés representó en la formación intelectual de Pushkin (aunque no consiguiera escribirlo sin faltas) con lo que fue para Cicerón y sus contemporáneos el conocimiento

de la lengua griega. Y así, cuando Pushkin tenía que raciocinar lo hacía siempre, si no en francés, por lo menos a la francesa, y la expresión rusa, a juzgar por los borradores de sus estudios críticos, rarísima vez acudía la primera a su espíritu. En el idioma ruso la buena crianza, la galantería, sólo podían expresarse mediante balbuceos: era pues preciso restituirles el único idioma en que encontraban expresión fácil. Ciertamente que su actitud crítica había de modificarse y que, más de una vez, le ocurrió juzgar con severidad, posteriormente, tanto el conjunto de la tradición literaria francesa, como la producción de sus contemporáneos a quienes, por lo demás, seguía con el mayor interés. Su estimación final, sin embargo (excepción hecha de Chateaubriand y Mme. de Stael, por quienes siempre tuvo predilección especial), no la concedió sino a Stendhal, Merimeé, Saint Beuve y, sobre todo, al autor del "Adolfo", novela que Pushkin ponía por encima de todas las obras de su género escritas en Francia. Sin embargo, por más que en ocasiones haya variado de criterio, queda siempre evidente que Pushkin se formó en el comercio de las letras francesas, y así no es extraño que vinieran constantemente a su espíritu finales de frases, maneras de discurrir y ritmos franceses. Si no su poesía, su prosa nos descubre siempre esta influencia; y Merimeé tenía razón al decir, que la frase de Pushkin no es sino la frase francesa del siglo XVIII ("pues—añadía—, en nuestros días ya nadie sabe escribir con tal sencillez").

La literatura inglesa fue la que, posteriormente, imprimió sus huellas en Pushkin. Byron fue el primero en atraerle, fue quien le enseñó el inglés, y quien le enseñó el arte de la narración lírica si bien, más tarde, Byron es destronado por Shakespeare, por Walter Scott, y por Coleridge. Sin las aportaciones de los poetas ingleses, tan difícil es imaginar la madurez poética de Pushkin, como sus años de Liceo sin los Bergier, los Parny y los Grécourt, cuyos nombres todos el escritor ruso se complacía en enumerar en uno de sus primeros poemas. "La Hija del Capitán" no hubiese sido nunca escrita sin el ejemplo de Scott, ni "Boris Godounoff" sin la fascinación de Shakespeare. Pushkin tuvo también especial dilección por Coleridge, según es sabido hoy por los datos que de aquí y allá se han recogido sobre el particular. Lo estudió apasionadamente; nos lo descubren así sus "pequeños dramas", en donde corte de los versos, el movimiento de los diálogos, y un no sé qué, del ambiente clásico romántico nada nos recuerda tanto como "Remordimiento" o "Zapalya", obras sin embargo inferiores en mucho a las de Pushkin. Por lo demás, "la nueva dicción poética de los lakistas" le atrajo de una manera general: imitó a Wordsworth y tradujo a Southey. Barry Cornwall, autor completamente olvidado hoy, y otro contemporáneo todavía más oscuro, John Wilson, autor de esa "Ciudad de la Peste", obra de la que Pushkin sacó su "Festín en Tiempo de Peste" dando con ello el más admirable ejemplo de lo que puede hacer un gran poeta aun limitán-

dose a traducir, libremente, un texto bastante anodino en sí pero que, bajo la pluma de Pushkin se convierte, como burla burlando, en una obra de arte de las más perfectas.

En este caso, como en todos los demás, y ya se trate de las dos literaturas de que hemos hablado o, concretamente, de tal cual obra italiana, alemana o española, la actitud de Pushkin es siempre idéntica. Parece que su intención no es otra que la de imitar; se reviste de toda la modestia de un traductor e incluso, a veces, de las maneras de un plagiario: sin embargo, dejémosle que termine su trabajo y, de seguro, nos encontraremos al final frente a una obra que lleva en cada línea la huella inconfundible del genio. Tal caso, por supuesto, es a menudo difícil de reconocer si no se leen sus escritos en el texto original. Al lector occidental que ignora el idioma ruso deben hacerle impresión de lo ya visto, de cierta cosa noble pero exangüe, de lugares comunes de la literatura europea, "Eugenia Oneguine", "El Invitado de Piedra", y aun "El Caballero de Bronce". Lo contrario ocurre cuando se entiende el idioma ruso. "La Hija del Capitán" tiene un discreto encanto que falta en Walter Scott, Eugenia Oneguine, desde su primer capítulo es obra más vívida que su modelo byroniano; el más emocionante de los "Don Juan" es la "Invitado de Piedra" o, en cuanto al "Caballero de Bronce" la gran idea del conjunto le aparece a Pushkin en toda su frescura porque la encuentra en la inflexión rítmica y en la estructura sonora de cada uno de los versos que componen el poema. El modo como Pushkin maneja el idioma ruso basta para infundir vida nueva a todo cuanto le place aprovechar del inmenso legado de la vieja Europa. Cuando su elección recae sobre lo mediocre, Pushkin sabe elevarlo a la altura de su genio, y cuando sobre lo grande, nunca produce una obra inferior a su modelo. Ciertamente, ni en la vastedad ni en la profundidad iguala el poder de Pushkin a Dante, a Shakespeare o a Goethe y, sin embargo, basta haber leído la escena sacada del "Fausto", los tercetos imitados de la "Divina Comedia" y el admirable monólogo del "Caballero Avaro" para darse cabal cuenta de que dentro de los límites de cualquier fragmento, del más leve trozo (lo que no es poca cosa, pues el sello del genio se muestra en todas partes) de que Pushkin ha sabido medirse con sus modelos, convertirse en su igual, y ello sin dejar de ser él mismo ni por un solo instante.

Por lo demás, toda la literatura rusa, a partir de Pedro el Grande, la absorbió este autor con igual fervor; se había abrevado en Derjavine, en Bogdanovitch, en Batiouchkow; despertaron su admiración, asimismó, las pocas obras que había podido conocer de la Rusia medieval; estudiaba atentamente la poesía popular, los cuentos, la antigua epopeya heroica de su patria... Cosa naturalísima, no podía ser de otra manera. Muska, gran obra a que con toda consciencia dedicó su esfuerzo, y en la que puso todos los dones de su inteligencia, fue, sin duda alguna, esta asimilación de cuanto constituía la grandeza espiritual de Europa, de todo lo que por derecho de nacimiento pu-

do haber pertenecido a Rusia, nación europea, pero que en el curso de la historia se le había frustrado. Esta obra había sido también la del Zar Pedro, la de Catarina, sólo que transportada a una esfera en que pudo continuarse sin tropiezos, apaciblemente, en el seno de esa armonía que es la ley misma del arte de Pushkin y de su espíritu creador. El europeísmo de Pushkin no entró en pugna a ninguna hora con la esencia de su genio. Fue europeo, no contra Rusia como tantos occidentalistas que quisieron ampararse en su ejemplo, sino en favor de Rusia; lo fue, no a pesar de que era ruso, sino porque lo era. Fue europeo porque tuvo una visión panorámica de la vieja, de la grande Europa. Afirmar con la labor de toda su vida que pertenecía a Europa, fue para él realizar no solamente su propia vocación, sino, además, la de Rusia. Pues todo lo que Rusia, desde hace un siglo ha podido dar al Occidente, se inspira en la obra y en el prestigio del propio Occidente.

"Le Mois". París. Enero, 1937.

Siluetas de Lope de Vega

Por ALFONSO REYES

Conferencia pronunciada por su autor en el Salón de la Escuela de Bellas Artes de Río de Janeiro, el 14 de agosto de 1935.

HONRA a la Cámara Española del Comercio y la Industria el haberse sentido ligada al compromiso del tricentenario de Lope. Esta conciliación de la Economía y la Poética contenta, ciertamente, nuestros viejos anhelos platónicos, acariciados desde la infancia y hasta nos estimula a esperar un mundo mejor, donde llegue a resolverse la antinomia occidental entre la vida práctica y la vida del espíritu. Entretanto, me complazco en ofrecer a la Cámara mi agradecimiento por haberme asociado a esta celebración, halagando así—es inútil disimularlo—mis ambiciones de estudioso de las letras hispánicas, y resucitando en mí las memorias de los años que consagré, en Madrid, a rehacer en lo posible mi cultura de la lengua castellana, junto a humanistas tan sabios como sencillos, que fueron mis hermanos, y a quienes debo algunas de las orientaciones que me ayudan a empujar mi vida. La Universidad de Río de Janeiro, amparando bajo sus auspicios esta lectura, viene a colmar mi gratitud, imponiéndole su sello y corona.

Las atinadas conferencias que me han precedido y, sobre todo, los tres siglos de historia literaria que van andados, me dispensan de muchos pormenores y explicaciones. Reduciremos el cuadro a un contorno; sólo seguiremos la línea esencial de nuestro asunto: en la encina que crece en la tumba del poeta, cortaremos, sólo, la bellota.

*

Lope Félix de Vega Carpio nació en Madrid, "pared y media", de la torre de los Lujanes (célebre por la prisión de Francisco I), en un medio humilde. Colegial de los Teatinos, a los diez años consumaba hazañas como la traducción del poema de Claudiano, "De raptu Proserpinae". Su padre era bordador, oficio que tenía entonces tanta honra como el de pintor. Lope pudo, en sus primeros años, coquetear un poco con las artes del dibujo, pero cómo había de coquetear después con las armas y con la danza (según el ingenuo Montalván, para mejor dominar el ritmo en la poesía), con la astrología, por influencia de un su cuñado que le enseñó a sacar horóscopos, y hasta con el bien y el mal y la religión. Pronto se revela en él la vocación literaria, de que es el hombre representativo. Hoy por hoy, la afición a Lope de Vega se confunde con la afición a las letras españolas.

Fue Lope enamorado precoz, también tardío. Por toda su obra se nota la preocupación amorosa: no única, claro está, pero tampoco dispersa en mil episodios como la de un ligero Don Juan o algún otro alquilón de amor, sino concentrada en torno a tres o cuatro pasiones que cortan en otras tantas eras su vida: la de Elena Osorio ("Filis"), la de Micaela Luján ("Camila Lucinda"), la de Marta de Nevares ("Amarilis"), para no hablar de Isabel o "Belisa", su primera esposa, y otras aventuras secundarias como la de su buena y constante amiga, la discreta actriz Jerónima de Burgos, o la de aquella otra comediaña a la que él llama "la Loca". Grande es la responsabilidad de la mujer en el cultivo de su poeta. Sería ya hora de llamar a cuentas a todas aquellas sombras graciosas, sino que aquí no tenemos tiempo para ello, ni tampoco nos atrevemos a lanzar la primera piedra.

Lope fue durante algún tiempo paje del Obispo Manrique de Lara y estudia unos años en la Universidad de Alcalá. Vuelto a Madrid, tuvo amores con Elena Osorio, actriz, mujer de un representante que siempre estaba en las Indias, e hija de un director de compañía. Va luego a la expedición de las Azores, a las órdenes del Marqués de Santa Cruz. A su regreso a Madrid, aparece como secretario del Marqués de las Navas, y se empieza a dar a conocer en la poesía y en el teatro. Reanuda aquí sus relaciones con la Osorio, que es la verdadera madrina de su juventud. Esta, entre el amante poeta y un enamorado caballero que le salió, sobrino del Cardenal Granvela, comienza a calcular su interés. A creer lo que cuenta Lope en la *Dorotea*, él mismo aceptaba, al principio, tal situación; pero al fin estallan sus celos, y se da a difamar a la Osorio y su familia en unos libelos que le valieron el ser desterrado de Castilla por

dos años, bajo pena de muerte, y por ocho de Madrid, pena de galeras.

Al buen hablador no le estorban pelos. Hacia esta fecha, Lope rapta a Isabel de Ampuero Urbina, hija de un rey de armas, y se casa con ella por poder, ya ausente de la corte. Poco después se embarca en el "San Juan", uno de los buques de la Armada Invencible. A su vuelta a Cádiz, traía escritos algunos trozos del poema *Las Lágrimas de Angélica*, compuesto entre los azares del combate.

Las experiencias equívocas de su mocedad, el sabor venenoso de sus primeros amores, todo disponía a Lope para tener de la naturaleza humana una idea falsa y exaltada. Cuando esperaba encontrarse con el rencor de su abandonada "Belisa", se encuentra con su resignación y, nuevo Odiseo que recobra a su Penélope, descubre que hay virtud en la tierra; lo único que le faltaba para acabar de modelar su corazón a la voluble plasticidad de todas las emociones.

Pasó un par de años en Valencia, anduvo en Toledo y se estableció en Alba de Tormes, como secretario del Duque de Alba. Siempre me he figurado que esta época fue la más dulce de su vida. Muerta su "Belisa" vuelve a Madrid. Allí sus enredos con la viuda Antonia Trillo de Armenta le traen enojos. Y exactamente hacia fines del siglo XVI, cae, para no levantarse más durante unos diez años, en brazos de la actriz Micaela Luján, la célebre "Camila Lucinda", de quien tuvo, probablemente, cinco hijos, y a la que tocó cultivar, ya en pleno vigor de vida y genio, al antes tormentoso y algo desequilibrado adolescente de "Filis".

Pero un año antes de enredarse con la Luján, había contraído matrimonio con Juana de Guardo, hija de un carnicero rico. Acaso había ya en su vida una irregularidad necesaria, que debemos computar a la cuenta (sino a la culpa) de Elena Osorio, al menos simbólicamente: el quebrantamiento primero había sido rudo, lo había acostumbrado al amor con sobresaltos. En el hogar buscaba la comodidad económica, y en lo demás pertenecía ya, sin remedio, a aquella estirpe de Sainte-Beuve de los que están pálidos para siempre y solicitan el amor sigiloso.

Ya al servicio del Marqués de Malpica, ya al del Conde de Lemos, Lope se pasaba la vida publicando libros, haciendo representar sus comedias y aprovechándose del favor de sus protectores, como era general en su tiempo. Comienza a relacionarse con el Duque de Sesá. Lo hacen familiar de la Inquisición. Corre la vida. Ve morir a su hijo Carlos, y a su hija Marcela entrar en un convento. Fallece Juana de Guardo. Poco a poco, Lope se va dando a los ejercicios religiosos. Y al fin, se ordenó sacerdote.

Entretanto, era secretario del Duque de Sesá, a quien lo mismo servía en los negocios que en las conquistas amorosas. Y a la edad de cincuenta y cuatro años, empiezan sus famosos últimos amores con Marta de Nevares Santoyo: tristes amores sin la redención de cóleras y lágrimas de los primeros, ni el fuego avasallador y constante de

los segundos. Lope pagaba en una moneda funesta las voluptuosidades y los ásperos goces que había arrebatado al destino. Los raptos de su fervoroso arrepentimiento constriñen trágicamente con sus desmayos de hombre de placer.

Pero una maldición pesa sobre el héroe. Marta, su "Marcia Leonarda", su "Amarilis", la hermana de sus pecados, muere ciega y loca, como castigada por las Normas. Dos años después, Lope Félix, hijo suyo y de Micaela, perece ahogado en las Indias. A poco se le fuga la hija Antonia Clara de Vega y Nevares, que era la alegría de su vejez. Y el anciano se azotaba las carnes con las disciplinas, como si quisiera matar a su demonio interior: su cuarto estaba salpicado de sangre.

"Dijo—escribe Montalván—que era tanta la congoja que le afligía, que el corazón no le cabía en el cuerpo. Se levantó muy de mañana, rezó el oficio divino, dijo una misa en su oratorio, regó el jardín, y encerróse en el estudio. A mediodía se sintió resfriado. Todavía asistió a unas discusiones científicas en el Seminario de los Escoceses; allí le dió un desmayo, y se lo llevaron en una silla a su casa. Y sin abandonar nunca pluma y papel, y casi podemos decir que escribiendo, murió el 27 de agosto de 1635, a la edad de 73 años.

Juzgada por sus peripecias, su vida debiera ser la de un gran fracasado de la fama y de la fortuna: fue todo lo contrario. Por menos se suelen dar por vencidos hombres de mucho temple. Pero Lope se venció a sí mismo.

*

Larga fue su vida y mayor su obra. Escribió, sólo en piezas teatrales, más de dos mil. El que quiera conocer su obra dramática tendrá que leerse más de veinte volúmenes, y más de veinte el que quiere conocer su obra lírica. Los eruditos se divierten en sacar el cómputo de su vida y sus versos, y parece que las veinticuatro horas del día apenas bastan para realizar obra tan enorme. El dice que, a lo largo de toda su vida, escribió un promedio de cinco cuadernos de barba al día. El anciano Goethe, emulado un día de noble envidia y refiriéndose a sus aficiones minerológicas, decía más o menos: "Ojalá hubiera seguido el ejemplo de Lope de Vega, y me hubiera consagrado del todo a las joyas de la poesía en vez de perder tanto el tiempo en juntar piedras". Pero Goethe se olvidaba de que Lope no sólo se consagró a juntar las joyas de la poesía, sino que se revolvió constantemente en el fango de las pasiones. Se ha dicho ya que, al revés de Flaubert—otro ejemplo típico—en la disyuntiva de la vida y la obra. Lope siempre optó por la vida. Y con todo, la obra es inconmensurablemente superior en el caso. Aún suponiendo que no hubiera hecho más que escribir, resulta Lope un verdadero portento, mucho más si se considera que su obra fue un verdadero torbellino de aventuras. Sus contemporáneos, en parte por eso y en parte por la calidad poética, que es otra maravilla más dentro de la cantidad de su obra, le llamaron "el monstruo de la naturaleza". El autor de la *República Literaria* (1655) dice de

él que era "tan fecundo, que la elección se confundió en su fertilidad; y la naturaleza, enamorada de su misma abundancia, despreció las sequedades y estrecheces del arte".

Quiere decir que Lope no era metódico, y apenas consciente; que era poco crítico de sí mismo y, en cambio, el mayor improvisador que ha nacido de mujer. Como le gustaba todo, no tenía "gusto" en el sentido limitado de la palabra; como todo le divertía, es a veces escritor ocioso. Perteneció por aquí a la gran tradición castellana de Santa Teresa, la cual declara paladinamente que muchas veces no sabe lo que va a decir y toma la pluma "como cosa boba".

Escribió en prosa y en verso. Si en prosa es a veces alambicado—y, por momentos, de una notable fluidez—en verso su facilidad es proverbial. El, en sus polémicas rimadas con Góngora, se jacta de la sencillez de sus versos, y asegura que su mayor empeño es dejar "oscuro el borrador, y el verso claro". Sólo dijo verdad a medias: nunca dejó oscuro el borrador, pero es que tampoco le hacía falta. Los versos le salían claros, naturalmente. Quien se ha asomado a su grafología ha podido admirar aquel chorro inagotable de tinta, verdadera cinta de ametralladora poética en acción.

En prosa escribió cuentos (*Las fortunas de Diana*, *El desdichado por la honra*, *La más prudente venganza*, *Guzmán el bueno*); novelas (*La Arcadia*, *La Dorotea*, *El peregrino en su patria*); pastorelas (*Los pastores de Belén*); relaciones, papeles polémicos, obras apologéticas y místicas (*Triunfo de la Re en los Reinos del Japón*, *Cien jaculatorias a Cristo Nuestro Señor*). Mezcladas con su prosa, se encuentran algunas de sus mejores poesías. Además, deja multitud de cartas que, aunque no escritas para el público, son ya indispensables como clave de su psicología.

En verso lo hizo todo; y, al recorrer los varios géneros literarios, tocó también todas las cuerdas patéticas y cómicas, divinas y humanas. Desde la seguidilla, letrilla, glosa, romance, pasando por los sonetos, églogas, canciones, odas, elegías y epístolas de mayor aliento, hasta los poemas más ambiciosos: "El Isidro", "Descripción de la Abadía", "Jardín del Duque de Alba", "Laurel de Apolo", "La Gatomaquia", "Descripción de la Tapada", "La mañana de San Juan de Madrid", "Fiestas de Denia", "La Filomena", "La Circe", "La Rosa Blanca", etc., etc.

Entre sus innumerables comedias, unas tienen asunto profano, otras religioso. Entre las primeras, lo dominan el elemento histórico—ya nacional, ya extranjero antiguo o moderno y, finalmente, caballeresco—o son del todo novelescas, ya inventadas por él, o ya con fuente en las novelas italianas del Renacimiento y sus imitaciones españolas. Otras—las comedias de capa y espada o "de enredo"—retratan costumbres contemporáneas; y también las hay mitológicas y pastorales.

Entre las comedias de asunto religioso, éstas se fundan en el Antiguo o Nuevo Testamento, aquéllas cuentan vidas de Santos, y otras—los "autos sacramentales"—, las "representaciones espi-

rituales"—son pequeñas alegorías de asunto místico. A todo esto añádase un enjambre de entremeses, loas en monólogo y en baile, y demás géneros menores.

Para alzar esta enorme máquina de invenciones, Lope, como todos los creadores, saca recursos de su propio espíritu, y también se vale, amplia y profusamente, de las invenciones ajenas, transformándolas a su modo.

Fue Lope un portentoso erudito, un lector de todos los libros, un curioso insaciable; y de todas sus lecturas extraía la esencia estética, el rasgo de color o la noticia picante, para diseminarlos por su obra. ¿Qué quiso decir cuando anunciaba el advenimiento de una nueva poética, de una poética invisible, infusa en los libros vulgares? Mucho se habla del popularismo de Lope. Unos dan a entender con esto que es Lope un gran representante del pueblo español, lo cual raya en perogrullada. Otros, engañados por la palabra, piensan que hay que ver en Lope la cándida espontaneidad que, sin razón, suele atribuirse al hombre del pueblo. Y no hay tal: era su espontaneidad una condición meramente técnica; la que resulta, en suma, de la plenitud de los procedimientos artísticos: casi la facilidad de escribir y de escribir de prisa. Pero, psicológicamente, Lope llega a sus resultados mediante un proceso de verdadera malicia artística. Hace lo que hace en menos tiempo que otros; puesto a escribir, no vacila más y apenas corrige. Pero no confundamos el índice de velocidad con el de simplicidad: en aquel instante de la creación, no hay que suponer en su espíritu la simplicidad o ausencia de intenciones de una mente lisa y llana, sino el hervor de una sensibilidad siempre alerta, y los infinitos recursos, reminiscencias, asociaciones y posibilidades de un arte erudito, calentado al potencial eléctrico de un temperamento excepcionalmente adaptado para el trabajo poético. El Lope erudito hay que buscarlo en sus momentos de mayor brillo estético, no en esas horas opacas en que pretendía de darlas de sabio y citar autoridades y exhibir, en aburridas páginas, conocimientos indigestos e inútiles. Ahora bien: Lope llevaba, por entre las tormentas del arte, una brújula de buen sentido que, a veces, se confunde con la superficialidad; y si a eso se llama "popularísimo" sea en buena hora. Mas de cierto modo general, quien dice literatura española ha dicho también popularismo.

Ese tacto, esa malicia, ese pequeño don egoísta de no entregarse por completo a la borrachera del arte, de no padecer delirios de perfección—como Góngora o como Mallarmé—y, por otra parte, su deseo de agradar al público a toda costa—condición que parece una mezcla de cálculo interesado y de blandura del temperamento—hacen que Lope de Vega se mantenga, hasta donde era posible, limpio de los heroicos extremos del cultismo y del conceptismo, las dos escuelas revolucionarias de la época.

Asimismo, hay que atribuir a una certera visión de artista equilibrado la claridad con que despojó de redundancias el teatro de su tiempo,

y escogiendo sólo lo que más agradaba al público—y también lo que era más fácil de improvisar "en horas veinticuatro", porque la demanda de comedias era excesiva, y el entusiasmo con que se las buscaba sólo puede compararse con el que ahora despierta el cinematógrafo—redujo aquellos caos de tendencias a una fórmula elegante y simétrica, no muy comprometedora, pero siempre muy divertida, donde hay más acción que verdadera creación de caracteres (al grado que a Meredith la escena española le parecía una representación a telón caído; en que sólo se ven los pies de los personajes), y donde, a través siempre de tres actos—presentación, enredo y desenlace—revolotean las parejas de enamorados, tratando de encontrarse y huir de los importunos: él, seguido de un escudero gracioso que repite, en parodia cómica, las aventuras sentimentales de su amor; ella, acompañada de una doncella lista o de alguna amiga confidente. Hasta que, hacia el final, los sucesos afortunados se precipitan, y todo para en un doble o triple matrimonio.

En efecto, la comedia española existía ya como dispersa y en tipos aproximados cuando Lope apareció en la escena. El apretó aquella masa tembladora e informe y, reduciéndola a las grandes líneas de la neutralidad, le impuso su marca de oro.

El teatro moderno tiene su origen en ciertas representaciones litúrgicas de la Edad Media. El teatro español, independiente ya de todo elemento eclesiástico, aparece a fines del siglo XV y principios del XVI. Es primero un teatro diminuto, de intenciones pastorales y cómicas. Poco a poco se desarrolla y rectifica bajo la influencia del Renacimiento italiano; intenta ciertas direcciones. Y cuando sobreviene Lope, como un cataclismo natural a cuya fuerza todos van a doblarse, ya Cueva Virués, Rey de Artieda y otros, han ensayado el drama fantástico y el drama nacional con asuntos del Romancero y la historia patria. Y una vez impuesto el módulo de Lope, todos lo adoptan más o menos: el público lo sanciona con su entusiasmo. Y de paso quedan ahogadas algunas algunas probabilidades del naciente teatro español, como la que representa, por ejemplo, la "Numancia" de Miguel de Cervantes, que haría las delicias de los "unanimistas" de hoy.

Naturalmente, los críticos lo discuten todo. Los humanistas habían fraguado ciertas reglas, achacándoselas a Aristóteles: las unidades de acción, de tiempo y de lugar a que debía sujetarse toda obra dramática. El gran pecado de la crítica era entonces el querer reducirlo todo a principios y preceptos dictados por autoridades literarias, así como hoy lo es la confusión entre el criterio estético y el político. Se trataba, pues, de saber si este nuevo teatro nacional, tan embrollado en la acción, y donde los tiempos y los lugares cambian de una escena a otra, tenía derecho a existir como verdadero género artístico. Lope, con su gran ligereza crítica pero con su

inapelable acierto artístico, hablando un día ante una academia literaria—y en el fondo, con muy pocas ganas de explicarse, como suele suceder a los escritores muy fecundos—, defiende de cualquier manera: dice que él no tiene la culpa, que él se lo encontró ya todo confuso, y que antes ha procurado darle cierta armonía. Y, en fin, aquella salida que anda ahora en todos los labios, conqué casi renunciaba, socráticamente, a defender sus comedias.

Porque, como las paga el vulgo, es justo hablarle en necio para darle gusto.

*

Hombre representativo de la vocación literaria, la emoción se le volvía prontamente anhelo poético; y no bien sentía el vago deseo de escribir, cuando ya estaba hecho. No podía menos de convertir en literatura todas las cosas de su vida. Bien quisiera él no haber sido indiscreto; pero le era dable remediarlo? A la más ligera puncción, se escapa de Lope de Vega un chorro de versos. Aún las mismas piedras de la calle le parecían sílabas cantadas.

Tercero enamorado, amaba en verso y en verso reñía con sus amantes. Obligado, por achaques del tiempo y culpas de la debilidad propia, a vivir al arrimo de los señores, convertía en artístico discreto sus adulaciones de cortesano. Todo en él, hasta las flaquezas de la carne, cobra dignidad espiritual merced a la redención poética. Si se roba a una mujer o si la abandona, si riñe, si huye, si le destierran o encarcelan, si le sirve de tercero al Duque de Sesa, comercia con los encantos de una pecadora o profana los hábitos, parece que lo ha hecho para vivir la novela, el drama, el entremés, el poema o los versos del arrepentimiento que al día siguiente ha de escribir: "Paralelamente", cae en el infierno y se refugia en el cielo, y el vaivén patético de su vida se prolonga en ondas de poesía. Así, trocando la paradoja de Saint-Simon, podemos decir que el respeto de la posteridad hacia Lope ha aumentado en proporción del daño que él mismo causaba a su reputación.

Blando en sus aficiones, blando en sus gustos: temeroso de los desenlaces trágicos en los conflictos que imaginaba, pero defendido contra las tragedias reales por la continua catarsis o transformación de la vida en arte; ambicioso de comodidades y lujos, siempre voluptuoso y, por encima de todo mujeriego, parece que Lope rezara el Padre Nuestro al revés, pidiendo todos los días nuevas tentaciones para caer en ellas: le atraen los once mil manjares del mundo.

Pero cuando nos figuramos encontrarlo deshecho en lágrimas, o esperamos oírle romper en un *De profundis* como cualquier moderno snob del pecado, hele ahí, casi risueño, describiendo con muy buen sentido y con una gran objetividad sus propias experiencias, lastrado por aquel realismo español, que hasta cuando más se arebata y se

ofrece más inefable, conserva una visión clara de lo terreno y un sentimiento muy vivo del ridículo.

Eso sí, insaciable siempre, todavía se queja de que, como a los ruiséñores, no le queda tiempo para hacer el amor por lo mucho que emplean en cantarlo. Romántico, prerromántico, concentra todo el universo en sus apetitos, y por eje de su personalidad escoge el amor. Gran transformador de la naturaleza en poesía, nos aparece como una vertiginosa rueda metafísica que arrojará sobre el mundo estético la realidad práctica triturada y desmenuzada. Pero los rincones de sus versos, en el secreto acogedor de sus interiores poéticos, aquella impresión gigantesca se atempera, se humaniza, y hasta se resuelve en rosario de cosas minúsculas y exquisitas, que hacen de su lectura un continuado deleite.

En sus últimos años, Lope será objeto de una verdadera deificación. La gente lo sigue por la calle. Para decir que una cosa es buena, se dice: "Es de Lope". La Inquisición se ve obligada a perseguir una oración que comienza así: "Creo en Lope todopoderoso, poeta del cielo y de la tierra".

* * *

¿La ardiente gloria que lo rodea no lo deforma acaso? Cruza como en un carro de fuego por el espacio de la escena española, atronada de aplausos y vitores; todo el Siglo de Oro parece concentrarse en su nombre, rebasa la proporción humana: es el "monstruo de la naturaleza" que decía Cervantes; ya toca la orilla mitológica: es, por antonomasia, el "Fénix de los Ingenios", que resurge de sus cenizas; se da todo en cada ocasión, nace y muere cada día, y amanece a cada nueva aurora vestido de nuevas invenciones; hijo amado de la plasticidad, gemelo de Proteo, su sensibilidad insaciable asume cien formas diferentes. Viaja cabalgando en los vientos, como la nube de Shakespeare, y no bien remeda un engendro infernal cuando ya, otra vez, parece un angel.

Y con todo—lo hemos visto de cerca—es un hombre humilde, sin más fortuna que la fantasía, la cual nunca alimentó a sus adeptos. No va en el carro de Featón, ni siquiera en la carroza de cristales que por aquellos tiempos se introdujo en España, sino que anda a pie, llamando a las puertas, donde acaso no lo reciben, o entrando en la casa de los señores, muchas veces, por la escalera de servicio. Hay que penetrarse de esta imagen; hay que verlo en la terrena y amarga realidad de su vida; metido en el mundillo de bastidores y enredado en aventuras de baja estofa; raptor de mujeres, difamador de bellezas esquivas; envidioso de las glorias ajenas al punto de romper frascos de sustancias pestilentes durante las representaciones del gran mexicano Ruíz de Alarcón, o al punto de mandar anónimos al altísimo poeta Góngora, quien por su parte le contestaba a derechas, confundiéndolo entre la turbamulta de los que él llamaba, donosamente: "patos del aguachirle castellana". Hay que ver a Lope en su constante e invencible inquietud, caso excelso del "fúror his-

pánico", siempre criatura de la pasión y dando un traspiés después de otro. La verdad es que era lo que vulgarmente se llama un sujeto peligroso.

"Azorín", gracioso espicilego, ha escogido aquí y allá algunas frases que suelta Lope y que dan los puntos cardinales de su psicología.

"Vital facilidad", dice una vez, y parece que habla de sí mismo. "Amando, lo mismo es mentir que decir verdad", afirma en una carta al de Sesa.

"Yo me sucedo a mí mismo", confiesa un día, reconociendo su propia naturaleza de divinidad cambiante. "Defiéndame Dios de mí", grita a la sordina, desde una de sus comedias. A estas palabras yo quiero añadir otra más, tomada también de las cartas al Duque de Sesa: "Yo nací entre dos extremos que son amar y aborrecer: no he conocido medio jamás".

¡Ah! Pero la poesía, lo iba remediando, a cada paso, de cada estallido de la pasión y transfigurando su tosca materia humana en altas expresiones de espíritu donde todos los corazones pueden reconocerse. Aquí está su verdadera grandeza.

Por una tergiversación ética, Rousseau ha de convertir más tarde las taras morales en motivo de orgullo y delectación para el que las padece. Lope de Vega no, cuya naturaleza inocente parece tocado por las gracias y superior a todos los actos que de ella se desprenden y caen, mientras su alma sola se eleva. Lope no se admira a sí mismo en la postura servil de la pasión, ni quiere entregarse al narcisismo de los melancólicos, sino que se descarga en poesía, se consume en ella, y renace otra vez puro y sin mácula para sacrificarse en el fuego de sus nuevos destinos.

Su compenetración, casi mitológica, con el espíritu de su pueblo, con el espíritu que corre las calles, anda en los caminos y riñe y canta en las hosterías y en las ferias, no tiene igual en ninguna literatura. Y dejadme recordaros, para terminar, que ninguna nación al igual de España, sea en su historia política, sea en su obra civilizadora, en sus letras como en sus armas, deja sentir el aliento del espíritu popular, del grito multánime que sale de todas las bocas y parece unificarse en el aire, en ráfagas de clara epopeya. El Soldado Desconocido es el más alto héroe español. Las mayores sorpresas que nos da aquella historia—la Reconquista, la lucha con la francesada, el Descubrimiento de América—son obras de iniciativa popular, abriéndose paso muchas veces contra la inercia de sus directores. Ninguna literatura hay más invadida de folklore. Dentro de ella, la grande figura del Fénix de los Ingenios adquiere proporciones fabulosas, confundiendo sus contornos con los de ese inmenso fantasma que se llama Juan Español, y al que no pudo bastarle un mundo para derramar y hacer correr la plétora de su vitalidad generosa.

(De "Hispania".—San José, Costa Rica).

La Arquitectura

Por JOSE ALFREDO LLERENA

SEGUN Hegel, la categoría de las ramas diversas del Arte, se halla establecida gracias a una confrontación de cada una de aquellas con la Idea Absoluta. De suerte que, a mayor capacidad de un ramal del Arte para expresar la Idea, correspóndela una mayor perfección. Para esta doctrina, la arquitectura es la menos perfecta de todas. Pues, trata de transparentar la Idea valiéndose de materiales extraordinariamente sensibles—los materiales sensibles son de naturaleza opuesta a los de consistencia ideal—y está encadenada además a fines utilitarios.

Si aceptamos que nuestra época, en cuanto al Arte, es rica en recursos, como en ninguno, en el campo de la arquitectura, pensando como Hegel, habría que juzgar a nuestro tiempo tal que un período de primitivismo artístico. La arquitectura es la hija rebelde de esta época. Ha empezado a cambiar de principios radicalmente. Su resolución es semejante a la que ocasionó la pintura, a partir de la segunda mitad del siglo pasado. Si pintura y literatura se debaten en un mar de tentativas, a veces cayendo en el agotamiento, la arquitectura se somete a doctrinas de consenso unánime. Según Le Corbusier, la técnica—especialmente el uso del cemento armado—ha permitido suprimir en la casa el techo, los muros y las cornisas. La casa nueva no es otra cosa que una máquina para vivir. La casa nueva se atavía de jardines en lo alto y en la parte baja. Se ilumina con ventanas apaisadas que han suprimido en el interior, por completo, la obscuridad. Su doctrina céntrica es la del confort. Primero el confort y después el paramento. Primero la salud y luego el atavío. La casa nueva es un medio, no un fin. Su segunda doctrina es la sencillez a base de síntesis y no a base de pobreza si hemos de oír a Le Corbusier. Su tercera ley es el ritmo, o más bien dicho, la proporcionalidad. Resulta del dominio de la geometría por el arquitecto. La arquitectura es una música helada, se ha dicho, a menudo. Hoy más que nunca. La casa actual tiene mucho de análogo con la casa griega, en el aspecto del ritmo. No utiliza una técnica para realizar un estilo, sino que justifica la tesis de que el estilo depende de la técnica, tesis propugnada desde hace mucho por Semper y Berlage. La génesis de la casa de hoy, en resumen, encuéntrase en dos factores—uno de orden doctrinario y otro de orden práctico—. El primero se refiere al nuevo aspecto de la vida colectiva, cobrada a causa del desarrollo de la industria. Este hecho ha modificado el espíritu humano, volviéndolo más materialista y más pragmático. Por eso supedita el confort al lujo fútil. No concibe el lujo sino como ampliación o medio de la comodidad. El segundo

factor se refiere al uso de máquinas, materiales y procedimientos eficaces para poner en práctica toda la comodidad concebida por el arquitecto moderno. El segundo factor, puede también enunciarse como la facilidad del uso de la geometría. La geometría da a la casa comodidades insospechadas y a la vez le proporciona un estilo—el estilo nace de la técnica—. Así la casa es un útil y no un monumento. No es un centro romántico sino una entidad de orden práctico. Su belleza nace de su propia condición: la utilidad.

SINOPSIS

Casa moderna revolucionaria

Factor doctrinario: Espíritu utilitario engendrado por la industria.

Factor práctico: Uso perfecto de la geometría. Estilo.—Uso del cemento armado. Muros de grandes ventanas.—Uso de adelantos accesorios. Teléfono, radio, electricidad en general.

Sin embargo, de las modificaciones sufridas por la casa familiar, podemos decir que la revolución de la arquitectura se ha dejado sentir con más violencia en el edificio industrial. La arquitectura del taller es propiamente la revolucionaria. Sus mejores frutos son las fábricas, los edificios burocráticos, los edificios bancarios, los teatros: aquellas casas donde se ven a la sociedad, a la colectividad; aquellas que dan el testimonio del nuevo aspecto que ha tomado el vivir colectivo. La gran casa—taller, museo, teatro, ha sustituido a la gran casa colectiva de ayer: iglesia, palacio aristocrático. El principio religioso y el de nobleza engendraron la arquitectura grandiosa del pasado. Las maravillas arquitectónicas del pueblo griego lo constituían los templos. La grandiosa arquitectura de Francia preindustrial reside en sus catedrales góticas. Y es que la religión elevaba sus importantes y bellas construcciones como prueba de que gobernaba al mundo. Los reyes y príncipes elevaban sus palacios también como testimonio de su poder. Pero la iglesia empezó a debilitarse, a perder terreno en el dominio económico y espiritual del mundo. La corporación industrial silenciosamente la derrotó. Así mismo la nobleza heráldica fue derrotada por el comerciante. Entonces la gran casa, aquella que no es construida para la familia, sino para la colectividad, dejó de ser la Iglesia y se transformó en la fábrica, en el banco. La revolución de la casa-taller o casa colectiva, podemos afirmar que está consumada ya. Nos prepara pocas sorpresas; pues ya nos ha dado muchas. En cambio, la habitación del individuo, la morada particular, seguirá modificándose en el porvenir. El chalet moderno no es definitivo. La casita urbana de grandes ventanales no puede ser sino la primera forma de un proceso evolutivo. Otros han de ser los principios de la vivienda particular del futuro, además de los que rigen la elaboración de la casa moderna que conocemos y sobre la que tratamos más adelante.

Si no se puede predecir cuál y cómo será la pintura del futuro, porque averiguar las mutaciones de la sensibilidad más honda, en el mañana, es aventurado, en cambio se puede intuir los caracteres de la arquitectura. De la visión de ciertos fenómenos actuales debemos deducir la ideología del arte arquitectónico del porvenir. De dichos fenómenos debemos tomar en cuenta principalmente dos:

- a) desatomización de la familia,
- b) mejoramiento del estado económico del individuo.

El castillo de la Edad Media fue el albergue de la caballería romántica. Cerrado y macizo fue, a la vez, fortaleza y morada. Además significó el asiento de la familia perfecta, establecida bajo el temor de Dios, la vigencia exagerada del honor, la unidad de gobierno concedida al padre y la reducción de la madre a los quehaceres domésticos. Por eso la arquitectura civil de la Edad Media es la expresión perfecta de la unidad.

Pero hoy no existe la familia perfecta o, por lo menos, va destruyéndose cada día. La gran urbe moderna con su industrialismo racionalizado ha roto el nexo familiar. Ha destruido además la sublimación del deseo sexual que era el amor romántico. Dios ya no vigila la conciencia de la familia en la gran ciudad; el honor exagerado ha desaparecido y cualquier daño es indemnizable; la familia ya no es gobernada por el padre sino por el miembro de mayor capacidad económica: la mujer no es el eje de la vida familiar estática sino que es una obrera que abandona la casa. Luego, pues, el hogar está vacío en el mayor tiempo del día. La casa no puede encerrar por completo a una familia tras sus muros; pues ésta necesita estar fuera de aquélla. Las teorías acerca del matrimonio y el modo de concebir el amor, son otros. El Estado ya piensa en apropiarse de los hijos de todos los hogares, lo que prueba que la familia se derrumba. Por estas razones, la casa va siendo sustituida por el hotel. Esto indica también que el hombre se siente cada día un transeúnte. Está olvidando su vivir sedentario.

El hogar retenía al hombre en un solo punto de la Tierra. La familia era el garfio que le ataba al mundo. La familia era el punto céntrico de su sentimiento de estabilidad, más bien dicho, de inmovilidad. ¿Pero qué hará el hombre que haya perdido este nexo? ¿En qué empleará sus energías?, ¿cómo disipará sus asuntos íntimos? La pérdida de la familia, su ruptura en átomos, sume al individuo en una gran soledad, además de que le inculca el sentimiento de que está viviendo provisionalmente. Pues, el hombre tendrá que volverse errante, nómade, como en la época de los pueblos primitivos. Errar es un modo efficacísimo de gastar energías. Errar es una manera eficaz de acompañarse. Errar es un medio admirable de disipar fantasmas. Por eso cuando nos sucede una desgracia queremos emprender un viaje. Para gran parte de los hombres actuales el viaje es un estado provisional, porque tiene que volver a su casa, aunque ésta no exista. Para el hombre del futuro el viaje será un estado de alma definitivo,

así como lo fue para el nómada de tiempos ya lejanos. En los orígenes de la humanidad los pueblos nómades no tenían constituida la familia como hoy la conocemos. El Estado era dueño de los hijos, no los padres.

El porvenir está llamado a forjarse una arquitectura que se adapte a una psicología nómada. Necesitará edificar una casa que sea como la concha del caracol. Necesitará hacer tal vez una casa rodante. Hoy mismo y conocemos casas transportables; bibliotecas, piscinas, teatros ambulantes. Faltan el hotel y el club ambulantes, que serán la casa del futuro.

No sólo la desatomización de la familia impele a cambiar el alma estática humana en alma nómada, sino también el mejoramiento económico del individuo. Todo mejoramiento económico, hoy mismo, se mide por la capacidad para transportarse, para ocupar un vehículo. Puede decirse que el vehículo ha ayudado a sembrar en el hombre un anhelo de vagabundeo. El mejoramiento económico del individuo, sobre todo del trabajador de fábrica, tiene que llevarse a cabo a base de nuevas doctrinas sociales, por cuya implantación se lucha encarnizadamente desde hace mucho tiempo. Su dicho mejoramiento ha de traducirse, más que ahora, por un poder para cambiar de sitio. Además el avión ha dado al poder de cambiar de sitio, la forma de un ensueño. De tal manera que más tarde será una pasión. La arquitectura del porvenir ha de ser una arquitectura para viajeros, que utilice la velocidad como un medio de renovar la conciencia. La psicología moderna está probando que la motricidad es el hecho más primordial de la conciencia. Y si el hombre ha de desarrollarse en el sentido de la motricidad, ha de necesitar también quitar delante de sí todos los obstáculos: entre ellos la antigua casa monumental, con aire de construcción conmemorativa.

(De "América". Quito, Ecuador).

Mexicanización y argentinización de América

POR ANTONIO ORREGO

DOS corrientes que marcan su presencia vigorosa y que realizan su labor constructora; por debajo y por encima de la algarabía oficial de cancillerías y gobiernos, en todos los aspectos de la vida continental. Ellas son la clave que esclarece el significado de casi todo nuestro pasado después de la Conquista y que incluye el sentido más hondo y, por eso, el sentido primordial del porvenir. Dos corrientes vitales que son como la savia de un organismo, cuyo problema biológico se planteó para la civilización humana, hace cuatro o cinco siglos.

Una corriente centrípeta que va del corazón hacia los contornos, que fluye del centro hacia las extremidades, que se dilata de la médula hacia los términos fronterizos: la corriente vernácula,

indígena o telúrica del Continente. Otra corriente periférica que viene de las arterias al corazón, de la esperma al óvulo, del exterior hacia la matriz, de las extremidades fecundantes hacia el centro vitalizador: la corriente europea, occidental o foránea. La una se expansiona y se abre como los radios de una circunferencia. La otra, se contrae y se centraliza, como el punto gobernador de un círculo.

Podemos tipificar estas dos corrientes en los dos países que representan la esencia más pura de cada una: México para la corriente indígena o vernácula; Argentina para la corriente europea u occidental. La una, que corre de norte a sur, y la otra, de sur a norte. Doble palpitación peristáltica que llena y colma del porvenir los lomos turgentes de los Andes. Movimiento de irradiación hacia fuera y movimiento de concentración hacia el corazón. Movimiento de absorción hacia el centro, movimiento de dispersión hacia la periferia. Si México es la antigua y potente sangre india, Argentina es la aireación y la oxigenación europea. La capital azteca, como el Cuzco en el Perú, es la matriz, el óvulo eterno de toda americanidad; Buenos Aires, la capital argentina, es el gran ventanal del Continente que descubre los amplios horizontes del mundo; es el eslabón que nos une, como el cordón umbilical de un Continente, al espíritu universal de la Tierra. Sangre india, pulmones europeos, he aquí la fórmula esquemática de nuestra vida psíquica.

Y esta doble corriente general se repite, como epítome y compendio de la vida latinoamericana, en cada uno de los países tomados aisladamente, aunque en algunos el matiz sea tan tenue que se necesita para distinguirlo de una cierta perspicacia en la mirada. En la Argentina, movimiento de la pampa hacia Buenos Aires y retorno de Buenos Aires a la pampa. En el Perú, movimiento del norte hacia el centro y movimiento del Cuzco hacia Lima. En México, movimiento de la capital hacia las provincias y de las provincias hacia la capital. El cholo, el gaucho, el llanero, el charro, el mestizo de toda América son tipos étnicos y culturales que emergen del fondo de la vida continental, como productos de la actuación de estas dos corrientes vitales. Son ellos el testimonio vivo y patente de un proceso que radica en la profundidad de las entrañas americanas.

Nada comprenderemos de nuestro pasado y nada podremos hacer por nuestro porvenir, si no acertamos a incorporar a nuestra conciencia vigilante la sustantividad de esta doble corriente que actúa en los planos o bases primordiales de América. Allí encontraremos el hilo de Ariadna que nos explique los días pretéritos de la Conquista y de la Colonia y que ponga en nuestras manos los poderes constructores del presente y las potencias creadoras del futuro.

Con la frase mexicanización y argentinización de América, no queremos expresar la expansión absorbente de dos imperialismos económicos y políticos. Queremos sólo destacar el perfil de dos símbolos, que constituyen los vehículos espirituales de una futura y auténtica cultura latinoamericana.

(De "Atenea". Concepción, Chile).

Al correr **...DE LA PLUMA**

Como pluma guiada por el pulso firme de acucioso narrador, MONTE CARLO ha grabado la saga de sus triunfos, forjándose indeleble personalidad en la evolución de la industria cigarrera de México.

De cada etapa, de cada capítulo, de cada nuevo éxito son testigos veraces los que saben fumar - los que distinguen en MONTE CARLO esa gama exquisita de sabor, fragancia y frescura.



Monte Carlo



